

Love

A woman with long, wavy red hair, seen from behind, is walking away on a suspension bridge. She is wearing a white, sleeveless, flowing dress. The bridge's cables and towers are visible in the distance, creating a sense of depth. The background is a soft, hazy blue sky and water.

ANNA CAREY

«Una aventura inolvidable que te atrapa sin darte cuenta y ofrece una mirada fresca sobre lo que significa amar».

Lauren Kate, autora de *Catch Me If You Can*

Lectulandia

Dieciséis años después de que un virus mortal borrara de la faz de la tierra la mayoría de la población mundial, el mundo es un lugar peligroso.

Eve, de dieciocho años, no ha estado jamás más allá del perímetro protegido de su escuela, donde a ella y a otras doscientas niñas huérfanas se les ha prometido un futuro como profesoras de la Nueva América. Pero la noche antes de la graduación, Eve se entera de la alarmante verdad que esconde la escuela y del destino horrible que le aguarda. Tras escapar se embarca en un viaje largo y peligroso donde se encontrará con Caleb, un chico rebelde que vive en ese espacio salvaje y quien promete que la protegerá. Cuando los soldados empiezan a perseguirles para darles caza, Eve deberá escoger entre él y su propia vida.

Lectulandia

Anna Carey

eve

Eve 1

ePUB v1.0

Dirdam 16.05.12

más libros en lectulandia.com



Autora: Anna Carey, 2011

Traductora: Raquel Vázquez Ramil

Editorial: Roca, 2012

ISBN: 9788499181875

Foto de la modelo de la cubierta: Merisa Okic

Foto del puente de la cubierta: Adrian Marius Rusu

Fuente *Angelic War*, libre para uso no comercial, gentileza de SickCapital

Canciones:

“The Giving Tree” por Shel Silverstein. Copyright © 1964, renovado en 1992 Evil Eye

“Let It Be” por John Winston Lennon, Paul James McCartney (Sony/ATV Tunes, LLC)

“I Love Rock 'N' Roll” por Jake Hooker Richards, Allan Preston Sachs (Finchley Music Corporation c/o US Music & Media)

Editor original: Dirdam (v1.0)

ePub base v2.0

Para mis padres.

Quizá no quiero saber realmente lo que está ocurriendo.

Quizá sea mejor que no lo sepa.

Quizá no podría soportar saberlo.

La caída fue una caída de la inocencia al conocimiento.

Margaret Atwood, *El cuento de la criada*

Prólogo



23 de mayo de 2015

Mi querida Eve:

Hoy, al regresar del mercado en el coche, mientras canturreabas en tu asiento, con el maletero lleno de arroz y leche en polvo, he visto las montañas de San Gabriel; las he visto realmente por primera vez. Había conducido anteriormente por esa misma carretera, pero esta vez fue distinto. Ahí, tras el parabrisas, estaban las inmóviles y silenciosas cumbres verde-azuladas, vigilando la ciudad, tan cerca que casi podía tocarlas. Y me detuve a contemplarlas.

Sé que voy a morir pronto. La epidemia está matando a todos los que se han puesto la vacuna. No hay aviones. No circulan los trenes. Han cortado las carreteras de acceso a la ciudad, y solo nos queda esperar. Los teléfonos e Internet no funcionan desde hace tiempo. Los grifos están secos, y las ciudades, una a una, se están quedando sin energía eléctrica. Dentro de poco el mundo se sumirá en la oscuridad.

Pero en este momento estamos vivas, tal vez más vivas que nunca. Tú duermes en la habitación de al lado y, desde mi sillón, oigo el sonido de tu caja de música, la de la bailarina pequeña, tocando las últimas notas.

Te quiero, te quiero, te quiero.

Mamá

Cuando se puso el sol sobre el muro de quince metros de altura que rodeaba el colegio, el jardín estaba atestado de alumnas de segundo de bachillerato. Las más pequeñas, asomadas a las ventanas de los dormitorios, agitaban sus nuevas banderas americanas entre cantos y bailes. Cogí a Pip por el brazo y la hice girar cuando la orquesta tocó una pieza más rápida; su risa, breve y entrecortada, superó el sonido de la música.

Era la noche previa a nuestra graduación y la estábamos celebrando. Habíamos pasado gran parte de la vida en los muros adentro del recinto, sin haber conocido el bosque que había al otro lado, y aquella era la fiesta más grande que se nos había ofrecido. Frente al lago se instaló una orquesta, formada por un grupo de chicas de primero de bachillerato que se habían ofrecido voluntarias, y las guardianas encendieron antorchas para espantar a los halcones. Sobre una mesa esperaban mis platos favoritos: pierna de ciervo, jabalí asado, ciruelas confitadas y fuentes llenas de frutas silvestres.

La directora Burns, una mujer fofa con cara de perro de presa, encabezaba la mesa y animaba a todo el mundo a comer.

—¡Vamos, vamos, comed! Que no sobre nada. ¡Quiero que mis niñas se pongan como cerditos cebados! —Las carnes de sus brazos oscilaban mientras señalaba la comida.

La música cambió a un ritmo más lento, y apreté a Pip contra mí para bailar un vals.

—Creo que eres un tipo estupendo —dijo, mientras nos deslizábamos hacia el lago. Los pelirrojos cabellos le cubrían la sudorosa cara.

—Soy guapo, sí. —Me eché a reír y fruncí el entrecejo para simular hombría. Era una broma del colegio, porque llevábamos una década sin ver a un hombre o a un chico, excepto las fotos del rey que había expuestas en el vestíbulo principal. Pedíamos a nuestras profesoras que nos hablasen de la época anterior a la epidemia, cuando chicos y chicas iban juntos al colegio, pero se limitaban a decirnos que el nuevo sistema nos protegía. Los hombres eran manipuladores, perversos y peligrosos. La única excepción era el rey; solo a él se le podía obedecer y creer.

—Eve, ya es hora —dijo la profesora Florence, que estaba ante el lago sosteniendo una medalla de oro entre sus ajadas y envejecidas manos. El uniforme que vestía, propio de las maestras (camisa roja y pantalones azules), era demasiado holgado para su menudo cuerpo—. ¡Venid, chicas!

La orquesta dejó de tocar, y los ruidos del bosque inundaron el espacio. Palpé el silbato de metal que llevaba alrededor del cuello, agradecida de tenerlo por si algún

bicho saltaba el muro del recinto. A pesar de los años vividos en el colegio, jamás me acostumbraría al ruido de las peleas de perros, el ¡ra-ta-ta-ta!, ¡ra-ta-ta-ta! de las ametralladoras y a los horribles aullidos de los ciervos cuando los devoraban vivos.

La directora Burns se aproximó renqueando a la profesora Florence y le cogió la medalla que le ofrecía.

—¡Vamos a empezar! —gritó, y las cuarenta chicas de segundo curso formaron una fila. Ruby, nuestra mejor amiga, se puso de puntillas para ver mejor—. Todas habéis trabajado mucho durante vuestra estancia en el colegio, pero tal vez nadie se haya esforzado tanto como Eve. —Se volvió hacia mí mientras hablaba. La piel del rostro, arrugada y flácida, le pendía formando leves colgajos—. Ella ha demostrado ser una de las mejores y más brillantes alumnas que hemos tenido. Así que, por el poder que me otorga el rey de la Nueva América, te concedo la medalla al mérito.

Las compañeras aplaudieron cuando la directora depositó la fría condecoración en mis manos y, por si faltaba algo, Pip se llevó los dedos a los labios y soltó un estridente silbido.

—Gracias —dije en voz baja, mirando hacia el extenso lago que como un foso se extendía de un extremo a otro del muro, y mis ojos se posaron en el enorme edificio sin ventanas del fondo. Al día siguiente, después de pronunciar mi discurso de despedida ante todo el colegio, las guardianas tenderían un puente, y las graduadas me seguirían en fila india para atravesarlo. En aquella gigantesca construcción aprenderíamos una profesión. Había dedicado muchos años a estudiar, a perfeccionar el latín, la redacción y el dibujo; había pasado horas al piano, interpretando a Mozart y a Beethoven, siempre con aquel edificio presente en la distancia: el objetivo final.

Sophia, la primera de la clase de hacía tres años, había leído en el mismo podio un discurso sobre nuestra gran responsabilidad como futuras líderes de la Nueva América. Quería ser médico para evitar más epidemias. Seguro que en aquellos momentos estaba ya salvando vidas en la capital del rey, la Ciudad de Arena. Se decía que el monarca la había construido en un desierto, donde antes no había absolutamente nada. Me moría de ganas de estar allí. Yo quería ser artista, pintar retratos como Frida Kahlo o paisajes de ensueño como Magritte, cubrir de frescos las grandes murallas de la ciudad...

La profesora Florence me apoyó una mano en la espalda, y me dijo:

—Representas a la Nueva América, Eve: inteligencia, tesón y belleza. Estamos muy orgullosos de ti.

La orquesta inició entonces una canción muy alegre, y Ruby cantó la letra a voz en grito. Las otras chicas se rieron y se pusieron a bailar, dando vueltas y vueltas hasta marearse.

—Vamos, comed un poco más. —La directora Burns empujó hacia la mesa a Violet, una chica bajita de ojos negros y almendrados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pip, acercándose y cogiéndome la medalla para verla mejor.

—Ya conoces a la directora —respondí, dispuesta a recordarle que nuestra profesora de más edad tenía setenta y cinco años, padecía artrosis y había perdido a toda su familia en la epidemia, doce años atrás. Pero Pip negó con la cabeza.

—No me refiero a la directora, sino a ella.

Arden era la única alumna de segundo que no participaba en la fiesta. Estaba apoyada en la pared de la residencia, con los brazos cruzados. Seguía siendo hermosa a pesar del entrecejo fruncido y del poco favorecedor jersey gris, en cuya parte delantera lucía el emblema de la monarquía de la Nueva América. La mayoría de alumnas llevaban el pelo largo, pero ella había sacrificado su negra melena por un corte a lo paje que confería a su blanca piel un aspecto aún más claro. Sus ojos de color avellana tenían motitas doradas.

—Está tramando algo, lo sé —le dije a Pip sin apartar la vista de Arden—. Siempre lo hace.

Mi amiga acarició la lisa medalla y susurró:

—La han visto nadando en el lago.

—¿Nadando? Lo dudo. —En el colegio nadie sabía nadar; no nos habían enseñado.

—En su caso todo es posible —opinó Pip, encogiéndose de hombros.

Las alumnas de segundo, en su mayor parte, habían entrado en el colegio a los cinco años, después de la epidemia, pero Arden había llegado a los ocho, y por lo tanto siempre había sido distinta. Sus padres la enviaron aquí mientras hacían fortuna en la Ciudad de Arena, y a ella le encantaba recordar a las chicas que, a diferencia de las demás, no era huérfana. Cuando acabase de estudiar, se iría a vivir sin dar golpe a la nueva casa de sus padres. No tendría que trabajar nunca.

Según Pip, ese detalle explicaba su conducta: como tenía padres, le daba igual que la expulsasen. Su rebeldía solía manifestarse en travesuras inofensivas: higos podridos en la avena del desayuno, o un ratón muerto en el lavabo y, para completar la faena, un cúmulo de pasta de dientes encima. Pero a veces era mala, incluso cruel. En una ocasión le cortó a Ruby la larga coleta negra para burlarse del aprobado que le dieron en el examen de «Peligros a causa de chicos y hombres».

Sin embargo, Arden llevaba unos meses muy tranquila. Era la última en sentarse a comer, la primera en levantarse y siempre estaba sola. Crecían mis sospechas de que reservaba la peor diablura para la graduación de mañana.

A todo esto, ella se dio la vuelta de pronto y se fue corriendo hacia el comedor, levantando nubes de polvo. La miré con suspicacia. No me apetecía nada que hubiese sorpresas en la ceremonia; bastante agobiada estaba ya con mi discurso. Decían que el propio rey iba a asistir por primera vez en la historia del colegio. Yo sabía que era

un rumor difundido por la exagerada de Maxine, pero aun así se trataba de un día importante, el más importante de nuestras vidas.

—Directora Burns, ¿por favor, me permite ausentarme? —pedí—. He olvidado las vitaminas en la residencia. —Rebusqué en los bolsillos de mi uniforme, poniendo cara de frustración.

La directora estaba junto a la mesa de la comida.

—¿Cuántas veces tendré que recordaros que las metáis en la cartera? Vete, pero no te entretengas —advirtió mientras acariciaba el hocico del jabalí asado, cuya cabeza estaba chamuscada.

—Sí, sí —afirmé intentando localizar a Arden, que ya había sobrepasado el comedor—. Así lo haré, señora directora. —Y eché a correr, después de prometer a Pip que regresaría enseguida.

Doblé la esquina y me dirigí a la entrada principal del recinto. En ese momento Arden se agachaba junto al edificio y se metía bajo un arbusto. Se quitó el uniforme por la cabeza y se puso un jersey negro; la piel, blanca como la leche, le relucía bajo el sol del atardecer.

Me acerqué a paso enérgico mientras se estaba calzando las botas, las mismas de cuero negro que usaban las guardianas.

—No sé qué estás planeando, pero olvídalo —declaré, satisfecha cuando la vi erguirse al oír mi voz.

Tras una breve pausa, se ató las botas con fuerza, como si quisiera estrangularse los tobillos. Al cabo de un minuto de silencio dijo con serenidad, pero sin alzar la vista:

—Por favor, Eve, márchate.

Me arrodillé junto al edificio, levantándome la falda para no mancharla.

—Sé que te traes algo entre manos. Te han visto en el lago. —Ella movía las manos con rapidez, sin apartar los ojos de las botas atándose los cordones con nudos dobles. Había una mochila en una zanja, debajo del arbusto, en la que metió su uniforme gris—. ¿Dónde has robado ese uniforme de guardiana?

Fingió no haberme oído y miró algo a través de un hueco en la maleza. Seguí su mirada hasta la verja del recinto, que se estaba abriendo lentamente. Acababa de llegar un todoterreno verde y negro del gobierno que transportaba la comida para la ceremonia del día siguiente.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Eve —dijo al fin.

—¿De qué se trata, entonces? ¿Vas a hacerte pasar por guardiana? —Busqué el silbato que colgaba de mi cuello. Nunca la había denunciado, ni jamás le había ido con cuentos a la directora, pero la ceremonia era demasiado importante para mí, para todo el mundo—. Lo siento, Arden, pero no puedo permitir.

Antes de que el silbato me rozase los labios, me arrancó la cadena del cuello y la

tiró al suelo. Con un movimiento veloz, me empujó contra la pared del edificio. Tenía los ojos húmedos e inyectados en sangre.

—Escúchame bien —murmuró muy despacio, presionando el brazo contra mi cuello de tal forma que casi no me dejaba respirar—. Voy a salir de aquí dentro de un minuto. Si sabes lo que te conviene, volverás a la fiesta y harás como si no hubieses visto nada.

A seis metros de distancia, varias guardianas descargaban el vehículo y transportaban cajas al interior del colegio, mientras otras apuntaban hacia el bosque con sus metralletas.

—Pero no hay ningún lugar al que ir... —resollé.

—¡Espabila! —me espetó—. ¿Crees que vas a aprender una profesión? —Señaló el edificio de ladrillo al otro lado del lago. Apenas se veía en la penumbra—. ¿Ni siquiera te has preguntado por qué las graduadas no salen nunca, ni por qué hay una puerta aparte para ellas? ¿De verdad crees que vas a aprender a pintar? —Dicho esto, por fin me liberó.

Me froté el cuello. Me escocía la piel donde se había roto la cadena.

—Pues claro que sí —respondí—. ¿Qué vamos a hacer, si no?

Arden hizo una mueca imitando una carcajada y se echó la mochila al hombro; se me acercó, y percibí el olor a carne de jabalí con especias de su aliento cuando replicó:

—El noventa y ocho por ciento de la población ha muerto, Eve. No hay gente. ¿Cómo crees que va a continuar el mundo? No necesitan artistas —susurró—. Necesitan niños: los niños más sanos que consigan encontrar... o procrear.

—¿De qué hablas? —Arden se levantó sin apartar la vista del vehículo, cuya parte de atrás una guardiana estaba cubriendo con una lona; después se acomodó en el asiento del conductor.

—¿Por qué crees que les preocupa tanto nuestra altura, nuestro peso, lo que comemos y lo que bebemos? —Se sacudió la tierra del mono negro y me miró por última vez. Tenía las ojeras hinchadas, y venas moradas le sobresalían bajo la fina piel blanca—. Las he visto, he visto a las chicas que se graduaron antes que nosotras. Y no pienso acabar en la misma cama de hospital, dando a luz a una criatura tras otra durante los veinte años siguientes de mi vida.

Retrocedí, dando un traspié, como si me hubiese abofeteado.

—Mientes —protesté—. Estás equivocada.

Pero Arden se limitó a negar con la cabeza. Luego, cubriéndose los cabellos con un gorro negro, corrió hacia el vehículo. Antes de acercarse, esperó a que las guardianas de la verja se dieran la vuelta.

—¡Una más! —gritó y, saltando sobre el parachoques trasero, se introdujo en la plataforma cubierta del todoterreno.

La camioneta arrancó, dando tumbos por la carretera de tierra, y desapareció en la oscuridad del bosque. La verja se cerró poco a poco tras ella. Oí el ruido de la cerradura sin dar crédito a lo que acababa de ver. Arden se había marchado del colegio. Había huido. Había traspasado el muro, iba hacia lo desconocido, sin nada ni nadie que la protegiese.

No creí lo que me dijo; no podía creerlo. Tal vez regresaría poco después en el mismo todoterreno. A lo mejor era su travesura más demencial. Pero cuando contemplé el edificio sin ventanas del otro extremo del recinto, me temblaban las manos, y a mi boca afluyó un amargo vómito de frutas silvestres. Vomité allí mismo, sobre la tierra, mientras una idea me obsesionaba: ¿Y si Arden tenía razón?



Después de peinarnos, cepillarnos los dientes, lavarnos la cara y ponernos camiones blancos idénticos que nos llegaban hasta los tobillos, me acosté, fingiendo estar muy cansada. En los dormitorios no se hablaba más que de la desaparición de Arden. Las chicas asomaban la cabeza en las habitaciones para divulgar el último cotilleo: había aparecido un broche entre los arbustos, y la directora estaba interrogando a una guardiana en la verja. En medio de todo aquel embrollo, deseaba una de las cosas más difíciles de conseguir en el colegio, algo tan raro que ni siquiera se podía nombrar: quería estar sola.

—Noelle cree que Arden se ha escondido en las habitaciones de la doctora —le comentó Ruby a Pip, controlando las cartas que tenía en la mano—. Paso. —Se habían sentado en la estrecha cama gemela de Pip, y jugaban con una baraja que habían sacado de la biblioteca del colegio. Las viejas cartas de *Buscando a Nemo* estaban gastadas y rotas, algunas, incluso, pegoteadas con néctar de higos secos.

—Estoy segura de que quiere escaquearse de la ceremonia —añadió Pip, cuya pecosa cara estaba salpicada de motitas de dentífrico seco, lo que ella denominaba su «limpiador de espinillas milagroso». Me miró, esperando que especulase sobre el paradero de nuestra compañera o que comentase algo sobre los grupos de guardianas que registraban el terreno alumbrándose con linternas. Pero no dije ni una palabra.

Yo le daba vueltas a lo que Arden me había contado. Era cierto que en los últimos meses la directora Burns se había mostrado muy preocupada por nuestra dieta, insistiendo en que debíamos comer bien; supervisaba nuestros análisis de sangre y pesajes semanales, y procuraba que todas tomásemos las vitaminas. Incluso envió a Ruby a la doctora Hertz cuando tuvo la regla una semana después que las restantes chicas.

Me cubrí con la ligera manta blanca hasta el cuello. Desde pequeña me habían dicho que existía un plan para mí, un plan para todas nosotras: doce años en el colegio, y el posterior traslado al recinto y el aprendizaje de una profesión durante cuatro años; después iríamos a la Ciudad de Arena, donde nos esperaban la vida y la libertad, y allí trabajaríamos y viviríamos, bajo el gobierno del rey. Siempre había hecho caso a las profesoras; no tenía motivos para no hacerlo. Incluso en aquel momento, la teoría de Arden me parecía absurda. ¿Por qué nos enseñaban a temer a los hombres si íbamos a tener hijos y a formar familias? ¿Por qué nos educaban si estábamos destinadas solo a parir? ¿Qué significaba la importancia que daban a nuestros estudios, o lo mucho que nos animaban para que perseverásemos?

—Oye, Eve, ¿has oído lo que he dicho? —Pip interrumpió mis pensamientos. Ruby y ella me estaban mirando.

—No..., ¿qué?

Ruby cogió las cartas; su abundante cabello negro todavía seguía desigual en la zona donde Arden lo había cortado.

—Queremos un adelanto de tu discurso antes de acostarnos.

Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en mi alocución final: tres páginas escritas a mano y dobladas en el cajón de mi mesilla.

—Se supone que tiene que ser una sorpresa —contesté tras unos instantes. Había escrito un texto sobre el poder de la imaginación en la construcción de la Nueva América. Pero en ese momento se me antojaban dudosas las palabras que había elegido y el futuro que había descrito.

Ruby y Pip me observaban con fijeza, pero desvié la vista, incapaz de aguantar su mirada. No podía contarles lo que Arden había dicho: que la libertad de la graduación no era más que una fantasía, algo para mantenernos tranquilas y contentas.

—Vale, como quieras. —Pip apagó la vela de su mesilla. Parpadeé para adaptar los ojos a la oscuridad, y poco a poco distinguí su redonda cara bajo los grisáceos rayos de luna que se colaban por la ventana—. Pero somos tus mejores amigas.

Al cabo de unos minutos se oyeron los tenues ronquidos de Ruby; siempre era la primera en dormirse. Pip contemplaba el techo, con las manos sobre el corazón.

—Me muero de ganas de graduarme —susurró—. Vamos a aprender cosas, cosas de verdad. Y dentro de unos años saldremos al mundo, iremos a la nueva ciudad que está lejos del bosque. Será increíble, Eve. Seremos como... como personas de verdad. —Se volvió hacia mí, y confié en que la tenue luz no le permitiese ver las lágrimas que se me agolpaban en los ojos.

Me pregunté qué vida tendríamos Pip y yo. Ella quería ser arquitecta, como Frank Lloyd Wright, y construir casas nuevas que no se deteriorasen aunque nadie las cuidara, casas con refugios llenos de comestibles enlatados, donde no pudieran introducirse los virus mortales más insignificantes. Yo le decía que, cuando acabásemos nuestras carreras, viviríamos juntas en la Ciudad de Arena; tendríamos un piso como los que se describían en los libros, de camas enormes y ventanas desde las que veríamos los confines de la ciudad, donde vivían los hombres, muy lejos de nosotras; aprenderíamos a esquiar en las pronunciadas laderas a cubierto, de las que nos había hablado la profesora Etta, y pondríamos en práctica nuestra buena educación en restaurantes con mantelerías immaculadas y cubiertos de plata; en ellos, elegiríamos la comida a la carta y pediríamos que nos cocinasen la carne como más nos gustase.

—Ya lo sé. —Se me acrecentó el nudo en la garganta—. Será genial.

Me sequé los ojos disimuladamente, agradeciendo que la respiración de Pip por fin se serenase. Pero me acosó la culpa y el miedo, cada vez mayor, de que al día siguiente tal vez no estuviese pronunciando un iluso e ingenioso discurso ante mis

amigas, sino conduciéndolas al aniquilamiento.



Esperé a que me venciera el sueño, pero este nunca llegaba. A las tres de la madrugada no pude aguantar más acostada. Me levanté, me acerqué a la ventana y contemplé el recinto. No había nadie, salvo una guardiana, identificable por una leve cojera, que recorría el jardín haciendo su ronda rutinaria.

Nuestra habitación se hallaba en el primer piso. Cuando la guardiana se perdió de vista, abrí la ventana como solía hacer en las noches calurosas, y me subí al alféizar. Todos los años en la escuela hacíamos simulacros: qué hacer en caso de asalto, en un terremoto, ante una jauría de perros, en un incendio. Recordé los sencillos y gastados gráficos que la directora Burns había repartido al finalizar una clase, y me descolgué por la ventana, agarrada al alféizar, preparándome para saltar.

Así lo hice y me golpeé contra el suelo. El dolor me acribilló el tobillo, pero me levanté y corrí todo lo que pude hacia el lago. Al otro extremo de la resplandeciente agua, el edificio de ladrillo era un rectángulo negro que se recortaba contra el oscuro cielo.

Al fin llegué a la orilla, pero me abandonó el valor cuando las suaves olas me lamieron los dedos de los pies. Nunca habíamos aprendido a nadar. Las profesoras contaban historias, de la época anterior a la epidemia, de gente que se había ahogado en el oleaje del océano o en la engañosa calma de sus propias piscinas.

Volví la vista hacia la ventana abierta de mi habitación. Faltaba poco para que la guardiana doblase la esquina y me sorprendiese a la luz de la linterna. Ya me había encontrado antes entre los arbustos después de la desaparición de Arden, con el uniforme manchado de vómitos; le había dicho que estaba muy nerviosa a causa de la graduación, pero no podía darle más motivos de sospecha.

Me metí en el agua. En la estrecha orilla sobresalían unos arbustos espinosos. Me quité los calcetines y me envolví las manos en ellos para agarrarme a las ramas puntiagudas. Avancé despacio hasta que el agua me llegó al cuello, pero apenas había caminado cien metros cuando el terreno blando cedió de pronto bajo mis pies. La boca se me llenó de agua, y me aferré a las ramas, cuyas espinas me pincharon la piel a través de los calcetines. No pude reprimir la tos.

La guardiana se detuvo en el jardín y barrió el césped y la superficie del lago con la linterna. Contuve el aliento, notando los pulmones acuchillados de dolor. Por fin el destello blanco se posó de nuevo en el césped, y la mujer desapareció una vez más para dar otra vuelta al recinto.

Continué mi marcha casi una hora. Me costaba mucho avanzar, deteniéndome cada vez que pasaba la guardiana coja y procurando no hacer ruido. Cuando por fin llegué a la orilla opuesta, me incorporé con dificultad sobre la fangosa hierba. Los

calcetines que envolvían mis manos estaban empapados de sangre, y el camisón mojado y frío se me pegaba al cuerpo; me lo quité y me senté bajo el monstruoso edificio mientras lo escurría.

En aquella parte del recinto no había nada, excepto el largo puente de madera que cruzaba el jardín, preparado para la ceremonia del día siguiente. A diferencia del colegio, allí no se veían flores alrededor del edificio de ladrillo. Nos habían dicho que las graduadas estaban demasiado atareadas para salir de allí, que su agenda era todavía más estricta que la del colegio, y que el tiempo que no lo pasaban comiendo, durmiendo o en clase, lo dedicaban a perfeccionar sus estudios. Las alumnas de segundo curso solían quejarse, preocupadas por la falta de sol, pero una actividad tan intensa siempre me había parecido muy gratificante.

La crecida hierba me rodeaba el cuerpo, pero no bastaba para cubrirme, de modo que me puse de nuevo el húmedo camisón por la cabeza y eché a correr hasta un recodo del edificio. Descubrí que sí tenía ventanas, a metro y medio del suelo, salvo en la parte que daba al colegio.

Me embargó la esperanza, una sensación de ligereza que facilitaba mis movimientos. Entonces encontré un grifo oxidado en la pared, debajo del cual había un cubo; lo puse del revés y, utilizándolo como taburete, me subí para echar un vistazo. Ahí dentro estaba mi futuro, y cuando alcanzase el alféizar de la ventana quería que fuera lo que había imaginado, y no aquello de lo que huía Arden. Recé, pues, para ver a una serie de chicas acostadas en una habitación, en cuyas paredes hubieran colgadas pinturas al óleo de perros salvajes corriendo por el campo. Recé para que hubiese mesas de dibujo cubiertas de planos y montones de libros en las mesillas. Recé para que no me hubiera equivocado, para graduarme al día siguiente y para que el futuro soñado se abriese ante mí como un dondiego al sol.

Apoyé las manos en el alféizar para ver mejor y pegué la nariz a la ventana. En la habitación, en una cama estrecha, yacía una chica: una gasa ensangrentada le cubría el abdomen, tenía el pelo enmarañado y los brazos atados con correas de cuero.

Junto a ella había otra chica, cuyo abultadísimo vientre sobresalía casi un metro mientras que venas de color morado surcaban su piel, extraordinariamente fina. La muchacha abrió los ojos de color verde oscuro y me miró un instante; luego los cerró. Era Sophia, la alumna que había pronunciado el discurso de fin de curso hacía tres años y quería ser médica.

Me tapé la boca para reprimir un grito.

Había filas de catres donde reposaban otras jóvenes a las que, en su mayoría, se les notaba un vientre inmenso bajo las blancas sábanas. Varias de ellas tenían la cintura vendada, y a una chica se le detectaban cicatrices —hinchadas y rosáceas— que le serpenteaban en un costado. Al fondo de la sala, otra muchacha chillaba de dolor mientras pugnaba por soltarse las muñecas; abría la boca y gritaba algo que no

logré oír desde el exterior.

En ese momento entraron las enfermeras por las puertas que se alineaban a lo largo de la sala, semejante a una fábrica. Tras ellas se presentó también la doctora Hertz, cuyo hirsuto pelo canoso resultaba inconfundible. Era la que nos recetaba las vitaminas que debíamos tomar diariamente y nos hacía los chequeos mensuales; la que nos subía a una mesa y nos pinchaba con fríos instrumentos, sin responder jamás a nuestras preguntas ni mirarnos a la cara.

La chica movió la cabeza de un lado a otro cuando la doctora se le acercó y le puso una mano sobre la frente. Como seguía gritando, varias pacientes dormidas se despertaron e intentaron soltarse de las correas, llorando y formando un patético coro apenas audible. De pronto, realizando un rápido movimiento, la doctora clavó una aguja en el brazo de la joven, que se quedó horriblemente quieta; luego se la mostró a las demás —una amenaza—, y los gritos cesaron.

Me resbalaron las manos del alféizar de la ventana y caí hacia atrás, arrastrando el cubo conmigo. Me acurruqué en el suelo, ardiéndome las entrañas. Ahora todo cobraba sentido: las inyecciones que nos ponía la doctora Hertz y que nos provocaban náuseas, irritabilidad y dolor; las palmaditas de la directora, acariciándome el cabello, mientras me tomaba las vitaminas; la mirada vacía de la profesora Agnes cuando me daba por hablar de mi futuro como muralista.

No habría profesión, ni ciudad, ni piso con cama de matrimonio y una ventana a la calle; no comeríamos en restaurantes con cubertería de plata y manteles impecables. Únicamente nos esperaba esa sala, el olor a podrido de las cuñas usadas, la piel estirada hasta romperse; solo habría criaturas arrancadas de mi vientre, robadas de mis brazos y trasladadas a algún lugar fuera de aquellos muros. Lloraría, sangraría, estaría sola y después me hundiría en un sopor sin sueños provocado por las drogas.

Me levanté haciendo un esfuerzo y me dirigí hacia el lago. La noche era más oscura, el aire más frío y el lago mucho más grande y profundo que antes. Pero no volví la vista. Debía alejarme de aquel edificio, de aquella sala, de aquellas chicas de mirada muerta.

Debía huir.



Cuando regresé al colegio, estaba empapada y me sangraban las manos, pues ni siquiera me había molestado en envolverlas con los calcetines para cruzar de nuevo el lago. Me urgía tanto poner distancia entre el edificio y yo que no me preocupaba si las espinas se me clavaban en la piel, insensible al dolor, sin apartar la vista de la ventana de mi habitación.

Al dirigirse la guardiana a la parte de atrás de la residencia, salí del agua; el camisón estaba empapado. Aunque había unas cuantas antorchas encendidas, en el jardín reinaba la oscuridad y oí a las lechuzas que, como eficaces animadoras, me apremiaban desde los árboles. Nunca había quebrantado una norma hasta esa noche: ocupaba mi sitio antes de que empezaran las clases y tenía los libros a punto; estudiaba dos horas adicionales por las noches, e incluso troceaba la comida con mucho cuidado, como nos habían enseñado, presionando el dorso del cuchillo con el índice. Pero en aquel momento solo me importaba una regla. «No traspasar el muro jamás», había advertido la profesora Agnes en el seminario sobre «Peligros a causa de chicos y hombres» al explicarnos la violación, fijando después en nosotras aquellos llorosos y enrojecidos ojos, hasta que repetimos con voces monocordes: «No traspasar el muro jamás».

Pero ninguna pandilla de hombres o manada de lobos hambrientos que hubiera al traspasar el muro sería peor que el destino que me esperaba. En el exterior había una esperanza, por muy peligroso y temible que fuese todo; al menos podría decidir qué comer o adónde ir, y el sol calentaría mi piel.

Tal vez tendría la posibilidad de escabullirme por la verja, como había hecho Arden. Esperaría hasta que fuese de día y llegase la última remesa de comida para la fiesta. Escapar desde una ventana sería más difícil: la de la biblioteca estaba junto al muro, pero se encontraba a quince metros del suelo, y necesitaría una cuerda, un plan, algún modo de descender.

Una vez dentro del colegio eché a correr hacia la estrecha escalera en penumbra, procurando no hacer ruido. Me sería imposible salvar a todas mis compañeras, pero tenía que ir a mi habitación y despertar a Pip; tal vez Ruby también podría acompañarnos. No había mucho tiempo para explicaciones, pero cogeríamos una bolsa y meteríamos en ella ropa, higos y los caramelos de envoltura dorada que tanto le gustaban a Pip. Nos marcharíamos esa misma noche para siempre. No habría vuelta atrás.

Subí a saltos hasta el primer piso y recorrí el pasillo, dejando atrás las habitaciones en las que las chicas dormían tan felices en sus camas. A través de una puerta vi a Violet, acurrucada y sonriente, ajena a lo que le esperaba al día siguiente.

Estaba a punto de llegar a mi habitación cuando una luz fantasmal iluminó el pasillo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz ronca.

Me volví despacio; la sangre se me había helado en las venas. La profesora Florence estaba al final del pasillo, con una lámpara de queroseno en la mano que proyectaba sombras negras, amenazantes, en la pared del fondo.

—Es... estaba... —vacilé. Los bajos del camisón chorreaban agua, formando un charco alrededor de mis pies.

La profesora se aproximó; su rostro, salpicado de manchas solares, expresaba enfado.

—Has cruzado el lago y has visto a las graduadas —afirmó.

Asentí, recordando a Sophia, tendida en la cama de hospital, a quien se le apreciaban los ojos hundidos y rodeados de amoratadas ojeras, así como las marcas en muñecas y tobillos provocadas por las correas de cuero. La presión crecía en mi interior, como una tetera a punto de hervir. Quería chillar, despertar a todas las que dormían, agarrar a aquella frágil mujer por los hombros y hundirle los dedos en los brazos hasta que entendiese el dolor, el pánico y la confusión que sufría en aquellos momentos. En definitiva, la traición.

Pero después de tantos años de sentarme en silencio, entrelazando las manos sobre el regazo, escuchando y hablando únicamente cuando me preguntaban, me redujeron a la obediencia aprendida. ¿Y si gritaba en aquel momento, en pleno silencio nocturno? No podría decir nada que convenciese a las demás. Jamás creerían que las prometedoras carreras eran mentira. Pensarían que me había vuelto loca: Eve, la chica que se desquició a causa del estrés de la graduación; Eve, la chiflada que decía disparates sobre graduadas embarazadas. ¡Graduadas embarazadas! Se reirían. Me enviarían a aquel edificio un día antes que a las otras y me obligarían a permanecer siempre en silencio.

—Lo siento —lamenté—. Yo... —Y las lágrimas me brotaron.

La profesora Florence me cogió una mano entre las suyas y deslizó un dedo sobre las grietas en las que se me acumulaba la sangre seca.

—No puedo permitir que abandones el recinto así. —Sus ásperos cabellos canosos me rascaron la barbilla mientras examinaba mi piel llena de pinchazos.

—Lo sé. Lo siento. Volveré a la cama y...

—No —repuso en voz baja. Alzó la vista: tenía los ojos vidriosos—. No debes quedarte sola en este estado. —Sacó un pañuelo del bolsillo de su bata y me vendó la mano—. Puedo ayudarte, pero es necesario que te limpies. Rápido. Si la directora se entera, nos encerrará a las dos. Recoge tus cosas y reúnete conmigo abajo.

Me dieron ganas de abrazarla, pero me empujó hacia la puerta de mi habitación. Cuando estaba a punto de entrar en el dormitorio, dispuesta a despertar a Pip y a Ruby, me llamó y me dijo en un susurro:

—Eve, te vas sola; no despiertes a nadie. —Protesté, pero se mantuvo firme—. No hay más remedio —dijo, muy seria, y se quedó en medio del pasillo, con la lámpara en la mano.

Anduve por la habitación en la oscuridad y guardé mis cosas sin hacer ruido en la única mochila que poseía. Pip estaba inmóvil en la cama. «Te vas sola», la orden resonaba en mis oídos. Pero me había pasado la vida haciendo lo que me mandaban, y al final me habían engañado. Despertaría a Pip y pediría a la profesora que nos ayudase a las dos. ¿Y si Pip no me creía? ¿Y si ella despertaba a las demás? ¿Y si la profesora Florence decía que no podía ayudarnos a ambas, porque dos nunca conseguiríamos salir sin que nos viesen? Entonces se habría acabado todo para ella y para mí. Y para siempre.

Pip se dio la vuelta y murmuró algo en sueños. Guardé los pantalones de chándal y la bolsita de seda con mis cosas favoritas: un pajarito de plástico que había encontrado hacía años escarbando la tierra; el envoltorio dorado del primer caramelo que la directora me había dado; una pulserita de plata renegrida que llevaba cuando había llegado al colegio a los cinco años, y por último la única carta que conservaba de mi madre, una hoja amarillenta y rota en los dobleces.

Cerré la cremallera de la mochila; me habría gustado disponer de más tiempo. Pip hundía el pálido rostro en la almohada y, al respirar, sus labios esbozaban un mohín. Una vez en la biblioteca leí en uno de los libros anteriores a la epidemia que el amor era dar testimonio, cuidar de otra persona o decirle algo tan simple como: «Tu vida vale la pena». Si era cierto, nunca había amado a nadie tanto como a Pip, ni nadie me había amado tanto como ella a mí: estuvo a mi lado cuando me torcí la muñeca haciendo el pino en el jardín; me consoló cuando perdí mi broche azul favorito, que había pertenecido a mi madre, y era la única que cantaba conmigo en la ducha canciones que habíamos descubierto en viejos discos de los archivos. *Let it be, let it be!*, canturreaba con voz siempre desafinada mientras churres de espuma le resbalaban por el rostro. *Whisper words of wisdom, let it beeee.*

Encaminándome hacia la puerta, la miré por última vez. Cuando me oyó llorar la primera noche que pasé en el colegio, se acostó en mi cama y me invitó a que enterrara la cara en su cuello; después, señalando el techo, me dijo que nuestras madres nos veían desde el cielo y que nos amaban desde allí.

—Volveré a buscarte —murmuré, casi ahogándome con las palabras—. Lo prometo —insistí.

Si no me marchaba en ese momento, no lo haría nunca, así que crucé el pasillo, bajé la escalera y me dirigí al consultorio médico, donde me esperaba la profesora con una bolsa llena de comida.

Arrancó las espinas de mis manos con unas pinzas de depilar y me las vendó, sin dejar de observar la venda a la que daba vueltas y más vueltas. Tardó un rato en

hablar.

—Empecé a trabajar con especialistas en fertilidad —explicó—. El rey creía que la ciencia era la clave para repoblar la tierra rápida y eficazmente, sin los inconvenientes que comportan las familias, el matrimonio y el amor. Y creía también que si vosotras, las chicas, temíais a los hombres, preferiríais criar hijos sin ellos. Y cuando las primeras graduadas entraron en ese edificio, algunas de ellas lo hicieron así. Pero el proceso es a veces muy duro, y surgen complicaciones en los partos múltiples. En los últimos años ha empeorado el sistema, y me preocupa que se deteriore aún más.

Eché una ojeada al cajón donde la doctora Hertz guardaba nuestras inyecciones semanales, las que nos irritaban los pechos y nos provocaban calambres muy dolorosos. Sobre la mesa había frascos de cristal con vitaminas, distribuidas en pastilleros por días. Las tomábamos mañana, tarde y noche, como dulce veneno de colorines.

—Entonces, ¿usted siempre supo... lo de las graduadas? —pregunté.

Ella escudriñó el exterior a través de las persianas. Cuando se cercioró de que la guardiana había pasado, me indicó que la siguiese hasta la puerta de atrás, por la que salimos. Unos perros salvajes aullaron a lo lejos, y se me desbocó el corazón. Recorrimos el muro, hasta que la profesora se dio la vuelta para asegurarse de que estábamos a suficiente distancia para que la guardiana no nos viese. Cuando contestó a mi pregunta, su tono era mucho más bajo que antes:

—Primero tuvo lugar la epidemia, y posteriormente la vacuna lo agravó todo. El mundo estaba consumido por la muerte, Eve: no había orden; la gente se hallaba confundida, aterrada. El rey asumió el poder, y había que elegir: o seguirlo, o vagar por la selva en soledad.

Hablaba sin mirarme, pero vi que las lágrimas le asomaban a los ojos. Recordé los discursos anuales cuando nos congregábamos en el comedor y escuchábamos el sencillo aparato de radio de que disponíamos, colocado en la mesa de la directora. El rey, nuestro gran líder, el único hombre merecedor de respeto, se dirigía a nosotras a través de aquellos viejos altavoces y nos hablaba de los progresos de la Ciudad de Arena, de los rascacielos que se estaban construyendo, del muro que nos protegía de los ejércitos, los virus y las amenazas externas. La Nueva América empezaba allí, aunque no era más que el principio de la reconstrucción, y nos aseguraba que estaríamos a salvo.

—Elegí seguir, Eve —continuó diciendo Florence—. Tenía ya cincuenta años, y mi familia había muerto. No me quedó otra opción; no podía sobrevivir sola. Pero tú tienes la oportunidad que no tuve yo.

Llegamos al manzano que extendía sus ramas junto al muro. Pip y yo nos habíamos sentado debajo de él muchas veces: comíamos manzanas y les dábamos las

podridas a las ardillas.

—¿Y adónde voy? —pregunté con voz temblorosa.

—Si continúas recto tres kilómetros, llegarás a una carretera. —Al hablar, movía lentamente los finos labios, de piel agrietada y rasposa—. Será peligroso. Busca las señales que indican el número ochenta y vete hacia el oeste, en dirección a poniente. No te alejes de la carretera, pero tampoco circules por ella.

—¿Y después qué? —Buscó algo en el bolsillo de la bata y sacó una llave que acarició con sus ajadas manos como si fuese una joya.

—Si sigues caminando, llegarás al mar. Al otro lado del puente rojo hay un campamento. Según creo, se llama Califia. Si logras llegar hasta allí, te protegerán.

—¿Y qué ocurre en la Ciudad de Arena? —quise saber, mientras ella tanteaba el muro. Me di cuenta de que la conversación tocaba a su fin y las preguntas se agolpaban en mi mente—. ¿Qué les pasa a los recién nacidos? ¿Quién los cuida? ¿Conseguirán salir alguna vez las graduadas?

—Llevan a los niños a la ciudad, y en cuanto a las graduadas. —Bajó la cabeza, sin apartarse del muro—. Están al servicio del rey. Saldrán si él lo decide y en el momento en que lo disponga, cuando hayan nacido suficientes niños.

Detrás de unas ramas había un agujero tan pequeño que apenas se distinguía, ni siquiera a la luz del día. La profesora Florence introdujo la llave, la giró, y el muro de piedra se desplazó y dejó a la vista una estrecha puerta. Mirando hacia atrás, hacia el recinto, explicó:

—Se supone que es una salida de incendios.

El bosque, cuyos límites iluminaba la perfecta y resplandeciente luna, se extendía ante mí. Allí estaba: el lugar de donde venía y adonde iba; mi pasado y mi futuro. Deseaba hacer más preguntas a la profesora sobre aquel extraño campamento llamado Califia y sobre los peligros de la carretera, pero en ese preciso momento surgió la luz de la linterna de la guardiana al doblar la esquina de los dormitorios.

La profesora Florence me empujó.

—¡Vete ya! —urgió—. ¡Márchate!

La puerta se cerró tras de mí tan rápidamente como se había abierto, dejándome sola en medio de la fría noche sin estrellas.

cuatro

Lo primero que vi al abrir los ojos fue el cielo: algo azul e infinito, mucho más grande de lo que había imaginado. Durante los doce años vividos en el colegio, solo había visto el trozo de firmamento que se extendía entre ambos lados del alto muro. Pero ahora me hallaba debajo de él, percibiendo las pinceladas de color morado y amarillo de aquel gigantesco paraguas, visibles a la luz del amanecer.

Demasiado aterrorizada para detenerme, la noche anterior me alejé tan rápido como me fue posible; me metí bajo puentes en ruinas y caminé por empinados barrancos hasta que vi la maravillosa señal que indicaba «80» iluminada por la luna. Descansé entonces en una zanja, pues mis piernas estaban tan agotadas que ya no me sostenían. Tenía, además, el culo de los pantalones cubierto de tierra y la garganta seca.

Trepé sobre un resalte del terreno, más alto y plano, y contemplé la mañana: la ladera estaba cubierta de espesos arbustos con flores, hierba crecida, de un verde deslumbrante, y árboles que se retorcían en posiciones increíbles, serpenteando hacia adentro y hacia afuera, unos alrededor de los otros. No pude reprimir la risa al recordar las imágenes que había visto del mundo antes de la epidemia: fotografías de pulcros campos, de hierba cuidadosamente recortada, e hileras de casas en calles pavimentadas, cuyos setos formaban cuadrados perfectos. Aquello no se parecía en nada a esas fotos.

En el horizonte divisé a un ciervo corriendo por una antigua gasolinera. Antes de la epidemia, casi todo funcionaba gracias al petróleo, pero las refinerías cerraron cuando no quedó nadie para trabajar en ellas; en la actualidad únicamente el gobierno utilizaba petróleo y repartía una asignación a cada escuela. El ciervo se detuvo para comer la hierba que crecía entre los herrumbrosos surtidores. Densas bandadas de pájaros cambiaban de dirección en el cielo, mientras la brillante luz matinal arrancaba iridiscencias a sus alas. A todo esto tropecé y, al caer, sentí que había chocado contra el duro saliente. Dos centímetros y medio de musgo cubrían la carretera.

—¡Hola! —gritó alguien—. ¿Hola?

Muerta de miedo al oír la voz de un hombre, me giré en redondo para ver quién hablaba, acordándome de las historias del bosque y de las bandas de renegados que vagaban por él y vivían en los árboles. Mis ojos tropezaron con una destartalada casucha, a escasos metros, cubierta de hiedra; la puerta estaba cerrada. Me arrastré hacia ella para esconderme.

—¡Cállate! —exclamó la voz.

Me quedé inmóvil. En el colegio no nos permitían hablar así. Se consideraba «de mala educación», y tales expresiones las conocíamos porque aparecían en los libros.

—¡Cállate! —gritó de nuevo la voz desde algún lugar situado encima de mí.

Miré hacia el cielo: había un gran loro rojo en el tejado de la casucha, observándome con la cabeza ladeada.

—¡Ring, ring! ¡Ring, ring! ¿Quién es? —Picoteó algo en el tejado.

Había visto un loro en un cuento infantil, acerca de un pirata que robaba tesoros. Pip y yo lo habíamos leído en el archivo, pasando los dedos sobre las descoloridas ilustraciones.

Pip. A kilómetros de distancia acabaría de descubrir mi cama vacía, con las sábanas arrugadas y frías. La graduación se cambiaría sobre la marcha. Seguramente, Ruby y Pip pensarían que me habían secuestrado y ni se les ocurriría que hubiera sido capaz de marcharme por voluntad propia. Tal vez Amelia —la ambiciosa segunda de la clase—, designada para pronunciar el discurso de apertura en la graduación, pronunciaría también el mío y guiaría a las demás por el puente. ¿Cuándo comprenderían la verdad? ¿Tal vez cuando pisasen la desnuda orilla del otro lado? ¿O cuando se abriesen las puertas de par en par y se encontrasen ante la sala de cemento?

Me acerqué al pájaro, pero retrocedí.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, asustada al oír mi propia voz.

El pájaro me miró con sus negros ojos, parecidos a dos brillantes gotitas de agua.

—¡Peter! ¿Dónde estás, Peter? —dijo dando saltitos sobre el tejado.

—¿Peter era tu dueño? —inquirí. El loro se arregló las plumas con una garra—. ¿De dónde eres? —Supuse que Peter había muerto hacía mucho tiempo durante la epidemia, o había abandonado al pájaro en el caos posterior. Sin embargo, el loro había sobrevivido una década. Aquel detalle me llenó de esperanza.

Quería preguntarle más cosas, pero el ave alzó el vuelo y se convirtió en una manchita roja bajo el cielo azul; yo seguí con la vista su rumbo hasta que desapareció en la lejanía. Reparé entonces en las siluetas que bajaban por la ladera del bosque dirigiéndose hacia la carretera. Aunque estaban a algo más de sesenta metros, distinguí las escopetas que llevaban al hombro.

De momento no supe cómo reaccionar ante aquellos seres extraños y ajenos. Eran mucho más altos y gruesos que las mujeres, e incluso su modo de andar era distinto, más torpe, como si les costase trabajo caminar. Todos llevaban pantalones y botas, y algunos de ellos iban sin camisa, exhibiendo el moreno y curtido torso.

Avanzaban en grupo, hasta que uno de ellos levantó la escopeta y apuntó al ciervo que ramoneaba entre los surtidores de gasolina. El animal cayó al primer disparo, agitando las patas a causa del dolor. El pánico se apoderó de mí: me hallaba en medio del bosque, bajo la inmisericorde luz del día, y había una banda de asesinos a menos de treinta metros. Me peleé con la puerta de la cabaña, arrancando la hiedra, hasta que encontré la vieja cerradura oxidada.

La banda se acercaba. Continué manipulando la cerradura, tirando de ella y

golpeándola con la mano para intentar romperla. «Ábrete —rogué—. Ábrete, por favor.» Eché otro vistazo por una esquina de la cabaña y vi a los hombres bajo el toldo de la gasolinera. Rodeaban al ciervo. Uno de los individuos le dio un tajo y le cortó el cuello como si pelase una pieza de fruta. El ciervo, estremecido, se retorció: aún estaba vivo.

Le pegué un tirón a la puerta, deseando repentinamente que apareciera la directora en la carretera y que las guardianas me metiesen a empellones en un todoterreno del gobierno. Regresaríamos por el camino que había recorrido y los hombres nos dispararían hasta quedar reducidos a puntitos negros en el horizonte, hasta que estuviese a salvo.

Pero mi fantasía se evaporó, como la neblina consumida por el sol de la mañana. La directora no me protegería, y el colegio ya no era un lugar seguro.

No había nada seguro.

La cerradura cedió al fin, y casi me caí de bruces en la oscura cabaña. Metí la mochila dentro, cerré la puerta y recorrí un estrecho pasillo que conducía a una habitación grande. Sobre las ventanas, cubiertas de suciedad, se entretejían las enredaderas de tal modo que no se veía nada. Avancé a tientas y empecé a darme cuenta de que no era una cabaña, sino una casa grande situada junto a la colina y medio enterrada en la hierba. Continué desplazándome a tientas por la habitación. Las paredes, rugosas y veteadas, parecían de piedra.

Las extrañas voces se aproximaban.

—Raff, mete la piel en la bolsa y vámonos ya de una vez.

—Que te den, imbécil de mierda —repuso otro hombre. Las voces, graves y broncas, carecían del esmerado tono que nos habían enseñado en el colegio.

Tras asistir a las clases de «Peligros a causa de chicos y hombres» durante un año entero, aprendí todos los puntos débiles de las mujeres ante el sexo opuesto. La primera lección se titulaba «Manipulación y sufrimiento». Para comprenderla, leímos en detalle *Romeo y Julieta* y analizamos el modo en que Romeo había seducido a la joven para acabar arrastrándola a la muerte. La profesora Mildred nos dio una charla sobre una relación que había mantenido antes de la epidemia, y cómo las alegrías enseguida se convirtieron en amargas depresiones, impregnadas de rabia. Lloró al contar que su «amor» la había abandonado después de tener a su primera hija, una niña que murió al poco tiempo a consecuencia de la epidemia. Él se había escudado en algo llamado «confusión». En la lección de «Esclavitud doméstica», vimos antiguos anuncios de mujeres que llevaban delantal. Pero la lección sobre «Mentalidad de pillaje» fue la más terrible de todas.

La profesora Agnes nos enseñó imágenes ocultas captadas por cámaras de seguridad instaladas en una pared. Eran borrosas, pero se distinguían tres figuras: tres hombres. Entre todos acorralaron a otro individuo, le robaron las provisiones que

llevaba y lo mataron de un tiro. Durante semanas me desperté a medianoche, bañada en sudor, pues seguía viendo el blanco resplandor del disparo y el cuerpo inerte del hombre en el suelo, con las piernas encogidas.

—¡No necesitabas más, matón asqueroso! —gritó otra voz. Me adentré en la casa, pegándome a una pared rugosa e inestable. El ambiente era sofocante y denso: olía a moho y a algo más penetrante, a alguna sustancia química. Me cubrí la cara con la camisa para que los hombres no me oyesen respirar.

Estaban ya muy cerca. Oí cómo sus pisadas rompían ramas caídas y producían inquietantes chasquidos. Alguien se detuvo ante la casa, y me llegó el rasposo sonido de una respiración saturada de flemas.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó uno de ellos. La voz sonaba distante, más arriba, tal vez en la carretera.

El que estaba más próximo carraspeó, y el terror se apoderó de mí. Me aferré a la pared y cerré los ojos, tratando de tranquilizarme. «Vete, por favor, vete», pensé.

—¡La cerradura está rota! Vamos a echarle un vistazo.

Retrocedí cuanto pude, deseando que las frías piedras cediesen, o que lograra hundirme en ellas, o desaparecer detrás de su superficie llena de huecos. Nos habían dado muchas lecciones sobre lo que nos esperaba más allá del muro: la profesora Helene nos enseñó fotografías de la mujer a la que un perro rabioso había arrancado la mitad de la cara. Pero solo nos habían sugerido una cosa en caso de que estuviésemos fuera, en medio de la naturaleza. No nos enseñaron técnicas de supervivencia. Yo no sabía hacer un fuego, ni cazar, ni era capaz de enfrentarme a aquellos hombres. «Volved —nos había dicho la profesora—. Haced lo que sea para volver al colegio.»

La puerta se abrió de golpe. Supuse que el tipo entraría y me sacaría de allí a rastras, gritando. Pero cuando la luz iluminó la habitación, dejaron de importarme la banda de la carretera, las imágenes de las clases o las intenciones de los hombres que estaban a la vuelta de la esquina, apenas a seis metros de mí, puesto que se desvelaron paredes que no eran de ásperas piedras, sino formadas por cientos de cráneos, cuyas negras y huecas cuencas me miraban. Me tapé la boca para ahogar un grito.

—No es más que un depósito de cadáveres —gritó el hombre, cerrando la puerta al salir y dejándome en la oscuridad con los esqueletos.

Me quedé allí horas, temblando, hasta que me cercioré de que todos se habían marchado.

Al octavo día me dolían las piernas y tenía la garganta abrasada. Caminaba lentamente entre la espesa maleza que flanqueaba la carretera, apartando el follaje con la rama de un árbol que utilizaba como bastón. Traté de convencerme de que llegaría a Calafia, diciéndome a mí misma que pronto estaría a salvo y que mientras permaneciese entre los arbustos, donde nadie podía verme, las bandas no me encontrarían. Pero ya hacía días que mi botella de agua se había agotado, la fatiga me vencía y tan pronto sudaba como temblaba de frío.

Anduve hacia el oeste, como me había dicho la profesora Florence, en dirección al sol poniente. Por la noche, cuando la temperatura bajaba, dormía en armarios de casas abandonadas o en garajes, junto a los armazones de coches viejos. Si encontraba un lugar que me parecía seguro, me quedaba allí cierto tiempo, comiendo las manzanas que la profesora me había dado y pensando en el colegio. No lograba apartar aquella noche de mi mente, ni dejar de preguntarme si podría haber sido todo distinto, y si podría haber salvado también a Pip. Tal vez hubiese debido arriesgarme. Quizá habría sido mejor despertarla. Al menos debería haberlo intentado. Se me encogía el corazón al imaginarla atada a una cama, sola y asustada, preguntándose por qué la había abandonado.

No tardé mucho en quedarme sin comida. Las alacenas de las casas estaban vacías, pues las habían saqueado los supervivientes después de la epidemia. Traté de coger moras, pero unos cuantos puñados no bastaban para aplacar los ardores de mi estómago. Así que me debilité: cada vez caminaba más y más despacio, hasta que apenas andaba un kilómetro sin detenerme a descansar. Me sentaba al pie de los árboles, apoyada en sus retorcidas raíces, y contemplaba los ciervos que brincaban entre la crecida hierba.

A veces, poco antes de ponerse el sol, sacaba mis cosas de la mochila para contemplarlas. Siempre buscaba la pulsera, tan pequeña que apenas me encajaba en tres dedos.

Yo era huérfana, como todas las alumnas del colegio, adonde había llegado después de que mi madre se contagiase de la epidemia. No conocí a mi padre. Aquellos objetos eran lo único que guardaba de mi pasado, aparte de algunos recuerdos —más bien, sentimientos— de mi madre desenredándome el pelo mojado o el olor de su perfume cuando me acunaba. En cierta ocasión leí curiosidades sobre personas a las que les habían amputado algún miembro: seguían doliéndoles los brazos o las piernas que ya no tenían; los llamaban miembros fantasmas. Siempre me pareció la mejor forma de describir mis sentimientos sobre mi madre, que se había convertido en el dolor por algo que una vez tuve y que lo perdí.

Continué mi camino, apoyándome cada vez más en el bastón. A lo lejos divisé una minúscula piscina de plástico llena de agua de lluvia, un brillante oasis de color turquesa rodeado de malas hierbas. Parpadeé, preguntándome si sería una alucinación provocada por el calor. Corrí hacia ella, me arrojé al suelo y mis labios rozaron el agua fría. Me cuestioné fugazmente cuánto tiempo llevaría allí el agua y si sería apta para el consumo, pero mi reseca boca la agradeció tanto que bebí sin parar hasta que llené el estómago a reventar. Cuando me aparté, vi un reflejo en la superficie del agua: a escasos metros había una casa, y una luz en su interior.

Me quedé mirando el resplandor que emitía la luz, mientras el sol besaba las copas de los árboles. No sabía quién habitaba aquella casa ni si me ayudarían, pero tenía que averiguarlo.

En el jardín había un parque infantil de madera muy deteriorado. Las enredaderas envolvían la oxidada cadena del columpio, y lo inclinaban hacia el suelo. Me deslicé bajo el tobogán roto, me acerqué a una ventana entreabierta y observé el interior. La salita era pequeña: solo distinguía un sillón desvencijado y varias fotografías arrugadas en la pared. También vi una figura encapuchada cocinando en cuclillas ante una chimenea.

El humo llegaba hasta el techo y salía hacia el exterior, seduciendo mi olfato con la promesa de una buena comida. La figura cogió una pata de conejo y la devoró hasta el hueso, y a mí se me hizo la boca agua imaginando lo rico que debía saber.

Ya había visto descarriados antes, vagando fuera del muro del colegio, en la zona que se divisaba desde la ventana de la biblioteca. Esas personas no pertenecían a ninguna banda ni al régimen del rey, sino que eran seres marginados que vivían en estado salvaje. Nos habían dicho que eran peligrosos, pero el que tenía ante la vista era una esbelta figura de mujer que aplacó mis temores.

—¡Hola! —grité por la ventana—. ¡Ayúdeme, por favor!

La figura se enderezó de un salto y retrocedió hasta la pared, esgrimiendo un cuchillo.

—¡Ponte bajo la luz! —La capucha era grande y le cubría la cara, pero el resplandor del fuego permitía que se le vieran los delicados labios, impregnados de grasa de carne.

—De acuerdo, de acuerdo —dije alzando las manos. Al empujar la ventana, los goznes se rompieron, y por poco no se estrelló contra el suelo. Al fin entré y extendí las manos para que la figura encapuchada las viese—. Me he quedado sin comida.

Siguió apuntándome con el cuchillo. Vestía un uniforme de campaña verde oscuro, como el de los trabajadores del gobierno, y una sudadera negra con capucha demasiado grande. No le vi los ojos.

Cuando bajé las manos, reparé en una mochila abierta que contenía un uniforme del colegio. Los colores rojo y azul del escudo de la Nueva América me

deslumbraron. Retrocedí y entonces reparé en las negras botas de combate, la elevada estatura, la graciosa marca sobre el labio de aquella persona.

—¡Arden!

Se quitó la capucha. Los cortos cabellos negros estaban apelmazados por la suciedad y tenía la pálida piel quemada por el sol, tanto que se le había pelado el caballete de la nariz.

La abracé con fuerza, como si fuese lo único que me sostenía en pie, y respiré a fondo, sin importarme que ambas oliésemos a ropa sudada.

Arden estaba allí. Viva. Conmigo.

—¿Qué diablos haces? —preguntó apartándome—. ¿Cómo has llegado aquí? — La ira le deformaba el rostro y, de pronto, recordé que me odiaba.

Me senté en el suelo, aturdida.

—Me he escapado. Tenías razón. Yo también vi a las chicas en la sala de cemento. —Arden iba de un lado a otro, ante la chimenea, sin soltar el cuchillo—. Seguí la señal que indicaba ochenta. —Me callé al darme cuenta de que ella, seguramente, había hecho lo mismo, pero añadí—: Califia debe de estar a una semana de camino; no tardaremos en encontrar el puente rojo.

Arden golpeaba la hoja del cuchillo contra la pierna al caminar.

—No puedes quedarte conmigo. No puedo permitirlo; lo siento, pero tendrás que.

—No, no. —Pensé en las ratas gigantescas que correteaban sobre mis piernas por las noches, en mis desafortunados intentos de cazar conejos—. No puedes hacer eso, Arden. Tú no me abandonarías.

Rascó el ladrillo de la chimenea con el cuchillo, produciendo un sonido chirriante que me estremeció.

—Esto no es un juego, Eve, ni son unas breves vacaciones del colegio. —Señaló la ventana—. Ahí fuera hay hombres, perros y montones de animales salvajes, y todos quieren matarnos. No serás capaz de soportarlo. Yo... yo no puedo arriesgarme. Es mejor que vayas sola.

Me apoyé en las temblorosas manos, hundiendo las palmas en la mohosa alfombra mientras asimilaba la crueldad de mi compañera. Aunque me hubiese encontrado a una estudiante de primero en la selva que tuviera la pierna partida por la mitad, no la habría abandonado... no habría podido hacerlo, porque habría equivalido a una sentencia de muerte.

—Ya sé que no es un juego. Por eso debemos continuar juntas. —Yo necesitaba a Arden, pero no lograría convencerla de que ella me necesitaba a mí. No obstante, intenté recurrir a alguna idea y apelar a su faceta más fría y calculadora—. Puedo ayudarte.

Se dejó caer en el viejo sillón, de cuyo cojín roto sobresalían muelles retorcidos y llenos de herrumbre.

—¿Cómo? —Se quitó un escarabajo muerto del enmarañado pelo y lo arrojó al fuego. Reventó con un ruido sordo.

—Soy inteligente. Entiendo de mapas y brújulas. Y te vendrá bien disponer de otra persona para hacer guardia.

—No hay mapas ni brújulas, Eve —resopló—. Y tu inteligencia es de manual —puntualizó alzando un dedo—. Eso aquí no vale nada. ¿Sabes pescar? ¿Sabes cazar? ¿Matarías a alguien si se tratase de mi vida o de la de otros?

Tragué saliva; la respuesta era «no». Claro que no. Jamás había matado ni a una oruga. Me chivaba a la profesora de las chicas que torturaban a esos bichos por el puro placer de ver cómo se retorcían. Pero quería demostrar a Arden que todos aquellos años que había pasado en la biblioteca, mientras ella jugaba al lanzamiento de herraduras en el jardín, habían valido realmente la pena.

—La directora me concedió la medalla de aplicación.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Qué graciosa eres! Pero estoy muy bien sola. Sin embargo, tú.

Bajé la vista, mirándome como me miraba ella: una rama me había desgarrado el jersey del uniforme; tenía las manos impregnadas de sangre seca y los brazos desnudos, a pesar de que hacía frío. Me sentía débil, nunca me había sentido así en el colegio, sin comida, ni agua, ni la menor perspectiva de sustento. Las lágrimas empezaron a inundar mis ojos.

—No lo entiendes. Tienes padres, un lugar al que ir. No sabes lo que es estar sola.

Hundí la cara entre las manos y sollocé. No quería pudrirme sola en el bosque. No quería morir de hambre ni quería que me capturase un hombre. ¡No quería morir!

Pasó un rato hasta que me di cuenta de que Arden se había levantado del sillón y estaba asando otro trozo de conejo.

—Deja de comportarte como una cría —dijo dándome la carne insertada en un palo. La devoré, sin importarme que la grasa me empapase las manos y me resbalase por la barbilla, olvidando por una vez los buenos modales—. No puedo perder más tiempo. Seguramente, mis padres ya se habrán enterado de que he abandonado el colegio... y tal vez me estén buscando —añadió ella cuando acabé de comer.

Estuve a punto de poner los ojos en blanco, pero me controlé. Incluso entonces, en medio de la nada, seguía presumiendo de padres. Acabaría hablando de la casa de cuatro pisos en la que vivían y de que dormía en una cama de matrimonio desde su más tierna infancia; de lo duro que había sido para ella despedirse de todo aquello, aunque solo fuese durante unos años. Echaba de menos las criadas, las cenas en platos de porcelana, a sus padres que la llevaban al teatro y dejaban que apoyara el mentón en la barandilla del palco para ver mejor el escenario.

—Esta noche puedes quedarte. Luego ya veremos —concedió lanzándome una mugrienta manta gris.

Me eché la manta sobre los hombros, mientras el fuego se consumía y dejaba un montón de cenizas humeantes.

—Gracias.

—De nada. —Se arrebujó en el sillón con varios edredones que la envolvían como un gigantesco nido de pájaros—. La encontré sobre un esqueleto a unos kilómetros de aquí. —Soltó una carcajada.

Me quité la manta con asco y apoyé la espalda en un rincón. No me importaba que me castañeteasen los dientes de frío, como la noche anterior.

El claro de luna me permitió ver fotografías en la pared: una familia joven posaba delante de la casa. Sonreían, entrelazando los brazos, tan ignorantes de su futuro como yo del mío.



Al día siguiente caminé con Arden por un campo de girasoles, apartando los gigantescos monstruos de ojos negros de mi cara. Apenas hablamos, salvo durante el desayuno a base de conejo asado, y me pareció una buena señal. Temí despertar sin comida, sin mantas y sin la propia Arden. Pero no se había marchado y me hubiera gustado saber si su silencio significaba que permaneceríamos juntas. Yo así lo deseaba, aunque solo fuese en beneficio de mi estómago.

Ambas recorrimos la calle cubierta de hierbajos de un villorrio abandonado. Las casas tenían los tejados hundidos, y unas cuantas canastas de baloncesto flanqueaban el camino, transformadas por las enredaderas en frondosos y floridos elementos de arte topiario. Vimos también restos de coches viejos, cuyos parabrisas estaban rotos en mil pedazos y las puertas oxidadas y, en un camino oculto por la maleza, vimos dos ataúdes destartados: uno de adulto y otro de niño.

Cuando mi madre se estaba muriendo, yo jugaba sola, fuera de la casa, porque me había echado de su habitación por miedo a que me contagiase. Yo acostaba a mi muñeca en la repisa de piedra de la ventana del jardín y le preparaba pomadas de lodo y hojas machacadas. «Te vas a recuperar —le decía, mientras oía llorar a mi madre a través de la ventana abierta—. Vendrá el médico y te curará —susurraba—. Pero ahora está muy ocupado.»

—Eres un poco morbosa, ¿verdad? —dijo Arden, cogiéndome del brazo. Me había detenido ante los ataúdes de madera con la mirada fija en el más pequeño.

—Perdona. —Seguí caminando y procuré sacudirme la melancolía. Pero me sentí peor, incluso más sola, al darme cuenta de que mi compañera no lo entendía. Cogí unas cuantas flores silvestres y acaricié el colorido ramito.

—He decidido que vamos a ir juntas a Califia —anunció Arden, abriéndose paso entre la hierba—. Pero después será cosa tuya. Pienso detenerme allí a descansar y luego me espabilaré para encontrar la manera de localizar a mis padres en la ciudad.

—¿En serio? —Y mi tristeza se convirtió en alivio—. ¡Oh Arden, yo...!

Se giró en redondo, entrecerrando los ojos para evitar el sol, y advirtió:

—No lo estropees. Todavía estoy a tiempo de cambiar de idea.

Caminamos un rato en silencio. Mis pensamientos se remontaron al colegio, a la noche en que me marché, a los rumores de que Arden había estado nadando en el lago. Ya no me parecían tan increíbles tras comer la carne que ella había cazado, despellejado y cocinado.

—¿Es cierto que sabes nadar? —Me atreví a preguntar.

—¿Quién te ha dicho eso? —Se quitó la sudadera negra, dejando al descubierto sus pálidos brazos. Tenía los hombros moteados de pecas.

—Te vieron. —Pero no le expliqué que me había llevado una hora cruzar el lago agarrándome a las ramas llenas de espinas.

Sonrió, como si recordase alguna cosa divertida, y comentó:

—Aprendí yo sola. A ti nunca se te hubiese ocurrido, ¿verdad, doña Fosforita?

No le hice caso.

—¿No temías que te descubriesen? —Un conejo gris correteó por la carretera.

—Las guardianas no suelen estar en el jardín después de medianoche, a menos que tengan una guardia especial. La mayoría de las noches son muy tranquilas en el colegio. —Se encaminó hacia el conejo, con el cuchillo en ristre. El animalillo permaneció inmóvil, mientras ella se le acercaba.

No conseguía apartar de mi cabeza el día en que la vi nadando. Nunca se lo había visto hacer a nadie. ¿Se había metido en el agua sin más, moviendo los brazos? ¿Se apoyó en algo, como una rama o una cuerda?

—¿Y no te daba miedo ahogarte?

Al oír mi voz, el conejo desapareció entre la maleza de un jardín abandonado.

—Muy bonito, Eve —bufó, y se colgó el cuchillo del cinturón—. Me encantaría que charlásemos de lo divino y de lo humano, créeme, pero tengo que cazar la cena —. Se metió entre las casas, sin molestarse en volver la vista.

—¡Me buscaré la cena! —grité tras ella—. ¿Quedamos en la casita?

No respondió. Seguí caminando; me alejé de las casas y me dirigí a una zona de tiendas en ruinas. La hierba cubría un restaurante; entre las enredaderas y el musgo se distinguía una gigantesca EME amarilla. Al fondo de la manzana había un enorme edificio, cuya fachada aguantaba, pero el letrero había perdido las letras. Decía: WAL MA T. Alguien había escrito con un espray sobre las ventanas rotas de la parte delantera las palabras:

«ZONA DE CUARENTENA. SI ENTRA, ATÉNGASE A LAS
CONSECUENCIAS».

Cuando el camión cruzó las barricadas para evacuar a los niños sanos que quedaban, mi madre les pidió que me llevaran. Corrí hacia el buzón y me aferré al poste de madera, empeñada en quedarme. Fue inútil. Mi madre salió a la puerta, sangrando por la nariz, cuando me metieron en la parte de atrás del camión. Tenía los ojos hundidos, del color de las ciruelas podridas, y el esternón le sobresalía del pecho como una soga. Permaneció en la puerta, despidiéndose con la mano, y me lanzó un beso.

Al recorrer el pueblo abandonado, intenté no mirar las enormes cruces de madera del aparcamiento ni los montones de huesos que había debajo, cubiertos de musgo. Pero por todas partes surgían signos de muerte. En la acera de enfrente había una tienda abandonada, la Inmobiliaria del norte de California; las ventanas estaban tapiadas. Los ataúdes se apilaban en un local llamado Manicura Suzy. Acababa de ver

la equis roja pintada en el lateral de un contenedor cuando algo se movió delante de mí: un oseño salió al camino, con paso tranquilo, y me miró. Enseguida volvió a dedicar toda su atención a una oxidada lata de comida que pretendía abrir con las garras.

Pensé de inmediato en *Winnie the Pooh*, el libro que la profesora Florence nos leía cuando éramos niñas sobre un osito y su buen amigo Christopher Robin. Nos advirtió que los osos no solían ser tan simpáticos, pero aquel oseño era demasiado pequeño para resultar peligroso. Me pregunté si el animalito estaría comiendo azúcar, o si ese detalle era una curiosa anécdota del cuento.

Extendí la mano, procurando no asustarlo. El oso husmeó mi brazo con el húmedo hocico, y cuando le acaricié la suave piel castaña, me produjo una agradable sensación al arañarme ligeramente la mía.

—Sí, eres igual que Winnie —afirmé. Desvió la cabeza hacia el camino y olisqueó otras latas. No sabía si Arden me permitiría llevarlo a la casa. Tal vez podríamos quedarnos con él un tiempo; yo nunca había tenido una mascota.

Extendí la mano otra vez, pero la retiré inmediatamente cuando oí un gruñido ensordecedor: una osa enorme se alzaba sobre los cuartos traseros junto a la carretera; me pareció una auténtica torre.

El oseño se le acercó, y la osa abrió la boca, enseñando los colmillos. Me enderecé; se me habían puesto los pelos de punta y me temblaban las manos. La madre echó a correr hacia mí, con la cabeza baja, y levanté los delgados brazos en un gesto patético. Me preparaba para el ataque cuando algo la golpeó en las fauces.

Una piedra. Mientras el animal gruñía, otra piedra le golpeó la cabeza; cayó hacia atrás, y su inmenso trasero chocó contra la carretera.

Al darme la vuelta, vi a un chico cubierto de porquería, cuyo musculoso pecho estaba salpicado de barro, y de piel muy morena —de un castaño rojizo—, que montaba un caballo negro y llevaba un tirachinas en la mano.

—Será mejor que montes —sugirió guardándose el tirachinas en el bolsillo trasero del pantalón—. Esto no ha terminado.

Miré de nuevo a la osa, que sacudía la cabeza, momentáneamente aturdida. No sabía qué era peor: morir entre las garras de un animal feroz o huir con un salvaje neanderthal a caballo. Él me tendió la mano: tenía las uñas negras de mugre.

—¡Vámonos! —urgió.

Le di la mano, y tiró de mí. Me senté detrás de él, en la grupa del caballo. El chico olía a sudor y a humo.

Con un ¡arre!, emprendimos la marcha por la carretera cubierta de musgo. Rodeé con un brazo el musculoso pecho del muchacho y me volví para mirar una vez más a la osa. Se había levantado y corría detrás de nosotros, pero su gigantesco cuerpo castaño se estremecía debido al esfuerzo.

Mi salvador aferró las agrietadas riendas de cuero, desviando al caballo de la carretera principal para conducirlo entre la densa arboleda del bosque. La osa se acercó tanto que le mordió la cola al caballo.

—¡Más rápido! ¡Tienes que ir más rápido! —grité.

El caballo aceleró, pero la osa nos seguía demasiado cerca, sin mostrar la menor señal de cansancio. Mis piernas, empapadas de sudor, resbalaban. Me agarré al chico, clavándole las uñas en la piel. Él se inclinó hacia delante, y el viento rugió sobre nosotros. La osa volvió a abrir su feroz mandíbula.

Mirando por encima del hombro del chico, vi frente a nosotros una quebrada, de casi metro y medio de ancho, que parecía un antiguo canal de aguas residuales; debía de tener unos cinco metros de profundidad.

—¡Cuidado! —exclamé, pero él continuó, más rápido que antes.

—¿Por qué no me dejas que maneje yo el caballo? —gritó girando la cabeza hacia mí. Detrás de nosotros la osa corría con todas sus fuerzas, sin apartar los ojos de las ancas del caballo.

—¡Nooo! —susurré cuando me percaté de que nos precipitábamos hacia la quebrada. Si no lo conseguíamos, el animal nos devoraría vivos y estaríamos atrapados en el fondo del canal, sin posibilidad de escondernos—. No, por favor.

Pero el caballo, estirando las patas delanteras, ya estaba a punto de salir disparado hacia el otro lado del precipicio.

El estómago me dio un vuelco. Durante un momento me sentí volar, y luego se produjo el duro impacto de los cascos contra el suelo. Contemplé el campo de caléndulas que nos rodeaba. Habíamos saltado.

Volví la cabeza por última vez, temiendo que la osa se abalanzase sobre nosotros, pero resbaló al borde del precipicio. Lo último que oí fue un rugido furioso mientras se precipitaba por el escarpado precipicio y aterrizaba, con un golpe sordo, en el fangoso fondo de la quebrada.

Pasamos mucho tiempo sin hablar. Cuando por fin dejamos atrás el peligro, retrocedí en la grupa del caballo, apartándome todo lo posible del chico. Pertenecía a una especie extraña, medio salvaje. No era un tipo sofisticado como los que poblaban las páginas de *El gran Gatsby*. Pero tampoco se parecía a los hombres violentos que había visto en mi primer día de libertad. Al menos me había salvado la vida, aunque confiaba en que no fuese por motivos inconfesables.

Llevaba unos pantalones manchados y rotos en las rodillas, y los cabellos, enroscados en rastas, le llegaban hasta los hombros. A diferencia de los bandidos, no usaba pistola, lo cual no me consolaba gran cosa, pues era tan corpulento y musculoso como ellos. Yo no sabía qué perversos pensamientos albergaba hacia mí, una chica a la que había encontrado sola en el bosque, así que empecé por despegarme la camiseta de los pechos.

—No sé qué piensas hacer, pero no podrás —dije poniéndome muy tiesa para parecer más alta. Por el rabillo del ojo vi tres conejos muertos colgados del cuello del caballo; tenían las patas atadas con cáñamo.

Él giró la cabeza para mirarme y sonrió. A pesar de su deficiente higiene, tenía unos dientes rectos y blancos.

—¿Y qué es lo que pienso hacer? La verdad es que me encantaría saberlo.

Cabalgábamos al trote por una autopista, cuyos quitamiedos metálicos apenas se veían bajo la maleza. A lo lejos había un puente medio derruido.

—Seguro que quieres tener relaciones sexuales conmigo —respondí con toda naturalidad.

El chico se rio, soltando una carcajada grave y rotunda, mientras daba palmaditas al cuello del caballo.

—¿Quiero tener relaciones sexuales contigo? —repitió, como si no hubiese oído bien.

—Pues sí —afirmé en voz alta—. Y para que lo sepas, no lo permitiré. Ni aunque. —Busqué la metáfora adecuada.

—¿... fuese el último hombre sobre la faz de la Tierra? —Contempló el vasto paisaje despoblado y esbozó una sonrisa malévola. Sus ojos eran de color verde uva.

—Eso mismo —asentí. Me consoló que como mínimo hablase y supiese utilizar bien las palabras. No tendría tantos problemas para comunicarme como había imaginado.

—Me alegro —repuso—. Porque no tengo la menor intención de acostarme contigo. No eres mi tipo.

Me reí, hasta que me di cuenta de que el chico no bromeaba. Mantenía la vista

fija al frente mientras guiaba al caballo fuera de la autopista y lo conducía hacia una calle cubierta de musgo, azuzándolo para que no tropezase en los hoyos de la calzada.

—¿A qué te refieres con eso de que no soy tu tipo? —quise saber.

La epidemia había matado a muchas más mujeres que hombres. Yo era una de las pocas féminas que quedaban en la Nueva América, una chica educada y presentable, y por lo tanto siempre supuse que sería el tipo de cualquier hombre.

El chico me echó un vistazo y se encogió de hombros.

—¡Psss! —murmuró.

Cómo que psss. Una chica tan inteligente y trabajadora como yo. Me habían dicho que era guapa. ¡Era Eve, la más lista del colegio! ¿Y no se le ocurría decir más que «psss»?

Le observé un ligero movimiento de hombros, y al esforzarme en mirarle a la cara, me di cuenta, por primera vez, de que me estaba tomando el pelo: bromeaba.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —le espeté desviando la cabeza para que no viese lo colorada que me había puesto.

Tiró de las riendas y guio al caballo por el puente en dirección al sol poniente. Como ya era el atardecer, el cielo adquirió el tono azulón de los hematomas; había nubes grises y a lo lejos se oía el estruendo de una tormenta.

—Será mejor que me lleves adonde me encontraste. Mi... gigantesco amigo me está esperando. Es terrorífico y... muy sanguinario —añadí repitiendo el término que había oído decir a los bandidos.

El chico respondió en tono burlón:

—Te estoy llevando allí.

—Bueno sí, ya lo sé —afirmé mirando alrededor. No tenía claro dónde estábamos. Aún no habíamos llegado al WAL MA T, y la carretera no se veía por ningún lado. A la izquierda se erguían dos postes amarillentos que señalaban un antiguo campo de fútbol en el que crecían los tronchos de maíz.

—¿Hay algo que no sepas? —me preguntó volviéndose y esbozando otra sonrisa. Desvié la mirada y fingí que no le veía el hoyuelo de la mejilla derecha ni el brillo de los ojos, como si estuviese iluminado por dentro. La profesora Agnes lo denominaba «la ilusión de la intimidad». ¿Sería aquello?

Permanecimos en silencio un rato, escuchando la tormenta distante, hasta que llegamos al pueblo donde había visto a Arden por última vez. Reconocí un maltrecho columpio hecho con un neumático, que tenía la goma agrietada. Una gata salvaje, de abultado vientre, vagaba por la calle.

El chico se quedó mirando un jardín cubierto de maleza y señaló una figura diminuta, oculta tras el follaje.

—¿Es ese tu «gigantesco amigo»?

Arden salió poco a poco de su escondite. Tenía las rodilleras del pantalón

mojadas y manchadas de barro, como si hubiese estado gateando por el suelo.

Me bajé del caballo, esperando que ella me interrogase, pero estaba demasiado absorta observando al chico para reparar en mi presencia. Nos quedamos los tres callados un instante; solamente se oía el sonoro resuello del caballo. Arden acarició el cuchillo con la mano.

El chico hizo un gesto negativo con la cabeza, y dijo:

—¿También tú eres paranoica? A ver si acierto: acabáis de abandonar el colegio, ¿verdad? —Desmontó con gran agilidad. El cielo retumbó, y el muchacho acarició el cuello del caballo para tranquilizarlo—. Chiss, *Lila* —susurró.

—¿Y tú qué sabes del colegio? —preguntó Arden.

—Más de lo que tú crees. Me llamo Caleb —respondió tendiendo la mano para saludarla; ella se quedó inmóvil, observando la mugre acumulada bajo las uñas y entre los nudillos del chico. Luego relajó los hombros poco a poco y apartó la mano del cuchillo. Mi mirada iba de uno a otro sin parar.

La había impresionado.

—Arden... —susurré esperando que no tocara al chico. Ella reparó en un tatuaje que él tenía en el hombro: un círculo con el emblema de la Nueva América—. Arden, vamos a hacer la cena. —Me daba cuenta de que aquella repentina presencia masculina era tan sorprendente para ella como para mí, pero no podíamos continuar allí, a escasos centímetros de él. En peligro. Empecé a caminar y le hice señas para que me siguiese, pero no se movió.

—No he cazado nada —dijo, y se apartó de Caleb. Dio una ojeada a los tres conejos que colgaban del cuello del caballo. A continuación abrió la bolsa que llevaba colgada de la cintura y enseñó el interior: estaba vacío.

Las nubes tormentosas se acercaban. Un trueno estremeció el aire. Di una patada a una piedra del camino: ojalá hubiese cogido una de las latas con las que jugueteaba el osezno. Teníamos en perspectiva otra noche helada y lluviosa, sin nada que comer.

Caleb montó de nuevo y dijo:

—En mi campamento hay mucha comida si os apetece venir.

Me reí de semejante invitación, pero mi compañera clavó la vista en mí, y luego en Caleb y en los conejos.

—No... —murmuré entre dientes. La cogí por el brazo, para apartarla del caballo, pero ella tenía los pies clavados en el suelo.

—¿Qué clase de comida? —preguntó ella.

—De todo: jabalíes, conejos, frutas del bosque. Hace poco maté un ciervo. —Señaló el horizonte gris, extendiendo la mano hacia un lugar invisible—. Está a menos de una hora a caballo.

Continué retrocediendo, paso a paso. Pero Arden, con la cabeza inclinada, intentaba deshacer un enredo de sus cortos cabellos negros. Cuando la agarré, se puso

tensa.

—¿Cómo sabemos que eres de fiar? —inquirió Arden.

—No lo sabéis —respondió Caleb, encogiéndose de hombros—. Pero no tenéis caballo ni comida y se avecina una tormenta. Tal vez merezca la pena probar. —Mi compañera alzó los ojos al cielo gris y después dirigió de nuevo la mirada a su bolsa vacía.

Tras unos instantes se soltó de mí. Rodeó la grupa del caballo y montó detrás de Caleb.

—Acepto el ofrecimiento —dijo acomodándose.

Hice un gesto negativo con la cabeza, empeñada en no moverme.

—De eso nada. No iremos a tu «campamento». —Dibujé unas comillas en aire. Seguro que se trataba de una trampa.

—Allá tú. Pero si yo estuviera en tu lugar, no me gustaría quedarme aquí sola y mucho menos con este tiempo. —Caleb señaló las densas nubes de tormenta, que avanzaban rápido y crecían, amenazando con descargar agua sobre el bosque; luego hizo girar al caballo y se fue alejando. Arden me dijo adiós con la mano, sin molestarse en volver la cabeza.

Miré el campo por el que habíamos pasado: los girasoles se inclinaban, empujados por el viento. No sabía bien dónde quedaba la casa ni si estaba muy lejos; no sabía encender un fuego, ni cazar y ni siquiera tenía un cuchillo.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—¡Esperad! —grité, y salí corriendo detrás del caballo—. ¡Esperadme!



Jamás había visto una noche tan oscura, iluminada únicamente por los rayos que de vez en cuando cortaban el negro cielo. Llevábamos dos horas de trayecto. Rodeé con los brazos a Arden, agradecida del espacio que me separaba de Caleb. Mientras avanzábamos por una carretera fangosa, permanecí en silencio, repasando todas las formas en que el chico podía matarnos u obligarnos a hacer cosas que no estaban bien. Entre todas las mentiras que las profesoras nos habían contado, había algo de verdad. Después de ver cómo los bandidos despellejaban al animal vivo, comprendí que los hombres eran tan violentos y crueles como nos habían dicho. Me acordé de la inocente Ana Karenina, oprimida por su marido Alexei y luego seducida por su amante Vronsky. Exteriorizando su pena, la profesora Agnes nos había leído la escena del suicidio de la protagonista. «¡Ojalá Ana hubiese sabido lo que sabéis vosotras! —decía—. ¡Ojalá!».

No me dejaría engañar. En cuanto llegásemos al campamento de Caleb, comeríamos y esperaríamos a que amainase la tormenta. No tenía intención de dormir, sino que permanecería despierta y alerta, apoyando la espalda en la pared. Y por la mañana, cuando el cielo recuperase su perfecto color azul cerúleo, nos marcharíamos. Arden y yo. Solas.

—¿Cómo es que conoces nuestro colegio? —inquirió mi compañera, que apenas había hablado, salvo para preguntar a Caleb detalles sobre la ruta que había tomado.

Aparté la mejilla de la espalda de Arden, sintiendo un repentino interés por la conversación.

—Sé más cosas de lo que me gustaría sobre los colegios. —Caleb mantenía los ojos fijos en el camino—. Yo también era huérfano.

—Entonces también hay colegios para chicos —concluyó Arden—. Lo sabía. ¿Dónde?

—A ciento cincuenta kilómetros al norte. Pero no son colegios, sino más bien campos de trabajo. Sé las cosas que habéis visto en vuestro colegio: las atrocidades que se cometen y la utilización de las chicas como bestias de cría. Pero os aseguro. —Se calló un momento. Luego habló despacio y con gran aplomo, como si conociese aquellos secretos desde hacía mucho tiempo—. Os aseguro que los chicos también hemos sufrido, tal vez incluso más.

Me mofé de sus palabras. Siempre eran las mujeres las que sufrían a manos de los hombres: ellos iniciaban las guerras, ellos habían contaminado el medio ambiente y el mar con humo y petróleo, habían arruinado la economía y desbordado el antiguo sistema carcelario. Pero Arden me pellizcó el muslo con tanta saña que solté un chillido.

—Tienes que disculparla —explicó—. Era la marisabidilla del colegio.

Caleb hizo un gesto afirmativo, como si aquello aclarase una gran verdad sobre mí. Acto seguido, se inclinó hacia delante y arreó al caballo para que acelerase el paso. Subimos a galope una larga pendiente, cuya cima estaba a unos quinientos metros. Los árboles extendían las ramas sobre el herboso terreno, creando sombras amenazadoras, y llovía cada vez más; las gotas caían como piedrecitas, golpeándome la piel.

—¡Oh, no! —Caleb frenó el caballo en medio del barro. Le seguí la mirada: había un todoterreno del gobierno a menos de cien metros de nosotros. A pesar de la lluvia, distinguí los dos faros rojos de atrás.

El chico intentó que el caballo diese la vuelta, pero era demasiado tarde. Un rayo de luz barrió la oscuridad e iluminó nuestras caras.

—¡Deteneos! ¡Por orden del rey de la Nueva América! —gritó una voz a través de un megáfono.

—¡Vámonos! —apremió Arden—. ¡Ya!

Caleb hizo girar al caballo y enfilamos el camino por el que habíamos subido. Yo no podía dejar de mirar hacia atrás. El todoterreno también estaba girando y, al hacerlo, los neumáticos salpicaban barro. Se dirigía hacia nosotros, y los ojos impertérritos de los faros delanteros iluminaban nuestras espaldas.

—¡Deteneos en nombre del rey o utilizaremos la fuerza!

«No, no; esto no puede ser cierto», me dije aferrándome a la resbaladiza espalda de Arden.

Tal vez fuese por el chaparrón, el barro o el peso de una tercera persona, pero el caballo iba más lento que antes. El todoterreno se nos estaba acercando.

—No podemos seguir por este camino —indicó Caleb—. Nos alcanzarán. — Señaló un bosque de denso arbolado, y el caballo galopó hacia allí—. ¡Sujetaos!

Me agarré a Arden desesperadamente. El caballo se apartó del camino, y en cuestión de segundos estábamos en medio del tupido bosque. Las gruesas ramas de los árboles me azotaban los brazos y la espalda.

—¡Bajad la cabeza! —ordenó Caleb.

Las luces del todoterreno desaparecieron detrás de nosotros. El vehículo se había detenido en el camino.

—No falta mucho para llegar —comentó Caleb, mientras dábamos tumbos a causa de los desniveles del terreno. No sabía adónde íbamos, pero confiaba en que llegásemos pronto.

El caballo serpenteaba entre los árboles, hasta que por fin se detuvo ante un río de unos nueve metros de ancho. Caleb se apeó y nos ayudó a Arden y a mí a desmontar. Dio una palmada en la grupa al animal, y este salió corriendo. Durante unos momentos el bosque quedó en silencio.

Miré hacia atrás: los faros delanteros del vehículo iluminaban la brumosa noche; los hombres habían cerrado las puertas.

—¡Por aquí! —gritó uno de ellos.

—¿Por qué te persiguen? —pregunté a Caleb.

Él nos llevó hasta un peñasco a orillas del río, y nos agachamos.

—A mí no me persiguen —respondió, y yo lo miré, confundida—. Te persiguen a ti. —Sacó un trozo de papel del bolsillo del pantalón.

Arden se lo arrancó de la mano. Se trataba de una fotografía en blanco y negro de una chica de largos cabellos castaños y labios generosos en forma de corazón. El papel decía:

«EVE. 1,70 METROS. OJOS AZULES Y CABELLO CASTAÑO.
EN BUSCA Y CAPTURA PARA ENTREGAR, VIVA, AL REY.
SI LA VEN, AVISEN AL DESTACAMENTO DEL NOROESTE».

Arden lo sostuvo en las manos, hasta que una enorme gota de lluvia emborronó mi nombre.

Caleb asomó la cabeza tras el peñasco; el coche daba vueltas despacio.

—Lo he encontrado esta mañana en la carretera.

Arranqué el papel de las manos de Arden y contemplé mi propio rostro. Era mi fotografía de graduación, la única que me habían hecho en el colegio. El mes anterior se presentó una funcionaria del gobierno, escogió a treinta chicas y nos fotografió una a una. En la foto yo estaba delante del lago, y al fondo se veía el edificio sin ventanas.

—¿Y por qué me persiguen a mí? Arden también ha escapado.

Caleb bajó la vista; la maraña de cabellos castaños le ocultaba parte del rostro.

—¿Qué? —preguntó Arden—. ¿Qué ocurre?

El chico se secó la lluvia que le empapaba las mejillas, y explicó:

—Es una noticia de la Ciudad de Arena. Al principio creímos que se trataba de un rumor. —Sus ojos buscaron lentamente los míos—: El rey quiere un heredero.

Arden negó con la cabeza mientras miraba la fotografía.

—¡Oh, no...! —farfulló.

—¿Qué sucede? —pregunté, y el pánico se apoderó de mí.

Arden volvió la vista hacia el camino, desde donde varias linternas barrían los árboles.

—«Eve ha demostrado ser una de las mejores y más brillantes alumnas que hemos tenido en el colegio. Además, es hermosa, muy inteligente y muy cumplidora.» —Las palabras de la directora Burns sonaron distintas en labios de Arden. Casi siniestras—. Eso es lo que habrías conseguido por la medalla de aplicación, Eve. No ibas a acabar en aquel edificio. Perteneces al rey.

Las náuseas me revolviéron el estómago.

—¿A qué te refieres con... pertenecer?

—A que engendrarías a sus hijos, Eve —respondió ella, casi riéndose.

Había retratos del rey en los salones del colegio. Era viejo, de sienes canosas, labios finos y resecos, y las arrugas le surcaban la frente. Recordé que Maxine había hablado de una supuesta visita del monarca el día de la graduación. De pronto me pareció posible que realmente hubiese acudido... por mí.

—Claro que los tendrías. Eres el espécimen perfecto. Teniendo en cuenta tu educación y todos los elogios de las profesoras... —continuó Arden, y se apretó las sienes con los dedos.

Estrujé el anuncio. Me costaba respirar y me dolía el pecho. No quería dar a luz a los hijos de nadie, y menos que fueran los del rey. Pero al parecer ya habían decidido por mí.

Caleb se sentó junto al peñasco sin apartar la vista de nuestros perseguidores, que se abrían paso entre los árboles, atronándolo todo con el ruido que hacían al aplastar la hojarasca.

—Aquí no estamos seguros —anunció el chico mientras miraba el río a su espalda—. Vamos... ahora. —Corrió como una exhalación hacia la orilla y se metió en las agitadas aguas, al tiempo que la lluvia rebotaba en su desnuda espalda. Arden lo siguió de cerca, y yo tardé un momento en comprender: quería que cruzásemos el río a nado.

Me agaché en la orilla, inmóvil, mientras Arden se metía en el agua sin ninguna dificultad. Detrás de mí las linternas escudriñaban los gruesos troncos. Las voces de los soldados estaban cada vez más cerca.

—¡Vamos! —ordenó Caleb. Se detuvo, con el agua a la altura del pecho, para dejar paso a Arden, que continuó nadando y saliendo a la superficie para respirar.

Él volvió a buscarme a la orilla.

—Rápido —urgió cogiéndome por el brazo.

Los rápidos se arremolinaban, pero Arden avanzaba río abajo, arrastrada por la corriente.

—No sé nadar —confesé, y me aparté el mojado pelo de las mejillas. Se me descompuso el semblante cuando mi compañera llegó a la otra orilla; estaba bien, con la ropa y la mochila empapadas, pero a salvo—. No me atrevo —añadí con voz temblorosa. Los soldados del rey se acercaban cada vez más, enfocando sus linternas hacia el río—. Vete —acerté a decir, aunque no pude reprimir el llanto; estaba perdida. Empujé a Caleb—. Vete.

Pero él no se movió. Echó un vistazo a las sombras del bosque, y luego me miró a mí y me cogió la mano.

—No pasa nada, Eve —aseguró.

Dejé de llorar, sorprendida por el calor de su piel sobre la mía. Estaba tan

próximo que sentía su leve respiración. Le brillaban los ojos, iluminados por el destello repentino de una linterna.

—No pienso dejarte.

nueve

Caleb me ayudó a salvar el desnivel, sin soltarme la mano. Corrimos sobre rocas y troncos partidos. Hasta mí llegaba el ruido que hacían los hombres abriéndose paso con dificultades por el espeso bosque.

—¡Van hacia la orilla! —gritó uno de ellos.

Caleb continuó avanzando como si conociese todas las grietas de las resbaladizas piedras, las zonas cubiertas de musgo o los troncos podridos. Yo no apartaba la vista de sus piernas, para seguir la huella de sus pisadas.

Doblamos un recodo y perdimos de vista las linternas. A través de la lluvia apenas divisé un armazón frente a nosotros, volcado junto a la orilla del río. Parecía una gigantesca cucaracha muerta. Caleb corrió hacia él. Yo solo había visto un helicóptero en mi vida, en las páginas de un libro de la biblioteca, pero reconocí las hélices dobladas y la cabina semejante a una vaina.

—Deprisa... entra —urgió, y rompió los desvencijados restos de una ventanilla.

Me encogí para entrar en el oxidado cascarón, y la oscuridad me engulló. El chico entró detrás de mí, pisoteando lo que hubiera en el suelo.

—Ahí vienen —susurró al tiempo que me arrastraba hasta los asientos delanteros. En la cabina se producía un ruido ensordecedor e incesante a consecuencia de la lluvia que azotaba el rajado parabrisas.

—Tenemos que escondernos —dije, y mientras palpaba las mohosas entrañas del aparato, toqué un objeto almohadillado, de la mitad de mi estatura: seguramente el asiento del pasajero se había roto en el accidente. Nos metimos debajo, y el ruido del chaparrón silenció nuestra respiración.

Me acurruqué junto a Caleb en la oscuridad, debajo del asiento que olía a humedad, y percibí el contacto de su cuerpo: mi hombro contra el suyo, mi pierna contra la suya. La proximidad era alarmante, pero no me atreví a moverme.

Las voces de los soldados ganaron intensidad cuando llegaron a la orilla. Una linterna iluminó la parte superior del helicóptero, y los cristales rotos centellearon. Caleb, a quien casi no distinguía bajo el resplandor, se llevó un dedo a los labios en señal de silencio.

—Han dado la vuelta por el bosque. Voy a la orilla y te espero en la carretera —dijo un hombre, muy cerca. Su linterna iluminó el interior del helicóptero, y la luz se posó en un montón de hojarasca. Después barrió el magullado cascarón y el esqueleto del piloto, atrapado en el asiento. Por último fue a dar con mi zapato derecho, la única parte de mí que no había escondido.

«Vete —pensé, y rogué que la luz se apartase de mi pie—. No estás viendo nada». Cerré los ojos y oí otra voz a lo lejos, gritando algo. Parecía una pregunta.

—No —respondió el hombre tras unos instantes. La luz desapareció—.

Nada.

Oí pasos al otro lado del parabrisas, y poco después el bosque quedó en silencio. Nos quedamos allí, acurrucados debajo del asiento roto, hasta que dejó de llover.

—Tal vez haya comida aquí dentro —dijo Caleb al fin y, estirando las piernas, apartó el asiento—. Ayúdame a buscar.

Palpé en la oscuridad, procurando no acercarme al esqueleto del piloto. Al poco rato encontré una especie de cuerda y una caja metálica bastante grande.

—¿Esto? —pregunté entregando mis hallazgos a Caleb.

Él agitó la caja. Tras un ruido retumbante, se encendió una luz.

—Muy bien —respondió con una sonrisa—. Una linterna. ¿Ves? —La cogió por el asa y la enroscó; la luz se hizo más intensa.

Mientras vaciábamos el contenido de la caja en el suelo, rebuscando entre latas y bolsas de papel de aluminio, estudié su rostro. El río le había limpiado casi toda la suciedad de la piel, en ese momento lustrosa y suave; unas cuantas pecas moteaban el caballete de su nariz. Me resultaba imposible apartar la vista de sus fuertes y angulosos rasgos, ni de los huesos que se le adivinaban bajo la piel. Sabía que debía temerlo, y sin embargo, sentía fascinación. ¿Cuál era la palabra que la profesora había utilizado para describir a su marido, aquella de la que Pip y yo nos reíamos en el colegio? Caleb, a pesar de llevar las uñas negras y el pelo enredado, era casi... ¡guapo!

Me dio una bolsita de papel de aluminio.

—¿Y ahora por qué sonrías? —preguntó con curiosidad.

—Por nada —me apresuré a responder. Acerqué la bolsa a los labios y sorbí el agua caliente.

—¿Es esa la cara que pones cuando te persiguen soldados armados? —Se restregó la piel para secarse la lluvia de los brazos, los hombros y el pecho—. ¿Acaso te parece divertido?

—Olvídalo.

Abrió entonces una lata de papilla marrón.

—¿O acaso... —continuó diciendo mientras lamía la tapa—, me sonrías a mí?

—Ni de broma. —Observé cómo se acercaba la lata a la boca y vaciaba el contenido con la lengua. Hacía ruido al masticar con los labios abiertos, de modo que cualquier atisbo de atractivo desapareció de repente. Desvié la vista.

—¡Qué asco! —murmuré.

—¿No te parece apetitoso? Pues entonces tienes guisantes deshidratados. —Me arrojó otra bolsa. Comí los guisantes secos en silencio, pero no dejaba de mirarme—. ¿Esa chica y tú... —Ladeó la cabeza—. ¿Sois amigas o no?

Me metí otro guisante en la boca, pero no lo tragué hasta que logré ablandarlo.

Recordaba perfectamente el momento en que había decidido que Arden era tan distinta a mí, que nunca seríamos amigas: participábamos en una carrera en el jardín. Cursábamos sexto en el colegio, y como a Pip le había venido la regla esa mañana, se sentía muy agobiada con las compresas que la doctora Hertz le había dado, pero Ruby y yo la convencimos para que corriese con nosotras, aunque no quería. Cuando llegó junto al lago y esperaba su turno, Arden le bajó los pantalones cortos.

Anteriormente, le había concedido a Arden muchísimas oportunidades: cuando peleó con Maxine en el cuarto de baño y le partió el labio, juré que se trataba de un accidente; la defendí ante las otras chicas cuando se enfrentó a la profesora Florence y le dijo que no era su madre, que ya tenía una fuera del colegio y estaba viva y que, por lo tanto, no le hacía falta otra mentora; incluso le había llevado frutas del bosque a la celda de castigo. Pero lo que le había hecho a Pip pasaba de castaño oscuro. «Seguro que estás muy orgullosa de ti misma —le grité, mientras Pip corría a los dormitorios con los ojos hinchados y enrojecidos—. Durante un segundo has conseguido que alguien sea más patético que tú.» Después de ese día, hice todo lo posible por demostrar lo poco que me importaba y la lástima que me daba. En realidad casi nadie le hablaba, ni siquiera para escuchar cuentos sobre su mansión o sobre sus padres que trabajaban en la ciudad.

Tragué saliva; la insípida comida por fin se había ablandado y podía digerirla.

—No... no se puede decir que seamos amigas.

Caleb se sentó, apoyándose en la parte trasera del asiento del conductor, y se rascó la nuca.

—Por eso ha huido nadando. Le importa un.

—Sí —lo interrumpí—. Ella solo se ocupa de sí misma. Siempre ha sido así.

Me observó un instante, sorprendido, y puso las latas vacías en la caja. Después asomó la cabeza por la ventanilla rota y, echando un vistazo, opinó:

—Creo que deberíamos pasar aquí la noche. Es posible que vuelva a llover, y los soldados no regresarán hasta que se haga de día. Tal vez mañana aparezca Arden.

—No aparecerá —murmuré. Ya me había costado mucho que me aceptase, y ahora que sabía que me buscaban, seguramente huiría hacia el bosque, alejándose de mí todo lo que pudiese.

Sacamos las finas mantas de emergencia de la caja y las extendimos en extremos opuestos de la húmeda cabina.

—Solo faltan unas horas para que amanezca —dijo Caleb—. No tengas miedo.

—No lo tengo —aseguré.

La luz de la linterna se atenuó y, finalmente, se apagó.

—Estupendo —añadió Caleb. Pero cuando se durmió, pensé en la Ciudad de Arena y en el hombre que me esperaba allí. El rey siempre había sido una figura reconfortante para nosotras, un símbolo de fortaleza y protección. Pero, de pronto, su

retrato del colegio, en el que destacaban sus flácidas mejillas y los relucientes ojos que parecían perseguirme, se me antojaba amenazante. ¿Por qué me había elegido para procrear si me llevaba más de treinta años? ¿Por qué yo entre todas las chicas del colegio? Las profesoras decían que el rey era la excepción, el único hombre en el que se podía confiar. Otra mentira más.

Sabía que seguiría buscándome. Él no cedería, pues lo empujaba su insobornable compromiso con la Nueva América. La directora Burns cruzaba las manos sobre el pecho cuando nos explicaba la labor del monarca, que había salvado al pueblo de la incertidumbre después de la epidemia. El rey afirmaba que no había tiempo para discutir, que teníamos que continuar sin mirar atrás, sin parar, siempre adelante. «Es una oportunidad —repetía la directora, con los ojos anegados en patrióticas lágrimas—. Solo tenemos una oportunidad de reconstrucción.»

Mi ropa estaba mojada. Exprimí el dobladillo de la blusa y los pantalones lenta y cuidadosamente, y el agua goteó en el suelo. Cuando era pequeña, Ruby me persiguió una vez por los pasillos, haciéndose pasar por un monstruo de afiladas garras y terribles colmillos. Empeñada en huir a toda costa, serpenteé entre cubos de basura, y abrí y cerré puertas sin cesar de gritar. Le rogué que lo dejase, chillando aterrorizada, pero a Ruby le hacía muchísima gracia. Cuando me alcanzó, me quedé sin respiración. El juego había sido demasiado real. Jamás olvidé el terror que sentí al ser capturada.

Me arrebujé en la fina manta y cerré los ojos, añorando la comodidad de mi antigua cama, cuyas blanquísimas sábanas me invitaban a dormir. Eché de menos el olor familiar de la carne de venado a la hora de la cena, o los antepechos de las ventanas de la biblioteca, donde Pip, Ruby y yo nos sentábamos a escuchar la cinta prohibida de Madonna oculta tras el volumen *Arte americano: una historia cultural*; y sentí el contacto del viejo radiocasete a pilas en la mano y el de la espuma de los auriculares en las orejas mientras intentaba recordar la canción que hablaba de un hombre en una isla. Estaba pensando en los movimientos de Pip, absorta en una especie de baile secreto, cuando oí un ruido fuera.

Me acurruqué en el rincón. Caleb seguía durmiendo; el rostro se le había distendido a causa del agotamiento. Oí de nuevo el ruido: el chasquido de tres ramas.

—Caleb —le susurré.

Pero no se despertó.

Cerré los ojos mientras el ruido se oía más próximo, me cubrí la cara con la manta y me puse tensa, muerta de miedo. Un roce. Ramitas rotas. El inconfundible chapoteo de pies en el fango. Me aparté la manta de la cara y me quedé de piedra. No podía moverme. Había alguien fuera del helicóptero, a escasos metros de mí, una silueta que la luna perfilaba.

Y me estaba mirando.



La manta resbaló por mi cara, y no me atreví a recogerla ni a moverme por miedo a ser vista. En el otro extremo de la cabina, Caleb se dio la vuelta, y la gigantesca cáscara metálica se balanceó. La silueta dio un paso y apoyó la mano en la puerta rota. Cerré los ojos, temiendo lo que se avecinaba: una fría pistola desenfundada, unas esposas que me atenazarían las muñecas.

—Eve —susurró por fin una voz familiar.

Miré por la destrozada ventanilla: Arden llevaba la ropa empapada y los cabellos se le pegaban a la cabeza. Bajo la tenue luz, le distinguí el rostro, crispado por la preocupación.

—¿Estás ahí? ¿Te encuentras bien?

—Sí, soy yo. —Me puse en lugar visible a la luz de la luna—. Estoy bien.

Subió de un salto al helicóptero, hundiendo las botas en la hojarasca. Me dio una ojeada y enseguida reparó en el dormido Caleb, como si una pregunta que tenía en mente hubiese recibido al fin respuesta. Por último se instaló en un asiento.

—Has vuelto. —Manipulé la linterna de plástico, sin apartar la vista de Arden, que temblaba de frío y chorreaba como si acabase de salir del río. Le di mi manta.

Ella se abalanzó sobre la caja y abrió un paquete de comida seca.

—En fin. —Se encogió de hombros—. Me muero de hambre. —Mordisqueó una zanahoria deshidratada, sin hacerme mucho caso.

—¿De verdad estabas preocupada por mí? —le pregunté inclinándome hacia ella.

Dejó de comer y giró la cabeza para observar a Caleb.

—No —se apresuró a decir—. Pero no sabía si te hallarías a salvo con él.

Quise decirle que le importaba mi seguridad, y que por lo tanto la respuesta correcta era sí, ¡claro que estaba preocupada por mí!, pero me contuve. Al ver su ropa empapada, me planteé si no la habría juzgado mal. Tal vez era algo más que la chica que llevaba años insistiendo en que prefería comer sola a perder el tiempo con las demás.

Tiró las bolsas de papel de aluminio vacías y soltó un breve eructo.

—¿Quieres la manta? —preguntó ofreciéndomela, y momentáneamente quedó colgando a modo de cortina entre ambas. Negué con la cabeza y le dije:

—Quédatela.

La luz de la linterna se atenuó porque quedaba poca batería; antes de que se apagase del todo y me venciese el sueño, lo último que vi fue la pálida cara de mi compañera.



La mañana siguiente Caleb se adelantó y fue apartando la hierba con un palo para abrirnos paso. Esperamos a que su caballo regresase a la orilla, pero cuando salió el sol tuvimos que partir.

—Nos llevará todo el día llegar hasta el campamento —informó—. Con un poco de suerte estaremos ahí antes de la noche.

Caminamos por una calle cubierta de musgo. El sol había salido componiendo un amanecer rosáceo-amarillento, pero en ese momento el cielo se había vuelto blanquecino.

—No podemos quedarnos mucho tiempo en el campamento —dije dignándome a conversar con Arden—. Nos servirá para abastecernos, pero debemos seguir camino a Califia.

Seguía obsesionándome el encuentro con los soldados del rey. Aunque era muy temprano y no había ni rastro del todoterreno, miraba con frecuencia hacia atrás y me estremecía al oír los chirriantes trinos de los pájaros en las copas de los árboles.

Arden dio un manotazo a una molesta mosca.

—No hace falta que me lo digas —murmuró, y rompió a toser y a expectorar—. ¿Este camino no tiene partes más fáciles? —preguntó al tiempo que apartaba una rama espinosa de su cara.

—No tardaremos en encontrar un pueblo. —Caleb se agachó bajo una rama—. Cuidado. —Y miró el cielo, cosa que hacía continuamente.

Antes de ponernos en marcha, Arden y yo hubimos de aguardar, mientras él jugueteaba con unos palitos en la tierra y observaba durante varios minutos las sombras que proyectaban. A continuación decidió el lugar por dónde teníamos que ir, como si se hubiese estado comunicando con la tierra en un idioma extraño que nosotras ignorábamos.

—Parece que consultes un reloj. —Y señalé el sol.

—Claro, es mi reloj, mi brújula y mi calendario. —Se llevó el dedo a la barbilla en un gesto de sorpresa fingida—. Por lo visto hay cosas que no sabes.

Me di la vuelta para observar a Arden, que se limpiaba la suciedad de las uñas, sin enterarse de nada. Me daba cuenta de que Caleb era lo mejor para nuestra seguridad: se había quedado conmigo en el río y me había escondido en el helicóptero, aunque no acababa de entender por qué. No comprendía sus motivaciones ni creía que pudiésemos confiar ciegamente en él. Tampoco me gustaba su forma de burlarse de mí, ni su insistencia la noche anterior al formular preguntas que no me apetecía responder.

—Escucha, Caleb —comenté llamándolo por su nombre—. Agradecemos tu ayuda, pero no te hemos pedido nada.

—Sí, ya me lo has dicho antes: hace una hora... esta mañana... y cuando aceptaste ir al campamento —repuso él—. Os quedaréis una noche, os

aprovisionaréis de nuestra comida, y luego yo os acompañaré hasta la ruta ochenta para que continuéis hacia Calafia. Lo he entendido perfectamente.

Nos condujo hasta otra carretera que desembocaba en una fila de casas ruinosas. La riada las había inundado, dejando una marca marrón en la ripia de los tejados a treinta centímetros por encima de las puertas. Sobre una fachada de ladrillos había un mensaje escrito con espray: «ME MUERO. ¡SOCORRO!».

—¿Tenéis hambre? —preguntó Caleb.

Sin darnos tiempo a responder, subió unos peldaños rotos y entró en la casa.

—Supongo que es hora de comer... —murmuró Arden, y lo siguió.

El suelo de madera del interior estaba combado y partido, y en las paredes crecía un moho negruzco. Me tapé la nariz con la camiseta para protegerme del olor. En un rincón de la estancia había un gigantesco armazón de no se sabía qué, cuyo desvencijado panel delantero tenía forma de estrella.

—¿Qué es eso? —quise saber, señalándolo.

Caleb recorrió la sala, pisoteando libros empapados y montoncitos de porquería podrida, y Arden y yo lo seguimos con cierta prevención.

—Un televisor —respondió cuando llegamos a la puerta de la cocina.

Asentí, aunque conocía el término difusamente. Tenía aspecto de haber contenido algo valioso. El desvencijado sofá estaba frente a él, como si la familia se sentase allí a mirarlo.

Todos los armarios de la cocina estaban abiertos y los estantes sembrados de cubiertos de plástico sucios y latas vacías. Había varias sillas en el suelo, cuyos desgarrados asientos dejaban a la vista sus grisáceas y enmohecidas entrañas; el techo se caía a trozos.

—Vete con cuidado —susurró Arden, tirando de mí y señalando un agujero en el suelo por el que había estado a punto de colarme.

Caleb saltó sobre el hueco y se dirigió a una escalera que conducía a un oscuro sótano.

—Voy a ver si hay algo abajo.

Mientras Arden fisgoneaba por la sala, me acerqué a un frigorífico que se hallaba en un rincón, sobre el que había fotografías y retratos antiguos. En una de las fotos se veía a una pareja joven con un bebé en brazos; la mujer tenía el flequillo pegado a la sudorosa frente, pero la cámara había captado sus grandes y brillantes ojos. Debajo había un dibujo infantil de una familia: los tres, el padre, la madre y la niña estaban rodeados por perversos fantasmas, de negros contornos pintados a lápiz.

Durante aquellos últimos días junto a mi madre, yo dibujaba todo lo que se me ocurría. Me sentaba en el piso de abajo, ante mi mesa de plástico azul, cogía un montón de papel y pintaba cosas para ella: dibujos en las que estábamos las dos en el parque infantil próximo a casa, como el del carrusel en el que me hacía dar vueltas y

vueltas sin parar. También la dibujaba en la cama y le ponía al médico una varita mágica en la mano para que la curara; otras veces la representaba fuera de casa, rodeando el edificio con una verja para que el virus no entrase. Una vez hechos, deslizaba los dibujos por debajo de la puerta de su habitación para que los viese: sus regalos especiales. «Besos —decía ella, dando golpecitos al otro lado de la puerta—. Te daría un millón de besos si pudiese.»

Contemplé la cara de la mujer por última vez y regresé a la sala vacía. Oí un chasquido encima de mí y sentí curiosidad.

—Arden... —la llamé, y salí al silencioso pasillo. El suelo crujía a cada paso, y una brisa helada entraba por las ventanas abiertas—. ¿Dónde estás?

Me asomé a un minúsculo cuarto de baño sin baldosas en el suelo.

—¡Arden! —insistí, y el eco repitió la pregunta.

Al fondo del pasillo había una puerta entreabierta. Me encaminé hacia allí y, por el camino, pasé por un dormitorio en el que había una cama rota y los muelles del somier al descubierto.

Me acerqué, pegada a la pared. El empapelado se había desprendido en algunas partes y me rascaba los desnudos hombros. Se me aceleró el pulso y rompí a sudar. Habíamos entrado en la casa a toda prisa, pero deberíamos haberlo pensado dos veces antes de irrumpir en ella. Siempre cabía la posibilidad de que nos vigilaran.

La puerta entreabierta estaba agrietada. Miré qué había dentro: era una habitación infantil con un arcón lleno de juguetes polvorientos y las paredes pintadas de un azul brillante. Había varios animalitos raídos sobre la minúscula cama. Entré y cogí un osito manco que debía de haber sido muy viejo ya antes de la epidemia.

Todo sucedió muy rápido: oí pasos a mi espalda y caí al suelo con un golpe sordo. Grité cuando alguien oculto tras una máscara de payaso se echó encima de mí, aterrorizándome con su desfigurada sonrisa carmesí.

—¡No me mate, por favor! —imploré—. ¡No me mate!

El payaso se detuvo un instante, presionando mis hombros contra el cuarteado suelo. Luego oí risas sofocadas. Arden se quitó la máscara y cayó sobre mí, retorciéndose de risa.

—¿Acaso estás mal de la cabeza? —chillé, y me levanté de un salto—. ¿Por qué has hecho eso?

Caleb apareció en la puerta, demudado.

—¿Qué ha sucedido? Te he oído gritar. —Llevaba una lata oxidada en cada mano.

Señalé a Arden, que rodó hacia un lado, entre profundas carcajadas. Acabó llorando de risa y secándose las lágrimas con el dobladillo de la camisa.

—Arden me ha dado un susto a propósito. Eso es lo que ha sucedido.

Caleb nos miró a las dos. Intentó decir algo, pero no fue capaz de articular palabra. A mí se me salía el corazón del pecho.

—No tiene gracia —exclamé por fin—. ¡Si hubiese tenido un cuchillo, podría haberte matado! —Caminé de un lado a otro, golpeando una mano contra la otra para subrayar las palabras. Arden se arrodilló e inclinó la espalda y el rostro hacia el suelo—. Arden, mírame. ¿Te importaría levantarte y mirarme? —grité.

Caleb me sujetó por el brazo y me obligó a retroceder.

Pero ella siguió cabizbaja; sus cabellos eran una maraña de enredos. Retorciéndose, golpeó el suelo con la palma de la mano.

—Arden... —repetí con más amabilidad. Tenía los ojos cerrados y las mejillas enrojecidas y contraídas.

Se alzó al fin, respirando con dificultad. Le tendí una mano, pero no la cogió, sino que, haciendo un gran esfuerzo, se acurrucó hasta convertirse en un ovillo perfecto. Tosió muy fuerte; no se oía más que sus estertores. Me agaché y le apoyé la mano en la espalda, mientras ella se convulsionaba, tratando de liberar los pulmones del peso que los agobiaba. Cuando se calmó, ambas bajamos la vista.

Ella tenía las manos ensangrentadas.

—Anoche se empapó —le expliqué a Caleb cuando llegamos al bosque que rodeaba su campamento. Las toses de Arden se tornaron más violentas a medida que avanzábamos, y su paso se hizo más cansino, hasta que dejó de caminar. El chico y yo nos turnamos para llevarla en un carrito que él había encontrado, en uno de cuyos lados había garabateado el nombre RADIO FLYER. Tan pronto le castañeteaban los dientes como se inclinaba sobre el borde del carrito para expulsar la sanguinolenta flema acumulada en los pulmones. Acabó quedándose dormida, sujetando entre los brazos las latas de comida rescatadas de la basura—. Seguro que le ha afectado mojarse en el río y la lluvia.

—Conocí a un chico que enfermó así —comentó Caleb.

La levantamos entre los dos; los brazos le colgaban sobre los hombros de ambos.

—¿Y qué ocurrió? —pregunté, pero él no respondió—. ¿Me has oído, Caleb?

—Seguro que esto es distinto —afirmó, aunque detecté tensión en su rostro pese a la escasa luz del anochecer.

—Me encuentro bien —murmuró Arden, tratando de ponerse derecha. Le había quedado saliva seca en las comisuras de los labios.

Caminamos por el tupido bosque grisáceo, entre hojas que me hacían cosquillas en el cuello. Los animales se escabullían bajo la maleza, y a lo lejos aulló una manada de perros salvajes hambrientos. Por fin el arbolado desembocó en un claro, y descubrí la visión más deslumbrante de mi vida: ante nosotros se extendía un lago inmenso en cuya oscura superficie se reflejaban miles de estrellas.

—El lago Tahoe —informó Caleb.

Alcé la vista para observar las parpadeantes estrellas blancas. Algunas de ellas brillaban tanto, que parecían casi azuladas; otras se difuminaban en la distancia como polvo titilante.

—¡Qué esplendor! —Pero la palabra no bastaba para describir el asombro que sentí en aquel momento, abrumada por la inmensidad del cielo—. Mira, Arden... —Le di un ligero codazo. Ojalá hubiese tenido mis pinturas y pinceles para plasmar aunque solo fuese una levísima impresión de aquella escena. Pero allí únicamente estábamos nosotros, el negro anillo de tierra y la brillante bóveda celeste.

Pero ella se limitó a hacer una mueca, presa de dolor.

—¿Dónde está el campamento? —pregunté, amedrentada tras el asombro inicial—. Debemos llevarla dentro.

—Ahí lo tienes —respondió Caleb, acercándose a una empinada y fangosa cuesta, cubierta de hierbajos y ramas rotas.

Confundida, miré al chico, que cogió un trozo de madera podrida escondido en la

tierra y, tirando de él, dejó al descubierto un tablero del tamaño de una puerta. Lo abrió de golpe. Tras él había un agujero que penetraba en una ladera de la montaña.

—Vamos —dijo indicándome que entrase.

Se me encogió el estómago, y la cabeza me dio vueltas. Ante la oscuridad regresaron todos mis temores, pues ya me había arriesgado mucho al seguir a aquel muchacho. No me imaginaba que el campamento fuese una madriguera subterránea. Sobre la tierra, siempre podía echar a correr, pero ahí abajo y en tinieblas.

—No... —murmuré retrocediendo—. No puedo.

—Eve, tu compañera necesita ayuda... de inmediato. —Me tendió la mano—. Entra. Nadie te va a hacer daño.

Arden se estremeció a mi lado; tosió y abrió los ojos un instante para decir algo que sonó a «hazle caso». Se apoyó en mí, y yo, temblándome las manos, la guíe por el tenebroso túnel. Caleb cerró la puerta detrás de mí.

—Por aquí —señaló él, agachándose para que Arden apoyase el otro brazo en sus hombros, y así ayudarme a llevarla. Avanzamos en la oscuridad; la fría pared de tierra me rascaba el costado, y notaba la dureza del suelo bajo mis pies.

—Este túnel. ¿Lo encontraste tú? —pregunté, y mi voz resonó en la cueva.

Caleb giró a la derecha y nos condujo por otro túnel, palpando el camino en la oscuridad.

—Lo hicimos. —Oí ruido de gente a cierta distancia. Murmullos, repiqueteo de ollas, risas tenues.

—¿Construisteis un túnel en la montaña? —insistí. Arden volvió a toser; los pies ya no la sostenían.

Caleb guardó silencio un rato.

—Sí —afirmó al fin, y noté su respiración mientras caminábamos—. Después de la epidemia, me llevaron a un orfanato improvisado en una iglesia abandonada. Los niños, chicos y chicas, dormían en los bancos y en los armarios, y a veces nos juntábamos de cinco en cinco para entrar en calor. Solo recuerdo a una persona adulta: la mujer que nos abría las latas de comida; nos llamaba los «restos». A los pocos meses aparecieron los camiones y se llevaron a las chicas a los colegios. Los chicos fuimos a campamentos, que eran campos de trabajo, donde nos pasábamos el día entero construyendo de todo. —Casi escupía las palabras, sin apartar la vista del suelo.

—¿Cuándo te escapaste? —inquirí. Avanzábamos por el túnel en dirección a una luz que brillaba más según nos acercábamos.

—Hace cinco años. Estaban empezando la excavación cuando llegué —explicó Caleb. Yo quería preguntarle más cosas, saber quién lo había organizado y cómo, pero me daba miedo insistir.

Doblamos un recodo y el pasadizo desembocó en una amplia estancia circular en

la que había una fogata en el centro. La caverna me recordaba la madriguera de un animal. Las paredes de barro estaban revestidas de losas grises, y del recinto central salían otros cuatro túneles. Antes de que siguiésemos avanzando, una flecha me rozó la cara y a punto estuvo de rajarme una oreja.

—¡Mira dónde te metes! —exclamó riéndose un chico, de músculos grandes y fibrosos, y se aproximó a la pared que teníamos al lado, donde dos gigantescos círculos formaban una diana. Clavó los ojos en mí mientras arrancaba la flecha de un tirón.

Desnudos de cintura para arriba, un grupo de chicos rodeaba la fogata. Cuando vieron a Caleb, se pusieron a gritar.

—No sabíamos dónde estabas —dijo uno de ellos, de espesos cabellos negros recogidos en la parte superior de la cabeza. Los demás se golpearon el pecho con los puños a modo de saludo primitivo. Se me erizó la piel cuando repararon en mí y me miraron sin pestañear.

—Al menos la caza ha sido un éxito —comentó el de la flecha, fijándose en mis piernas desnudas y en la camisa de manga larga que caía informe sobre mi pecho. Crucé los brazos, deseando tener algo más con que cubrirme—. ¡Mirad lo que tenemos aquí, muchachos! Una señorita. —Se me aproximó, pero Caleb levantó la mano para frenarlo y le advirtió:

—Ya basta, Charlie.

Otros dos chicos, de unos quince años, salieron de un túnel lateral transportando un jabalí. Dejaron la presa en el suelo y, tras ellos, quedó un reguero de sangre coagulada procedente de las entrañas del animal.

—¿Leif está al tanto? —preguntó un chico alto y delgado, que usaba unas gafas rotas.

—No tardará en enterarse —respondió Caleb.

Otro de los allí presentes se arrodilló junto al animal muerto y afiló dos cuchillos entre sí; el ruido agudo y chirriante que se produjo me puso los pelos de punta. Miró a Arden de arriba abajo y, cuando se cansó de ello, volvió a centrarse en el jabalí y le pegó un tajo en el cuello. Esquirlas de hueso le saltaron a la cara. Hincaba el cuchillo una y otra vez salvajemente en la intersección entre la cabeza y el cuerpo del animal. A cada golpe me estremecía.

No cesó hasta que la cabeza del jabalí se desprendió y rodó por el suelo. El animal, al que una bruma grisácea velaba las pupilas, me miraba. Me dieron ganas de echar a correr por el pasadizo, de desandar el camino, de no parar hasta estar en pleno aire libre. Pero Arden seguía inválida a mi lado, y recordé por qué estábamos allí. En cuanto ella mejorase, nos iríamos muy lejos de aquel malsano refugio subterráneo habitado por unos chicos que me contemplaban como si quisiesen devorarme.

Un joven corpulento, de pelo rubio apelmazado, arrojó leña al fuego y examinó la

frágil figura de Arden.

—Pueden quedarse en mi habitación —ofreció riéndose; y yo estreché a mi protegida—. No tengo inconveniente en compartir la cama.

—No se van a quedar en la habitación de nadie —tronó una voz ronca—. No se van a quedar y se acabó.

Un chico mayor salió de uno de los túneles. Llevaba unos pantalones que le llegaban por debajo de las rodillas; un oscuro vello rizado le cubría el pecho, y se había recogido el pelo —negro— en un moño que dejaba al descubierto la parte superior de la espalda, surcada por gruesas cicatrices. Lo seguía una fila de chicos mayores, que se dispersaron por la estancia. Del miedo que tenía, se me puso la piel de gallina. Eran unos diez, todos más altos y gruesos que yo, y ponían cara de pocos amigos.

—Esto no va bien —murmuró Arden.

Caleb se interpuso entre ellos y nosotras, y manifestó:

—No hay nada que discutir, Leif. Las encontré en el bosque. A la chica la atacó un oso. —Bajé la vista para esquivar las miradas—. Han de quedarse.

Unas espesas pestañas negras bordeaban los ojos de color castaño oscuro de Leif, que sentenció:

—Es demasiado peligroso. Ya sabes cómo se pone el rey con el tema de las cerdas. Seguramente las estarán buscando. —Se nos aproximó, deteniéndose a unos pocos centímetros de Caleb. Estaba tan cerca que vi trocitos de hojas entre sus cabellos, y percibí el olor a ceniza que despedían sus tensos y musculosos brazos.

—¿Cerdas? —susurró Arden, cuyo cálido aliento me rozó el cuello—. ¿Eso es lo que somos?

—Así es como nos llaman ellos —puntalicé—. Pero no lo somos.

El grupo de chicos nos rodeó, bloqueando nuestra vía de escape.

Arden tosió, estremeciéndosele el cuerpo a causa del esfuerzo.

—¿Está enferma? —preguntó un chico desdentado, suavizando el gesto. Me fijé en el tatuaje que llevaba en un hombro: un círculo con el emblema de la Nueva América, igual al de Caleb y en el mismo lugar. Eché una ojeada y me percaté de que todos los chicos iban tatuados.

—Mucho —respondí. Retrocedieron al oír esta palabra y cuchichearon; un chico bajito y regordete dijo algo que sonó a «epidemia». Arden ladeó la cabeza y la apoyó en mi hombro.

Caleb seguía frente a Leif.

—Si las echamos, la chica morirá. No lo consentiré.

Leif esbozó una mueca de desagrado que me recordó a un perro gruñón.

—Se quedarán en el cuarto de invitados, separadas de los demás —dijo al fin. Arden, que casi no podía levantar la vista, se limitó a mirarme con los ojos

entrecerrados—. No podéis subir a la superficie sin permiso. Y nada de fisgonear ni de andar molestando. ¿Entendido?

Dio un vistazo al chico que estaba a su lado, quien llevaba un montoncito de cuencos. Como si fuese algo instintivo, el muchacho se arrodilló y, llenándolos con habas de una olla que había junto al fuego, se los entregó a Leif. Di un paso, y mis ojos quedaron a la altura de sus enormes hombros. Me ofreció un cuenco. Yo lo cogí, pero él no lo soltó.

—Bienvenidas —dijo en un tono que significaba todo lo contrario. Me retuvo y me escudriñó el rostro hasta que recorrió con la vista mis pechos, mi cintura y mis piernas. Sentí una oleada de pánico y tiré del cuenco para librarme de aquella mirada. Lo soltó de pronto, y caí hacia atrás. Las habas se volcaron sobre mi camisa. Otro chico se echó a reír a carcajadas.

Ardiéndome las mejillas, froté la mancha. No bastaba con que me sintiera desprotegida en aquel campamento, ni con que Leif me aterrorizase, sino que además tenía que humillarme.

—Vamos —dijo Caleb, cogiendo la cena de Arden—. Os enseñaré vuestro sitio. —Rodeó con un brazo a Arden, y caminamos por un túnel iluminado por filas de linternas colocadas en el suelo—. Leif es así —susurró.

Volví la cabeza y vi que este propinaba una patada a la cabeza del jabalí. Los chicos reanudaron sus actividades: el de elevada estatura lanzó otra flecha, dos muchachos muy delgados se pusieron a pelear, mientras otros se dedicaban, afanosamente, a insertar trozos de carne en palitos afilados. Me acordé de *El señor de las moscas* y del día en que la profesora Florence nos había leído la escena en que Simon es asesinado por la horda de chicos salvajes obedeciendo el razonamiento de la pandilla. «Cuando los hombres están aislados, y el único estímulo es la violencia de los demás, es cuando son más peligrosos», había dicho la profesora sentada en el borde de su mesa, con el libro abierto sobre el regazo.

Recordé el coro de gritos, los ojos que desnudaban mi cuerpo con avidez, el intercambio de murmullos... y supe que algunas cosas de las que nos habían dicho eran ciertas. A pesar de todo.



—¿Quieres más? —pregunté sosteniendo la cuchara de habas delante de los agrietados labios de Arden. Murmuró algo parecido a un «no», se puso de lado, apartó la colcha de las piernas llenas de manchas y cerró los ojos.

Llevábamos toda la noche así. Ella se despertaba de vez en cuando, pedía comida o agua y después se desplomaba en el hundido colchón. A veces se retorció de dolor, quejándose de un malestar que le ascendía por la columna. Caleb había traído a rastras una tina llena de agua del lago, y yo había conseguido mantener a Arden despierta el tiempo suficiente para limpiar el sudor que le impregnaba la piel y quitarle las hojas del pelo con un peine roto.

La caverna de tierra estaba al final de uno de los túneles principales; era una estancia sofocante que contaba con un colchón y una mesa llena de amarillentos libros infantiles. Registré los cajones de la mesa buscando, contra toda lógica, medicamentos. Como en el colegio teníamos muchísimos, nunca me había dado cuenta de su valor.

Dábamos por supuesta su existencia y la facilidad para tratar cualquier problema: la tos, una infección, un corte hecho con un farol roto. Disponíamos de pastillas, de inyecciones para adormecer la piel antes de que te dieran puntos de sutura, o de dulce jarabe de color rosa chicle que se deslizaba por la garganta. Cuando Ruby se quedó paralizada en el jardín debido a un desgarrador dolor en el costado, la llevaron a la enfermería, de donde salió días después luciendo una marca de costurones negros en el abdomen, en la zona en que le habían extirpado el apéndice. «¿Qué le habría ocurrido fuera de los muros del colegio?», nos preguntamos en voz alta mientras le examinábamos la cicatriz. Maxine sugirió que habría tenido que extirpárselo ella sola, seguramente con unas tijeras oxidadas. «No; os equivocáis —corrigió la directora, que vigilaba nuestras mesas en el comedor para cerciorarse de que todas tomásemos las vitaminas—. Simplemente habría muerto.»

Retiré el espeso cabello negro de la cara de Arden y noté que la piel le ardía. Recordé entonces la primera vez que la había visto: en los años posteriores a la epidemia, llegaban nuevas alumnas de vez en cuando; algunas de ellas aparecían en el bosque y otras eran enviadas por adultos que no podían cuidarlas. Arden era una chica alta que vestía un gastado vestido azul, una niña de ocho años que había entrado por la puerta lateral del colegio tres años después que yo. Estuvo un mes en la sala de cuarentena, sola, igual que todas nosotras cuando llegábamos. Pip y yo la habíamos observado por el ventanuco de cristal de la puerta, mientras se cepillaba los dientes; escupía la espuma blanca en el cubo de desperdicios, pero no sabíamos si sería distinta a nosotras. Era un juego habitual entre las alumnas: todas nos

deteníamos ante esa sala cuando pasábamos por el pasillo, mirando a ver si le aparecían los reveladores hematomas azules bajo la piel, o esperando que el blanco de los ojos adquiriese un tono amarillento como consecuencia de las flemas. Pero nunca ocurrió nada semejante.

Arden daba vueltas en la cama y se quejaba con una profunda voz gutural que me aterrorizaba. Me recordaba a mi madre al final de su vida, cuyos síntomas repasé mentalmente en la oscura y fría estancia. Arden había perdido peso, aunque no de forma exagerada; no sufría hemorragias nasales, ni se le habían hinchado las piernas, ni le supuraban, cosa que habría formado charcos en torno a sus pies. Sin embargo, tenía una tos espantosa, los escalofríos la estremecían, ponía los ojos en blanco.

Le apreté la gélida mano, deseando que se incorporase, despierta y más viva que nunca, que me dijese que no la rondase alrededor y que me espantase con un mal gesto. Pero nada. Únicamente otro estremecimiento en las piernas, otro gemido. Pronuncié las palabras que no le había dicho a mi madre, las que me quemaban la garganta aquel día de julio en que los camiones cruzaron la barricada, las que desde entonces se habían quedado ahí, junto a mi corazón, convertidas en una gran losa.

Mi memoria regresó a la época de mis cinco años, cuando bajaba la escalera sin hacer ruido: mi madre había dejado de esperar que la visitaran los médicos tras escuchar en las noticias que solamente atendían a los ricos. Aquel día abrió la puerta de su habitación y yo corrí a abrazarla, pero me tapó la boca con un plástico y me arrastró hasta la calle, gritando con voz ahogada, pidiendo a los camiones que parasen. Me aferré al buzón cuando ella regresó corriendo a la casa, sin besarme siquiera por miedo al contagio. Intenté aferrarme al poste de madera, pero me desprendieron de él y me introdujeron en la parte de atrás del camión; quedé indefensa entre los fuertes brazos de la mujer que me sujetaba.

—Por favor, no me dejes —pedí a Arden con los ojos cerrados, meciéndome con el sonido de mi propia voz. Le apreté la mano otra vez y la puse boca arriba—. Te necesito.

Como no se movió, hundí la cabeza en la almohada y di rienda suelta a las lágrimas. Tal vez no se recuperaría jamás y quizá nunca regresaríamos juntas a la carretera que conducía a California.



Horas después me despertó una luz cegadora.

Había alguien en la puerta de la habitación, apuntándome a la cara con una linterna. La silueta se movió y la luz iluminó el suelo. Me froté los ojos, tratando de identificar a la minúscula figura que tenía delante: apenas me llegaba a la cadera, las greñas le caían sobre los hombros, y un amplio y vaporoso tutú le rodeaba la cintura.

Parpadeé en la oscuridad, pero el personajillo seguía allí, era real, en lugar de ser

el fantasmagórico rastro de un sueño.

—¿Cómo te llamas? —pregunté a la niña, mientras mi vista se adaptaba a la oscuridad. Ella retrocedió—. Ven, acércate. —Hice un gesto con el brazo para animarla, pero antes de que pudiese añadir nada, se alejó corriendo por el pasillo en penumbra.

Me incorporé en la cama, totalmente despierta. No sabía cómo había entrado la pequeña en aquel campamento masculino, pero comprendí que tenía que seguirla. Fui corriendo al pasillo: ella se alejaba por el túnel, apenas visible entre las luces de las linternas.

—¡Espera! —grité—. ¡Vuelve!

Desapareció tras un brusco recodo.

Contemplé el pasillo vacío: el túnel discurría entre curvas y las recorrí, procurando no acercarme a los huecos negros de los lados, en los que dormían los chicos. La niña continuaba corriendo delante de mí, entre saltitos del tutú. En un momento dado, el túnel se dividió, y ella giró por un camino oscuro. Fui tras la pequeña, acelerando el paso.

—No voy a hacerte daño —susurré, apremiante—. ¡Detente, por favor!

Yo andaba con rapidez y facilidad, más ligera que nunca. Me sentaba bien estar de pie, moverme; a cada metro que recorría, mi mente se calmaba, y no oía más que el sonido de mi propia respiración. No tardé mucho en ver la difusa silueta delante de mí. Entonces me encontré ante una nueva curva del túnel, que desembocó en el exterior bajo un cielo plagado de estrellas.

La niña corrió entre los árboles, gritando como si se tratase de un divertido juego. Fui en pos de ella hasta que llegó a la otra ladera de la colina y se metió en un vasto terreno de elevados arbustos. Me incliné para tomar aliento, casi vencida por el esfuerzo. Cuando me incorporé, me di cuenta de que la niña había desaparecido. Me encontraba sola en la oscuridad y fuera del refugio.

No debía continuar; sería una locura vagar por el bosque, buscando a la pequeña por las colinas. Si lograba regresar al túnel, le contaría a Caleb que aquella criatura se había escapado y que estaba sola. Pero cuando di la vuelta, no vi más que sombras. Caminé hacia los árboles, mas el bosque era demasiado denso. Las hojas susurraban bajo mis pies y las ramas crujían sobre mi cabeza. Cuando llegué al sitio en el que creí que estaba la salida, no encontré la colina, sino una cuesta rocosa que bajaba hasta el lago.

Giré y corrí hacia el otro extremo del bosque, casi sin respiración, acordándome de cuando estaba junto al río, de la lluvia que me empapaba y de los soldados que me acosaban con las armas en la mano, y de cuando vi a Caleb de espaldas delante de mí, mi cara en el anuncio, las palabras que Arden había pronunciado: «Pertenece al rey». ¿Cómo podía haber sido tan estúpida y haber abandonado el refugio y salido en plena

noche, mientras los soldados seguían buscándome? Me lo habían advertido.

Delante de mí se elevaba un muro rocoso de unos tres metros de altura. Eché a correr tan deprisa hacia allí, que estuve a punto de chocar contra él. Debía de hallarme en la parte de atrás de la montaña, pero la oscuridad no me permitía comprobarlo. Caminé pegada al muro con la esperanza de rodear el herboso montículo que ocultaba la entrada del refugio cuando oí un ruido detrás de mí. No tuve tiempo de volverme ni de correr. En un instante una manaza me sujetó el brazo.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó Leif, sacudiéndome. La difusa luz de las estrellas apenas me permitía ver su crispado rostro. Intenté soltarme, pero me sujetó con más fuerza—. Te dije que no salieses del refugio.

—Ya lo sé —murmuré, atormentada por el dolor que sentía en la muñeca—. Lo siento. —No me atreví a añadir nada más. Ni siquiera me atrevía a respirar.

—¿Quién te dijo que podías salir? —me espetó. Su labio superior esbozaba una mueca de disgusto, dejando al descubierto un diente partido—. ¿Acaso ha sido Caleb?

—No, no. Salí detrás de una niña, que echó a correr y desapareció por aquí, pero no.

—¿Una niña? —Leif se rio, aunque la risa sonó más bien a burla—. En el campamento no hay niñas.

—Me estás haciendo daño —dije, pero él no soltó mi delicada muñeca.

Me arrastró hacia delante; sus enérgicos pasos resonaban en el camino.

—Has cometido una estupidez saliendo. Por algo estoy de guardia. Durante la noche somos más vulnerables... sobre todo teniéndoos a vosotras.

—Lo sé —afirmé, harta de que me sujetase. Mientras tiraba de mí hasta la ladera opuesta de la colina, sentí cómo se me paralizaba la circulación de la sangre en la mano debido a la presión que ejercía con los dedos.

Por fin me soltó. Palpó el lateral de un montículo cubierto de hierba, y se me revolvió el estómago al pensar en lo que podía hacerme. Pero retiró un trozo de madera, desvelando otra entrada al refugio.

—Esta noche he visto a los soldados —dijo con calma, para que me enterase bien de todas las palabras—. Hacía meses que no aparecían por aquí. Y, de pronto, ahí los tienes, recorriendo aquel saliente. —Señaló una montaña tras los árboles.

Esperó que yo dijese algo, tal vez que reaccionase y me disculpase; y aunque lo intenté, no logré articular palabra.

—Vamos, entra —gruñó—. No queremos que le pase nada a nuestra querida Eve, ¿verdad? —Sus ojos eran fríos trozos de mármol negro hundidos en las cuencas.

—No —respondí esquivando su mirada—. Claro que no. —Me metí en el túnel, encantada de librarme de él.

—Tu habitación es la tercera a la derecha —indicó. Enseguida la losa cubierta de

musgo se cerró a mi espalda y me encerró de nuevo en el estrecho pasadizo.

Cuando llegué a la caverna, me alivió ver el resplandor del familiar rostro de Arden a la tenue luz de la linterna. Aun así me estremecí; temblaba y notaba el corazón a punto de reventar. Leif me había indicado dónde estaba mi habitación muy rápido. Demasiado rápido.

Manteniendo la espalda pegada a la fría pared, oí ecos en el túnel y temí que aquellos ojos negros, parecidos a dos gotas brillantes, apareciesen y me buscasen cuando menos lo esperara.

Caleb y yo cabalgamos por el bosque, sorteando los árboles. Tras haber visto a los soldados la noche anterior, los chicos mayores habían estado de guardia todo el día, vigilando que no hubieran vuelto por la zona. Nadie me habló, nadie se atrevió tan siquiera a mirarme. Hasta que encontraron huellas recientes de neumáticos en la carretera que partía del lago, no finalizó mi confinamiento. Caleb se presentó en nuestra habitación cuando estaba atendiendo a Arden, y me invitó a salir de caza con él. No me importó tener que ponerme ropa de chico (unos pantalones cortos de algodón raídos y una camisa holgada), ni recogerme el pelo para disimular. Me alegraba salir al aire libre y alejarme de la húmeda cueva, de la guarida subterránea y de la bestia de Leif.

Cuando llegamos a un claro con hierba, Caleb escudriñó los árboles y el borde rocoso.

—Por ahí no hay nada. —Hizo girar al caballo—. Tenemos que encontrar un puesto de observación.

El cielo, de un intenso color naranja, estaba poblado de vaporosas nubes ribeteadas de rojo. Seguimos el rastro de un jabalí por un campo y una cantera, hasta que lo asustó el desprendimiento de una piedra. A continuación decidimos buscar un venado. Monté en la grupa del caballo, disfrutando de la libertad de estar en campo abierto. Pero el encuentro de la noche anterior seguía rondándome por la cabeza.

—Tu amigo Leif... —comenté, tratando de reconstruir la relación de Caleb con él: ¿cómo podía vivir y trabajar, día tras día, con semejante bruto? Había conocido a Caleb hacía dos días y aún no le había visto actuar de forma sospechosa: no me había abandonado en el río, nos había proporcionado desayuno y comida a Arden y a mí, aparte de toallas y agua de lluvia limpia para lavarnos, e incluso había arreglado nuestra habitación mientras dormíamos—. Tu amigo Leif es un verdadero encanto —concluí, incapaz de disimular la ironía.

El chico no apartó la vista del rocoso precipicio que teníamos delante; llevaba el carcaj con las flechas al hombro.

—Lamento que te asustase anoche. Se enfureció a causa de los soldados. —Deslizó la mano por el cuello del caballo, desenredando los nudos de las espesas crines negras—. Está convencido de que te inventaste la historia de la niña. No hay forma de hacerlo entrar en razón.

—¿Y por qué iba yo a mentir? Sí que la vi —dije manteniéndome detrás de él—. Estaba sola aquí fuera, y él casi me amenazó.

Caleb negó con la cabeza mientras cabalgábamos por la ladera de la montaña; los pasos irregulares del caballo nos hacían oscilar de un lado para otro. Él tampoco creía

que yo hubiese visto a una niña, pero sí a «alguien».

—Leif no siempre ha sido así. Antes era... —Hizo una pausa, buscando la palabra correcta—. Era mejor.

Nos agachamos para pasar por debajo de una rama.

—Me cuesta imaginarlo. —Las hojas me acariciaron la espalda al inclinarme, pero procuré mantener la separación entre ambos.

Caleb se mostró cauto y al fin dijo:

—Leif era divertido, muy divertido. Pasábamos el día entero desmontando casas, ladrillo a ladrillo, cargando los materiales en camiones que los transportaban a la Ciudad de Arena, y él componía canciones mientras trabajábamos. —Volvió la cabeza para mirarme y, ruborizándose, esbozó una espontánea sonrisita.

—¿Qué tipo de canciones? ¿De qué te ríes?

Volvió a mirar hacia delante y replicó:

—No creo que te guste saberlo.

—Inténtalo.

—Vale, pero luego no te quejes. —Carraspeó, fingiendo seriedad, y canturreó con una voz totalmente desafinada—: «Mis pelotas están sudando, mis pelotas están sudando, no puedo evitar que me suden las pelotas, ¡noooo, noooo, noooo!».

Me incliné hacia un lado para mirarlo y reparé en las arrugas que se le formaban en la comisura de los ojos y en las tenues manchitas marrones que le moteaban las mejillas.

—¿Dónde está la gracia? ¿Qué es eso de las «pelotas»? ¿Acaso jugabais con pelotas?

Caleb tiró de las riendas del caballo y se echó hacia delante en pleno ataque de carcajadas.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

Tardó un poco en recuperar la compostura.

—Son... —dijo esforzándose mucho—. Son esas cosas que... —Se interrumpió, como si estuviese meditando y luego hizo un gesto negativo con la cabeza—. No, lo siento, no puedo. Pero tiene gracia, Eve. Créeme.

Me apetecía presionarlo para que respondiese a mi pregunta, pero mi instinto me dijo que era mejor dejar el chiste así, sin más explicaciones.

El caballo continuó subiendo por la montaña hasta un llano. El lago se extendía ante nosotros, reflejando el cielo anaranjado, y desde allá arriba veíamos el campo donde habíamos perseguido al jabalí, parcelas de bosque y la franja rocosa de una playa.

—Ahí están —exclamó Caleb, señalando la manada de ciervos que bebían en el lago. A pesar de estar a mucha altura, distinguí la dorada piel de los animales y los cuernos alcanzaban las copas de los árboles.

El chico guio el caballo hasta el camino.

—¿Y qué le pasó? —me atreví a preguntar por fin cuando estuvimos en medio del bosque—. Me refiero a Leif.

Caleb, de cuerpo ágil, se acoplaba a los movimientos del caballo, como si ambos fuesen uno. Me fijé entonces en una costura descosida de su camiseta gris que tenía ante mí, y sentí la necesidad imperiosa de estirar el brazo y tocarla, pero mantuve las manos sobre el lomo de *Lila*.

—Leif tenía un hermano gemelo, Asher. Cuando hablabas con ellos, siempre se miraban de reojo antes de responder, como si Leif estuviese esperando a que reaccionase su hermano, o este estuviera determinando si debía reírse o no... —Atravesábamos el bosque, en dirección a la orilla rocosa—. Un día fuimos a trabajar y Asher se puso enfermo. Ahora que lo pienso, no debía de ser nada grave, seguro que no. Pero los guardias tuvieron miedo. Ocurrió poco después de la epidemia. —Se introdujo los dedos entre los castaños cabellos—. Cuando regresamos, su litera estaba vacía. Había desaparecido.

—¿Murió? —pregunté. El caballo se desplazó de lugar, y yo le acaricié la grupa, agradeciendo su presencia cálida y serena.

—No, no. Lo llevaron al bosque y lo dejaron allí.

—¿Quiénes?

—Los guardias. Le inmovilizaron las piernas con pedruscos. Aquella noche los oímos presumir de que nos habían salvado de una nueva epidemia.

Me cubrí la boca con la mano e imaginé a uno de los chicos del campamento solo en el bosque, enfermo, con las piernas aplastadas contra el suelo.

—Fue como si a Leif se le rompiese algo en su interior y nunca volvió a ser el mismo. A partir de entonces se convirtió en otra persona. —El chico se apeó, cogió el arco y las flechas, y se acercó muy despacio hacia donde se hallaban los ciervos de la orilla. Algunos de ellos alzaron la cabeza, pero al verlo tan tranquilo y callado, continuaron bebiendo.

Avanzó un poco más y apuntó a una hembra. La flecha salió zumbando e, instantes después, se hundió en el carnoso cuello del animal. Los otros ciervos se dispersaron mientras la hembra se tambaleaba. Caleb disparó otra flecha, que hirió al animal en el costado. La cierva, aterrada, se metió en el agua y trató de regresar a la orilla, dejando un rastro sangriento.

—¡Basta! —grité, bajando del caballo, con los ojos clavados en las heridas del animal—. Está sufriendo.

Caleb se acercó a la cierva sin apresurarse.

—No pasa nada —le dijo al animal. Le sujetó el cuello con una mano y sacó el cuchillo—. Todo saldrá bien. —Le susurró algo que mitigó el pánico del venado, le acercó el cuchillo al cuello y, con un movimiento veloz, le cortó la garganta; la sangre

se derramó por la pedregosa orilla y tiñó las aguas de rojo.

Lágrimas, ardientes e incontenibles, me anegaron los ojos, y me estremecí viendo cómo se le escapaba la vida al animal.

Me había criado con la muerte: la había visto en las caras de los vecinos que arrastraban sacos de dormir por los jardines para enterrar a los suyos; la había visto por la ventanilla del coche, en las filas de gente, de piel enrojecida, que se amotinaba ante las farmacias; la había visto en mi propia madre, sangrando por la nariz en el porche.

Pero después había permanecido a salvo doce años en el colegio: los muros me protegían, las doctoras nos cuidaban, llevaba un silbato de seguridad colgado del cuello. Cuando Caleb cogió la cabeza de la cierva, lloré como nunca. Allí estaba, esperándome como siempre: la muerte, la muerte inevitable, en todas partes. En todo momento.

catorce

Al día siguiente, el recuerdo de la muerte del ciervo invadió mis pensamientos antes de que levantase la cabeza de la almohada. Los chicos, que esperaban la llegada del animal, lo llevaron al refugio y lo colgaron de una rama rota. Yo me apresuré a meterme en la caverna y a reunirme con la adormecida Arden. No soportaba ver cómo lo abrían en canal y lo despellejaban, dejándolo en carne viva.

Encendí la lámpara que estaba junto a la cama, y un suave resplandor blanco iluminó el lugar. Caleb nos había traído un montón de ropa recién lavada en el lago. Así que me levanté y me puse una camisa de cuello abotonado. No sabía dónde estaba el dueño de los libros infantiles ni por qué había abandonado su habitación. En una esquina de la mesa había un bloc de notas; lo abrí y leí solo tres palabras: «Me llamo Paul». La caligrafía era insegura y los espacios entre las letras desiguales. Recordé lo que había dicho Caleb de los chicos: en ciertos aspectos habían tenido peor suerte que las chicas. Cerré los ojos e imaginé a Ruby metida en aquella sala de camas estrechas; oí mentalmente las preguntas que haría a las doctoras con su típica inocencia: «¿Dónde están nuestros libros? ¿Cuándo iremos a la Ciudad de Arena? ¿Por qué nos atan con correas?». Nos habían quitado muchas cosas, pero al menos nos habían dado algo: sabíamos leer, escribir y firmar.

A todo esto me pareció oír pisadas de pies descalzos detrás de mí. Me volví y vi a una personita que se me aproximó corriendo y me arrancó el bloc de las manos. El chico, de cabello castaño claro enmarañado, llevaba un mono manchado de barro, sin camiseta debajo.

—¿De dónde has salido? —pregunté con amabilidad para no asustarlo—. ¿Quién eres tú?

—Esto es de mi hermano. —Alzó el bloc como si fuera un premio.

—No pretendía fisgonear —repliqué sin apartar la vista del cuerpecito del niño. Recordé a las niñas pequeñas del colegio: un año más jóvenes que nosotras, luego dos, tres. Las clases se iban reduciendo hasta desaparecer cuando el rey organizó a la gente en la ciudad y distribuyó a los huérfanos. A veces aparecían niños en el bosque, hijos de fugitivos de la epidemia, pero eran casos raros. Hacía mucho tiempo que no veía a una criatura tan pequeña. Y ni siquiera recordaba haber visto nunca a un niño—. Yo solo.

—Estaba aprendiendo a leer —explicó el niño, que rascó el suelo con el dedo gordo del pie y arrancó una piedrecilla. No aparentaba más de seis años y tenía la expresión de alguien que no sabía sonreír—. Iba a enseñarme, pero murió.

Miré hacia el rincón, donde Arden, perlada de sudor, yacía inmóvil sobre el colchón. A su lado había un plato lleno de verduras de la noche anterior.

—¿Qué le ocurrió? ¿Se puso enfermo? —Las palabras me quemaban la garganta mientras contemplaba a mi amiga.

—Había empezado a cazar. Caleb dijo que había sido una riada repentina. —Al hablar, hojeaba las páginas del cuaderno cubiertas de trémulos garabatos—. Paul me cuidó cuando nuestros padres desaparecieron, y me trajo aquí.

—Lo siento —dije.

—No sé por qué todo el mundo dice lo mismo. —Los ojos le destellaron cuando me miró—. No es culpa tuya.

—Supongo. —Pensé en las visiones que acudían a mi mente cuando me dormía: veía a Pip en una estrecha cama blanca con el vientre hinchado; a veces se retorció para soltarse las correas y gritaba a las otras chicas que estaban junto a ella, buscando manos que no podía tocar. Otras veces se me representaba tal como la recordaba: haciendo problemas de matemáticas en su mesa mientras tamborileaba con el bolígrafo sobre el tablero. Pero, de pronto, se volvía con un gesto de furia, exponiendo su protuberante perfil de embarazada, y preguntaba, acercándoseme: «¿Por qué sucede esto? ¿Por qué?». Y yo repetía siempre las mismas palabras: «Lo siento mucho, lo siento mucho.», hasta que se abalanzaba sobre mí, y entonces me despertaba.

Carraspeé buscando los ojos del niño, y le expliqué:

—Es como decir «estoy triste», o «me duele tanto como a ti». Tal vez sea una tontería, pero es lo que se le ocurre decir a la gente.

El niño me observó, fijándose en el cabello que me caía sobre los hombros, con las puntas abiertas. Lo peinaba con los dedos para que no se me enredase.

—Me dijeron que eres una chica —comentó.

Hice un gesto afirmativo.

—¿Eres mi madre?

—No. No soy tu madre.

Nos quedamos en silencio. El niño se pellizcó la piel partida de los labios.

—Me llamo Benny —dijo al fin, yendo hacia la entrada—. ¿Quieres ver mi habitación? Te presentaré a mi compañero de cuarto, Silas.

Dudé un instante. Volví a mirar a Arden: estaba hecha un ovillo, con los ojos cerrados, en la misma postura que la noche anterior.

—De acuerdo —le respondí, contenta de tener a alguien con quien hablar—. ¡Vamos!

Lo seguí por los zigzagueantes pasillos hasta una habitación pequeña y estrecha. Había dos colchones en el suelo, y carritos y latas manchados de barro por todas partes. Otro chico de piel tostada revolvía la tierra con un palito; tenía los negros cabellos cortados de forma desigual, dejando ver algunas partes calvas, y vestía una camiseta larga remetida en una prenda conocida: un tutú de color morado.

Así que aquel era Silas. La niña a la que yo había perseguido por el bosque era en realidad un niño.

—Te conozco —exclamé yendo hacia él—. La otra noche me diste un buen susto. ¿Por qué no dejaste de correr cuando te llamé?

Silas me miró detenidamente a los ojos.

—Corría porque me perseguías —respondió, y abandonó el palito en tierra. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, y de ese modo parecía más pequeño todavía.

—¿Hay otros niños como vosotros? —pregunté. Silas cogió de nuevo el palito y dibujó círculos en la tierra. En vez de responder, se concentró en sus dibujos—. ¿Sois los más pequeños?

Benny se dejó caer en el suelo junto a Silas, giró la cara y por primera vez reparé en una larga cicatriz rosácea que le iba desde la nuca hasta la oreja, medio oculta por el pegoteado pelo.

—Sí. También está Huxley. Tiene once años. A veces juega con nosotros, pero los demás se dedican a trabajar o a entrenarse.

—¿Y para qué se entrenan?

Silas no levantó la vista del suelo. Dibujó algo que parecía un ciervo, poniendo equis a modo de cuernos.

—Los chicos mayores se convierten en cazadores a los quince años —explicó Benny.

—Entonces tu hermano tenía quince años —repliqué. Había supuesto que Paul era un niño por los libros de cuentos. Pero, seguramente, es que empezó a aprender con lo más sencillo que encontró—. ¿Y te iba a enseñar a leer?

Benny hizo un gesto afirmativo, y me preguntó:

—¿Y tú sabes leer?

—Claro que sí.

—¿Me enseñas?

—Sí, por supuesto.

Benny sonrió por primera vez; le faltaba uno de los dientes delanteros. Impulsada por una repentina inspiración, cogí el palito de Silas y me arrodillé en el suelo. Escribí la palabra rápidamente, sin pensármelo dos veces, en la tierra dura. Y luego la subrayé.

—¿Sabes qué es esto? —pregunté.

Silas miró las letras y después me miró a mí, como si le sorprendiera que mi mano hubiese sido capaz de crear aquellas letras. Negó con la cabeza.

—Es tu nombre —expliqué señalando las letras una a una—: S I L A S. —A continuación escribí otra palabra debajo—. Y así se escribe Benny.

El aludido sonrió; su único diente delantero le sobresalía por un lado.

Silas me contempló boquiabierto y, apretando los dedos contra el suelo, repitió:

—Silas.

Dejé el palito y me levanté, emocionada.

—Esperad un momento —les pedí pensando en todos los libros sin leer que estaban en la vieja mesa de Paul—. Vuelvo enseguida.



Benny estaba delante de la pared de barro, en la que escribía las letras con un palito.

—Sí, muy bien —dije, mientras los chicos que llenaban la habitación observaban en silencio. Benny terminó la ye, retrocedió y deletreó la palabra, escrita en mayúsculas.

—BENNY —leyó y, esbozando una sonrisa desdentada, se le iluminó el rostro.

—¡Muy bien! —aplaudí cogiendo el montón de libros infantiles. La clase que había empezado con los dos pequeños, garabateando sus nombres en el suelo, aumentó cuando algunos chicos mayores asomaron la cabeza y decidieron apuntarse también.

—Vamos a leer un libro —anuncié, y escogí uno. Cuando había ido a buscar los cuentos, me alegró ver algunos que conocía del colegio—. «Érase una vez una higuera... —leí enseñando la página para que todos la vieses—. Y amaba a un niño. Y todos los días el niño iba.» —Me callé porque Silas había levantado la mano. Era lo primero que les había enseñando cuando, al empezar la clase, se pusieron a gritar todos al mismo tiempo.

—¿Qué quiere decir que lo amaba? ¿Eso qué es? —preguntó.

Kevin, el chico de las gafas rotas, lo miró con mala cara y explicó:

—Significa que él quiere besar a una chica. Antes de la epidemia era así. —Me dedicó una sonrisa tímida y ruborosa.

—¿Besar a una chica? —preguntó Silas, incrédulo.

Huxley se animó a participar:

—No, no es eso. Es un árbol, y los árboles no besan a los chicos.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Silas, totalmente confundido.

—Puedes amar a cualquiera —intervine mirando al grupo—. El amor es... —Busqué las palabras exactas—. Amar significa preocuparse por alguien, sentir que una persona nos interesa y pensar que el mundo entero sería más triste sin ella. —Recordé la risa entrecortada de Pip, o los saltos que daba de cama en cama con Ruby los domingos por la mañana, mientras esperábamos nuestro turno de ducha.

Tras una larga pausa, Benny alzó la vista.

—Yo amaba a mi hermano —afirmó.

—Y yo amaba a mi madre —añadió un chico de quince años que se llamaba Michael.

—Yo también amaba a mi madre —confesé—. Y la sigo amando. Es así. Es algo que nunca desaparece aunque la persona ya no esté. —Esperé unos momentos y abrí el libro otra vez—. «Todos los días el chico cogía hojas del árbol para hacer una corona.»

—¡Kevin! ¡Michael! ¡Aaron! ¿Dónde estáis? —La voz de Leif tronó en el pasillo. Apareció de súbito; su musculoso cuerpo estaba cubierto de ceniza y barro. Aquellos fríos ojos de mármol negro me miraron sin reflejar ningún sentimiento—. ¿Dónde están los cubos?

Varios chicos mayores se levantaron y contestaron:

—Íbamos a ir a buscarlos en cuanto... acabásemos el libro.

—¿El libro? —se extrañó Leif, y se acercó. No me miró, sino que volvió la cabeza como si yo fuese la mesa, una silla o el suelo que pisaban sus pies—. Iréis ahora mismo porque teníais que haberlo hecho esta mañana. Quiero todos los cubos de agua de lluvia dentro, alrededor del fuego.

—¿No pueden esperar unos minutos? Casi hemos terminado —dije sin poder evitarlo.

Los chicos se giraron, sorprendidos al oír mi voz.

Leif se me acercó; el olor a almizcle que desprendía inundó el espacio que nos separaba.

—¿Esperar a qué? —Me arrebató el libro de la mano—. ¿A esto? A los chicos no les hace falta leer libros infantiles. Lo que necesitan es aprender a valerse por sí mismos.

—Y aprenderán. —Me puse de pie—. Pero también deben comprender una señal de tráfico elemental o saber escribir su nombre.

Leif miró la clase: casi una docena de chicos se amontonaban en el limitado espacio. Abrió la boca lentamente, pero la cerró, como un pez varado en la arena, luchando por respirar. Mirando a Kevin, el mayor de todos ellos, asintió y concedió:

—Llenad los cubos en cuanto acabe la clase. En cuanto a ti. —A pesar de su fría mirada, me pareció notar cierta alegría en su expresión, un indicio de ternura en sus labios, lo más parecido a una sonrisa—. Si te vas a quedar aquí y quieres enseñar a los chicos, has de saber qué les espera. Los mayores saldrán pronto del refugio para cazar y hacer guardias. —Señaló con el dedo a Kevin y a Aaron, apoyados en la pared de barro—. La ceremonia de iniciación será pasado mañana al ponerse el sol. —Salió por la puerta, agachando la cabeza para no tropezar con la inclinación del techo.

Miré a los chicos con el libro en la mano, y sentí el desplazamiento del poder de un modo tan real, como si la tierra se hubiese movido bajo mis pies. La energía hizo vibrar mi cuerpo, y continué leyendo, al tiempo que la caverna se me antojaba más grande:

—«Y todos los días el chico recogía las hojas.»



Esa noche, cuando las sofocadas toses de Arden dejaron paso a la rítmica respiración del sueño, cogí la linterna del suelo y me adentré en los túneles. En el campamento reinaba la tranquilidad y el tortuoso pasillo estaba vacío. Tras unos días de vivir allí, entendía la distribución subterránea básica: las cinco sendas que salían de la estancia circular principal creaban una formación semejante a una estrella bajo la montaña. Giré y recorrí el segundo túnel, contando puertas en la oscuridad.

No dejaba de pensar en el hermano de Benny, Paul, que había hecho caligrafía en su mesa del rincón del cuarto y había dormido en el mismo colchón que yo, contemplando las grietas del techo de barro. Tal vez había presentido el día de su muerte, como si se avecinase una tormenta, o tal vez se había echado el arco y las flechas al hombro, como todas las mañanas, y había salido a cazar. Seguramente, había pasado ante la habitación de Benny y no había querido despertarlo, sin saber que era la última vez que lo veía: el tumulto de la ola lo habría arrastrado, hundiéndolo en las blancas aguas, y el agua le habría anegado los pulmones.

Los ronquidos resonaban en el pasillo en penumbra, mientras lo recorría, palpando las piedras de la pared para guiarme. Todavía me rondaban muchas preguntas: ¿Qué ocurría en los campamentos, aparte del trabajo de transportar ladrillos y piedras? ¿Cómo habían ido a parar al campamento unos niños tan pequeños como Benny y Silas? No me bastaba con detalles sueltos. Me desvelaba el mismo deseo que tantas veces había sentido en el colegio y que la directora denominaba «sed de conocimientos».

Doblé una esquina a la altura de la sexta puerta, y di con él; ahí estaba con la camisa arrugada y los pantalones cortos rajados. Sus piernas descansaban sobre el brazo de un mullido sillón, y la cabeza sobre el otro brazo.

—¿Caleb, duermes? —pregunté.

Se despertó, sobresaltado, echando una rápida ojeada alrededor como si quisiese recordar dónde se encontraba. Se frotó el rostro, se retiró los mechones de la cara y sonrió.

—Bienvenida a mi humilde morada. —Señaló un colchón en el suelo, cubierto con un edredón cuyas plumas sobresalían por las costuras. Sobre una mesa había una radio metálica provista de auriculares, como los que había visto en el colegio. Me fijé en que los mapas clavados en la pared tenían los bordes doblados a causa de la humedad.

—¿Qué haces con todos esos libros? —quise saber, y me acerqué a un montón de volúmenes que había en el suelo. Deslicé los dedos sobre los lomos y reconocí varios títulos que me sonaban del colegio: *El corazón de las tinieblas*, *El gran Gatsby* y *Al*

faro.

Caleb se acercó a mí y su cálido hombro rozó el mío.

—A veces hago cosas raras —confesó esbozando una sonrisa burlona—. Abro un libro y miro las páginas. Eso se llama leer.

—¡Sé lo que es leer! —exclamé riéndome. Un rubor ascendió por mi cuello hasta la cara y me cubrió las mejillas. Me pasé la mano por el cabello. No había visto un espejo desde que me marché del colegio—. Pero, ¿cómo?, Benny dijo que aquí nadie sabía leer.

—¿Conoces a Benny? —Me escudriñó el rostro, deteniéndose en los labios, las cejas y las mejillas.

—Sí, lo he conocido hoy. Y a Silas y a otros chicos. Silas era la niña que vi; llevaba puesto el dichoso tutú.

—Lo encontró en unas cajas que robamos en un almacén —aclaró riendo—. Leif y los chicos mayores sabían lo que era, pero ¿cómo se lo íbamos a explicar? Le encanta.

Sonreí; notaba los nervios a flor de piel. Cogí *El corazón de las tinieblas*, contenta de que su peso disimulase el temblor de mis manos.

—He empezado a enseñarles a leer. ¿Nunca has intentado que aprendan el alfabeto o a escribir sus nombres?

—Me enviaron a los campos de trabajo a los siete años, así que tuve tiempo de aprender algo antes de la epidemia. Mi madre me enseñó lo básico antes de morir: las palabras y los sonidos más breves. Y después de todo eso, leo aquí de noche para. —Miró el techo. Le había crecido un asomo de barba, formándole oscuros sombreados en el mentón y el cuello—. Bueno, para evadirme, supongo. Nunca hubo ocasión de enseñar a los niños, sobre todo estando Leif al mando. Además, todos los días y a lo largo de la jornada, los mayores tenemos que cazar, pescar, vigilar el terreno y que no haya soldados en la zona. Necesitan más la comida que los libros, por desgracia. —Suspiró y me miró a los ojos—. Pero me alegro de que tú les enseñes.

Sostuvo mi mirada hasta que desvié la vista.

—¿Has leído todo esto? —Me fijé en *Ana Karenina* y *En el camino*, que sobresalían entre una *Historia del Arte para tontos* y *El gran libro de la natación*.

—Hasta la última palabra. No soy tan cavernícola, ¿verdad?

Llevaba desabrochada la larga y sucia camisa gris, lo que permitía verle alguna parte del pecho tostado por el sol.

—Yo no he dicho tal cosa, ¿o sí?

—No tenías por qué saberlo.

Me acerqué a otro montón de libros, y él me siguió, pisándome los talones, como si me hiciese sombra en una especie de baile.

—Me he equivocado —reconocí. Estaba tan cerca de él que distinguí las motitas

castañas en los iris verde claro de sus ojos.

Caleb describió un círculo a mi alrededor, riéndose, como si yo fuese una criatura encantadora que había encontrado entre la hierba.

—¿En serio? —ironizó.

—Oh, este. —Cogí *Al faro*. Tenía las páginas dobladas en las puntas—. ¡Charles Tansley! ¡Qué pelmazo! ¿Quién se cree que es para decir que las mujeres no saben pintar ni escribir? Y el señor Ramsay, que olvida a su esposa en cuanto la pobre muere, ¡y al final se derrite por Lily!

—Suponía que tu educación era parcial, pero no imaginaba hasta qué punto.

—¿A qué te refieres?

Caleb se acercó aún más, y percibí el olor a humo que desprendía su piel.

—El señor Ramsay está muy triste, destrozado. Por eso lleva a James al faro; le obsesiona la discusión que había tenido con su mujer años antes. —Fruncí el entrecejo, intentando procesar lo que me explicaba—. El libro muestra lo que ocurre al faltar la señora Ramsay, lo importante que es una madre, lo rápido que se deshace todo sin ella. Todos la querían.

Me acordé de las clases del colegio, en las que la profesora Agnes nos hablaba del deseo que sentían los hombres por mujeres más jóvenes o de la incapacidad de ellos para satisfacer las necesidades emocionales de sus semejantes. Entonces todo parecía muy claro.

—Es tu opinión —dije negando con la cabeza.

Pero Caleb no cedió. El resplandor de una linterna le iluminaba parte del rostro, dulcificándole los rasgos.

—Es lo que ocurre en esa historia, Eve. —Dio unos golpecitos en la tapa dura.

Dejé el libro y me senté en el sillón, sin importarme por primera vez el olor a almizcle que parecía omnipresente en el campamento.

—Es que... —dije, abrumada de vergüenza. Recordé la noche en la consulta de la doctora, antes de abandonar el colegio. La profesora Florence me había explicado que el rey quería repoblar la tierra de forma eficaz, sin las complicaciones de las familias, los matrimonios y el amor. Según ella, las chicas lo habían hecho de buena gana al principio. Tenía cierta lógica tortuosa. Seguramente pensaron que, si temíamos a los hombres, nunca los desearíamos y jamás necesitaríamos amor ni tener familias propias. Y así haríamos de mejor grado cualquier cosa que nos pidiesen—. Resulta que me lo enseñaron así.

Desvié la mirada para que él no me viese los ojos, anegados por la emoción. Había estudiado muchísimo en el colegio, cogiendo apuntes detallados de cada lección, garabateando en los márgenes de los cuadernos hasta que se me entumecían los dedos. ¿Y para qué? ¿Para llenarme la cabeza de mentiras?

—A veces me parece que no sé las cosas que debería saber, y que, por el

contrario, todo lo que sé es completamente falso. —Me clavé las uñas en la mano, frustrada, y la furia me desbordó. Me dirigí hacia la puerta, pero Caleb me cogió la mano y me obligó a retroceder.

—Espera. —Entrelazó sus dedos con los míos un instante, antes de soltarme—. ¿A qué te refieres?

—Doce años en el colegio y... ni siquiera sé nadar —comenté, recordando el pánico que había sentido aquella noche en el río. No sé cazar ni pescar; ni siquiera sabía en qué mundo vivía. Era alguien totalmente inútil.

—Eve —dijo cogiendo el ejemplar de *Al faro* del suelo—. Toma el libro. Puedes volver a leerlo... tú sola.

Permanecimos un instante en el pasillo de barro; la cabeza de Caleb rozaba el techo. Acaricié la tapa rota del libro, pensando en lo que él me había dicho. Tal vez allí, en aquel refugio, lejos de la profesora y de las clases, el libro fuese distinto. Tal vez también yo fuese distinta. Escuché la sincronizada respiración de ambos.

—Esto no soluciona mi problema con la natación —respondí sin reprimir una sonrisa.

—Eso es lo más fácil. —Apoyó la mano en la pared, a unos centímetros de mi cabeza. Una sombra de barba desaliñada le cubría la barbilla y le brillaba a la luz de la linterna—. Puedo enseñarte a nadar en un día.

—¿En un día? —me extrañé, y me pregunté si también él oiría los bandazos de mi corazón—. No lo creo.

—Pues créelo. —Entablamos una lucha para ver quién desviaba primero la vista.

«Uno —conté mentalmente—, dos, tres.»

Acabé por ceder, me deslicé bajo su brazo y me dirigí al túnel.

—Vale, quedamos en eso —acepté, y me marché hacia mi habitación. Cuando me di la vuelta, sus ojos seguían clavados en mí—. Buenas noches —susurré sintiendo el calor de su mirada, mientras caminaba por el húmedo y frío pasillo y volvía a mi cama.



Cuando llegamos a la orilla del lago, Caleb se quitó la camiseta y se lanzó al agua con las piernas juntas, pataleando bajo la reluciente superficie. A continuación se adentró en aguas más profundas hasta que desapareció bajo la intensa negrura.

Esperé. Pasó un minuto. Pasó otro. Escudriñé el agua, pero no lo vi por ningún lado.

—¡Caleb! —lo llamé. Me acerqué a la orilla, buscando señales de él, pero en el lago reinaba una quietud fantasmal.

Por fin emergió, casi a cien metros de mí, rodeándole la cabeza la blanca espuma en que se había convertido el agua. Solté un profundo suspiro, tomando aire al mismo tiempo que él, como si yo también hubiese contenido la respiración.

—¡Presumido! —grité.

Me quité la peluda toalla de los hombros, desvelando el «bañador» que había improvisado para nadar: unos vaqueros cortos debajo de la rozada sudadera del colegio, rota donde antes estaba el emblema. Lo había cortado esa misma mañana con un cuchillo, pensando en Pip.

Metí los pies en el lago y se me aceleró el pulso. El agua estaba fría. El sol no alcanzaba las copas de los árboles, y el aire era más fresco que de costumbre. Me dio vértigo observar el punto en que el lago se volvía más profundo y oscuro. Dejé que las piedras lisas me acariciasen las plantas de los pies y traté de aplacar los nervios. Me sentí más cómoda, más confiada, incluso valiente: Arden estaba mejorando; seguía en cama, pero bebía y comía bien, y su rostro había recuperado el color; ya no me estremecía cuando me cruzaba con Leif en el pasadizo, ni me daba miedo explorar el campamento. Poco a poco me iba adaptando a nuestro hogar provisional.

Caleb nadó hacía mí: su fornido cuerpo se balanceaba mientras, en primer lugar, alzaba los brazos, y luego los sumergía en las profundidades. Cuando llegó a la zona más superficial, echó la cabeza hacia atrás.

—Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro —dijo señalando el lago con la mano—. Aquí no hay mucha profundidad.

El agua solo le llegaba a la cintura. Pero me acordé de aquella noche en el colegio, y de la sensación asfixiante cuando la tierra desapareció bajo mis pies. Avancé lentamente y con mucho cuidado; el frío lago me cubría milímetro a milímetro. Caleb se acercó y me tendió una mano.

Se la di instintivamente, sintiendo el mismo rubor que había experimentado en su habitación. La intimidad me erizó la piel.

—¿Lo ves? —Sonrió. El agua chorreaba por su moreno y pecoso pecho—. No es tan horrible.

Tras dar unos pasos, el lago me cubrió a mí también hasta la cintura. Miré hacia abajo, desconcertada por la repentina desaparición de mis pies. Quería dar la vuelta, regresar a la orilla y pisar tierra firme. Pero Caleb me cogió la otra mano y, exigiéndome firmeza con la mirada, nos adentramos en aguas más profundas.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando el agua me llegó a los hombros. Asentí, confiando en que mi corazón se serenase—. De acuerdo. Entonces vamos a sumergirnos. Uno, dos.

—¡Espera! —grité—. ¿Quieres que meta la cabeza debajo del agua? —Necesitaba más tiempo para acostumbrarme a la temperatura, para prepararme.

—Sí. Estaremos debajo todo el tiempo que aguantes. A la de tres. —Iba a protestar, pero él empezó a contar otra vez—. Uno, dos, tres —dijo, mientras yo tomaba aire y apretaba los labios antes de deslizarnos bajo la superficie.

Estaba completamente sumergida, y el corazón me estallaba en los oídos. Percibí cómo soltaban aire mis pulmones y cómo ascendían las burbujas, al mismo tiempo que permanecía bajo la superficie. Caleb estaba a medio metro, con los ojos abiertos, y sus manos no soltaban las mías. Su expresión era tan amable, tan firme y dulce que, durante un segundo, olvidé que éramos diferentes, que él pertenecía a otro sexo contra el que me habían prevenido, un sexo al que había temido toda mi vida.

En ese momento era tan solo Caleb. Sonreímos felices, y nuestros brazos formaron un círculo en medio de la quietud del agua.



Permanecimos fuera hasta que oscureció. Practiqué la retención de la respiración, me sumergí una y otra vez hasta que conseguí no acobardarme pensando que el lago iba a tragarme. Caleb me enseñó a sostenerme y a avanzar debajo del agua; también me enseñó a flotar, apoyando los dedos en mi espalda mientras llenaba los pulmones de aire. Cerré los ojos, tratando de ignorar que mis paliduchas piernas estaban desnudas y que la mojada sudadera se me pegaba a las curvas del cuerpo.

El color morado del cielo se tornó gris mientras regresábamos por el bosque, entre chasquidos de agujas de pino secas. A pesar de que me tapé los hombros con la toalla, no dejaba de temblar. Caleb se quitó la camisa y me la ofreció, remangándola para que mis manos quedaran al descubierto.

—He acabado el libro. Me quedé despierta toda la noche, leyéndolo —dije cubriéndome con el grueso y suave tejido que aún contenía el calor de su cuerpo—. Tenías razón. La historia no es como me la habían contado.

—Supuse que te gustaría más la segunda vez. —Los cabellos le chorreaban agua, que se deslizaba por los fibrosos músculos de sus hombros.

—Me gustaría saber... —dudé, pero acerté a decir—: ¿Cómo aprendiste tanto sobre el mundo fuera de los campos de trabajo? ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Cómo

supiste adónde ir? Cuéntamelo todo.

Él esperó a que lo alcanzase. Enfilamos un estrecho sendero, agachándonos bajo las ramas de los árboles. Caminaba delante de mí, apartando ramas para que yo pudiese pasar y adelantándose para abrir camino.

—Las semanas que siguieron a la muerte de Asher fueron muy raras —explicó sin apartar los ojos del sendero—. Leif se negó a trabajar y se pasaba casi todas las noches encerrado y solo. Los otros chicos tenían miedo de hacer algo que molestase a los guardianes. Lo único que nos permitían tener en los campos de trabajo eran radios metálicas negras, y los chicos se tumbaban en las literas y escuchaban los programas de la Ciudad de Arena.

—Yo también los escuchaba en el colegio —dije, y exprimí el agua de mis largos cabellos. Una vez al mes íbamos al auditorio y escuchábamos historias sobre lo que ocurría allí. El rey hablaba de los gigantescos rascacielos que se estaban construyendo y de los nuevos colegios para los niños que vivían dentro de los muros de la ciudad. Edificaba en el desierto, construyendo «algo de la nada» como le gustaba decir, y la ciudad estaría rodeada por muros tan altos que todo el mundo quedaría protegido de los rebeldes, de la enfermedad, de los peligros externos. Siempre me reconfortaban sus palabras—. El rey lograba que todo pareciera noble y emocionante.

Caleb dio una patada a una piedrecita con el pie desnudo, y comentó:

—Recuerdo esa voz. La recordaré siempre. —Pateó una piedra, enviándola hacia el bosque, endureció la expresión y se ruborizó—. Nunca hablaba de los huérfanos que trabajaban en la ciudad: niños de tan solo siete años que se pasaban catorce horas al día desmontando edificios a casi cuarenta y cinco grados de temperatura. Algunos morían aplastados por las paredes que se desplomaban, o caían de los rascacielos. Tampoco mencionaba a las chicas utilizadas como bestias de cría. Sus discursos daban a entender que la Nueva América era para todo el mundo, que todos estábamos incluidos, pero se construía a costa de los huérfanos. El único lugar para nosotros era bajo sus pies.

Mientras caminábamos, yo deslizaba las manos entre la crecida hierba que bordeaba el sendero.

—¿Y quién cría a los niños? ¿Acaso lo hacen los supervivientes de la ciudad? —pregunté.

—Ahora viven en casas nuevas que dan a los canales construidos por chicos de catorce años y alimentan a los bebés que han parido chicas de dieciocho años, esquían por laderas artificiales y comen en restaurantes en la azotea de los rascacielos, en los que los huérfanos trabajan gratis. Es asqueroso. —Torció el gesto.

—¿Y cómo escapaste? —insistí. Imaginé los horrores del campo de trabajo, a Asher abandonado en medio del bosque con las piernas paralizadas, o a niños tan

pequeños como Silas cargando piedras a la espalda.

—Ocurrió una noche tras un discurso especialmente irritante sobre el nuevo palacio real —explicó Caleb, tendiéndome la mano para ayudarme a saltar una gran piedra—. No podía dormir, ni dejar de mirar a Leif y la litera vacía de Asher. Los guardianes habían encontrado a un niño de dos años en el bosque; acababa de quedarse huérfano y lloraba. No solo la epidemia dejó huérfanos. —Se calló un momento, pero continuó—: Después las condiciones de vida se hicieron muy duras, y el mundo se sumió en un caos tan grande que muchos niños perdieron a sus padres tras la enfermedad. Yo me había endurecido tanto que permanecí dos horas oyéndolo llorar; unos bandidos habían matado a su madre. Pero no me importaba. Estaba vacío por dentro. No me afectaba porque no había nada que me afectase. Yo era demasiado. —Se detuvo y se volvió para mirarme. Carraspeó y eligió la palabra con cuidado—: Insensible. Aún hoy me avergüenzo.

No podía imaginármelo tan frío, y mucho menos después de ver cómo había acunado la cabeza del ciervo, acariciándole la suave piel del cuello hasta que murió.

Cogió una rama, se frotó los dedos con la áspera corteza y siguió diciendo:

—Le di vueltas a todo lo que sucedía y comprendí que no podría seguir viviendo allí mucho tiempo. Aquello no era vivir, no era vida. Estaba muerto de miedo y desesperado. Un día tenía la radio en la mano y la sintonizaba, jugueteaba con ella. —Suspiró, y cesó de frotarse los dedos—. Entonces escuché una voz que decía unas tonterías enormes.

—¿Qué decía? —quise saber adelantándome para salvar el espacio que nos separaba.

—Siempre recordaré la primera frase. Decía: «La yegua de Eloise es muda y, sin embargo, está aquí».

Me acerqué más a él, como si la proximidad me ayudase a descifrar el misterio.

—¿Quién es Eloise? No entiendo nada. —Una ráfaga de viento barrió las montañas y abatió los árboles. Las sombras bailaron en la cara de Caleb.

—Al principio yo tampoco lo entendí. El hombre no cesaba de hablar en el mismo tono, repitiendo lo mismo varias veces, y más tarde pronunció otras frases crípticas. Siempre repetía las palabras con voz seductora. Miré alrededor para ver si me había ausentado del mundo real, si estaba soñando o algo parecido. Y cuando escuché lo mismo por enésima vez, dejé de intentar descifrar la frase para fijarme en la forma en que la pronunciaba. Trataba de decirme algo, ya que el tono era casi como un ruego. —Caleb alzó la vista, y sus ojos, enrojecidos y húmedos, buscaron los míos—. La yegua.

—La... —lo interrumpí con un nudo en la garganta a causa de la emoción—. Y-U-D-A-E-S-T-A-Q-U-Í.

Él sonrió, y me dio la impresión de que el resto del mundo desaparecía (los

árboles, el camino, las montañas, el cielo), dejándonos solos.

—Sí —afirmó—. La ayuda está aquí. —Me tendió la mano y se la cogí—. La voz continuó hablando. Las noches siguientes reveló un lugar en el campo donde, si escapábamos, nos buscaría. Tardamos meses, y esperé a que Leif regresase para planearlo todo. Estudiamos la rutina de los guardianes y encontramos una vía de escape. No disponíamos más que de una noche... y únicamente podíamos ser tres.

—¿Tres?

Caleb miró nuestras manos enlazadas y esbozó una sonrisa, como si el gesto lo complaciese.

—Escogimos al niño cuya madre había sido asesinada, Silas. —Sus dedos estrujaron los míos cuando reanudamos la marcha.

—Y vinisteis aquí —concluí, mientras nos acercábamos al claro próximo al refugio.

—Eso fue hace cinco años. Un pequeño grupo de chicos estaba construyendo el campamento, dirigidos por el hombre al que escuchaba todas las noches: Moss. Él inició lo que llamamos la ruta. Hay refugios seguros en todo el oeste que conducen a trincheras como la nuestra. Leif, Silas y yo tardamos dos meses en llegar aquí; dormíamos en casas de rebeldes. Todavía hay gente por ahí, viviendo fuera de la ciudad, porque no creen en lo que el rey está haciendo y ayudan a huir a chicos y chicas.

Cogió un trozo de madera en una ladera de la colina y, al empujarlo, dejó al descubierto la puerta escondida. El interior del campamento estaba oscuro y en silencio. Me serenó el sonido de nuestros pies desnudos, caminando a la vez.

—Ese era el lugar del que hablaba la profesora: Califia, al que iremos Arden y yo, junto al mar. —Lo miré mientras pronunciaba estas palabras, esperando un mal gesto, una mueca, algo que revelase sus sentimientos sobre mi marcha, pero su expresión no reflejó nada. Arden ya podía caminar, aunque de momento solamente lo hacía por nuestra minúscula habitación; por lo tanto, al cabo de una o dos semanas podríamos irnos. Me pregunté si sería capaz de hacerlo, de dejar el refugio y dirigirme hacia el oeste, como había planeado. Caleb estaba a mi lado, y ya lo echaba de menos.

—Sí, es otro refugio seguro para huérfanos y descarriados... el más grande —se limitó a decir.

—¿Y Moss? —pregunté—. ¿Dónde está?

—Corren rumores de que se encuentra en la ciudad —me contestó guiándome por el oscuro túnel—, pero no hay nada seguro. Casi siempre mantiene en secreto su ubicación y se desplaza constantemente por la ruta, hasta el punto de que es imposible seguirle la pista. No deja de enviar mensajes, pero hace un año que no lo vemos.

Ojalá hubiese sabido lo de las comunicaciones radiofónicas y «la ruta» antes de

abandonar el colegio, antes de salir de nuestra habitación y de dejar a Ruby y a Pip en aquellas estrechas camas, en su último sueño apacible. Tal vez tendría ocasión de decirles algo desde California, una oportunidad de comunicarme con ellas.

Sentí el suave tacto de la mano de Caleb cuando llegamos a mi habitación, el dulce olor a sudor y humo de su piel, y me fijé en las pecas que salpicaban su nariz y la frente, bronceadas por el sol. Ninguno de los dos habló. Me limité a deslizar mi mano sobre la suya, describiendo círculos sobre los nudillos y las uñas, sin importarme que estuviesen impregnados de suciedad. Él apoyó la barbilla sobre mi cabeza y respiró a fondo, consciente del mínimo espacio que separaba mi nariz de su pecho.

—Hoy lo has hecho muy bien —dijo tras un buen rato, y me apretó la mano a modo de despedida.

—Gracias por enseñarme. —Entré en la habitación, pero no pude contenerme. Salí de nuevo, y allí estaba, llenando con su presencia la entrada.

Había escuchado muchas veces las teorías de la profesora Agnes, estudiando la «Ilusión de la intimidad» y los «Peligros a causa de chicos y hombres» y leído muchas cosas sobre «Manipulaciones sutiles». Pero de una forma soterrada, en algún lugar de mí, existía un conocimiento más profundo, un espacio que ni el miedo ni la educación diseñada con la mayor astucia eran capaces de alterar. Era el modo en que Caleb había cambiado de tono aquel día en el bosque, echando la cabeza hacia atrás para cantar, mientras el eco repetía su voz entre los árboles; era la comida que nos servía todas las mañanas y todas las noches, las toallas y las camisas torpemente dobladas, el agua del baño que le llevaba a Arden sin que nadie se la hubiese pedido.

Y supe, quizá con más certeza que cualquier otra cosa, que era un hombre bueno.

—Buenas noches, Eve —se despidió. Bajó la vista, casi avergonzado, y desapareció en la oscuridad.

diecisiete

—Apuesto lo que quieras a que Aaron es el que nada más rápido —comentó Benny, apretándome la mano—. Es como un pez.

Estábamos en un resalte, al norte del refugio, escudriñando el lago en busca de señales de los nuevos cazadores. A Arden le había remitido la fiebre, y el color había vuelto a sus mejillas; aunque sentía debilidad en las piernas, insistió en salir, y yo me alegré de que estuviese allí, a mi lado.

Mi compañera soltó la manita de Silas.

—Estás sudando —le dijo secándose la mano en los desgastados vaqueros cortos—. Es como dar la mano a una babosa. —Se la secó una y otra vez, arrugando la nariz con cara de asco—. ¿Qué ocurre? —me preguntó—. ¿Dónde está la gracia?

—Es evidente que te encuentras mejor —me reí. Llevaba levantada menos de una hora y ya perdía la paciencia por cualquier cosa. Lo interpreté como una buena señal.

Durante todo el día, mientras yo estaba en el refugio enseñando a los chicos, Caleb y Leif recorrieron el bosque por si había soldados. Cuando consideraron que la zona era segura, condujeron a los nuevos cazadores a la otra ribera del lago, y allí iniciaron su ardua aventura: debían recorrer unos quince kilómetros de orilla rocosa y lanzarse finalmente a las frías aguas; después rodearían nadando la línea de árboles y llegarían a la playa, donde los esperaban cuatro lanzas, cuyas hojas de piedra parecían de color hueso bajo el sol del atardecer.

Contemplé el lugar en que los árboles se inclinaban sobre el agua, donde Caleb me había enseñado a nadar. La noche anterior soñé que estábamos allí de nuevo, flotando y cogidos de la mano. De día, mientras caminaba con Arden por el refugio o corregía las palabras que Benny escribía en el barro, él ocupaba mis pensamientos: su sonrisa, sus dedos rozándome la espalda, mi camisa impregnada del olor de su piel.

Kyler, un chico alto de rizos anaranjados, se acercó al borde del precipicio.

—¡Ahí están! ¡Los estoy viendo! —gritó. Usaba unos prismáticos rotos, y Benny y Silas empezaron a dar saltos para arrebatárselos, empeñados en mirar también ellos. Una manchita se movía donde el agua besaba el cielo.

Poco después vimos a los chicos más allá de los árboles: sus cuerpos emergían y se sumergían como grandes peces saltarines. Michael iba delante; su pelo afro se distinguía desde el saliente rocoso.

—¡Son rapidísimos! —exclamó Silas, que se había embadurnado la cara de pintura y tenía manchas doradas en las manos—. ¡Fijaos en Aaron!

—¡Ánimo, ánimo! —gritó Benny.

Los que estaban detrás de nosotros se acercaron al precipicio, bañado por el resplandor rosáceo del sol poniente. Unos cuantos muchachos de doce años se

pusieron a batir palitos al mismo tiempo, haciendo un sonido de ¡plas, plas, plas! cada vez más rotundo.

Cuando los chicos se acercaron a la orilla, una desvencijada canoa conducida por Leif y Caleb rodeó los árboles que había detrás de ellos. Los mayores del campamento, que se habían pintado de negro la cara y rayas en las mejillas y en el caballete de la nariz, los seguían en otras cuatro embarcaciones. Al distinguir a Caleb, que luchaba contra la corriente, una alegría fugaz se apoderó de mí.

De todas las cosas que la profesora Agnes había malinterpretado, solo reconocí una equivocación en su momento. «La felicidad es la expectativa de una futura felicidad», había dicho mientras nos mostraba un ejemplar de *Grandes esperanzas*. Recordé entonces el día en que Ruby encontró un gatito entre la maleza; hacíamos turnos para acariciarle la suave piel del vientre o para sostenerlo en nuestro regazo. Recordé también cómo apilábamos nuestros colchones, después de que la directora se fuese a dormir, formando una torre sobre la cama de Pip. Conocía la sensación de saltar, el impulso de los muelles bajo mis pies, la experiencia de caer riendo a carcajadas. «No; la felicidad es un instante», pensé entonces, y de nuevo ahora, al ver a Caleb alzar la vista y dedicarme una sonrisa amable y magnífica.

Aaron llegó a la ribera del lago y corrió chapoteando con el agua a la altura de las rodillas. Lo seguía Michael, luego Charlie y, por último, Kevin. Este hizo visera con la mano para protegerse del sol, caminando con cuidado, pues no llevaba las gafas. Los cuatro se abalanzaron sobre unas ramas de árbol para coger la lanza de cada cual, cuyas puntas se hundían en la arena.

—¡Fijaos en ellos! —gritó Silas, tirando del tutú.

Michael fue el primero en coger su lanza y arrojarla al aire. Una a una las armas volaron, y ellos se agacharon, agotados. Silas y Benny se alejaron de nosotras y siguieron a los chicos más jóvenes por el borde del sendero, donde aclamaron a Aaron, Kevin, Michael y Charlie.

La canoa de Leif y Caleb arribó a la orilla, rozando el fondo contra las rocas, y ambos se abrieron paso entre los emocionados chicos, para aproximarse hasta donde se hallaban los nuevos cazadores. Caleb captó mi atención y esbozó una sonrisa imperceptible, y yo dibujé un breve «hola» con los labios.

—Se te han puesto las orejas coloradas. —Arden me dio un codazo—. Reacciona, Eve. —Me arreglé el cabello, atusándome los largos mechones castaños a ambos lados de la cara.

Leif, cuyos hombros habían adquirido el color de los ladrillos tras haber estado remando tanto tiempo, ordenó a los recién estrenados cazadores que formasen una fila ante él y les dijo:

—Hoy habéis demostrado que sois hombres y mañana estaréis preparados para salir solos a cazar. Es mucho lo que se espera de vosotros. Los chicos necesitan

protección. —Señaló a los más jóvenes que nos rodeaban y a Benny, que lloraba a moco tendido—. Necesitan líderes que garanticen su seguridad en este lugar, lejos de los campos de trabajo. Estos bosques son ahora vuestro hogar y estos chicos vuestra familia. Somos hermanos. —Ante estas palabras, ellos se acariciaron los emblemas circulares tatuados en los hombros.

Caleb sacó un trozo de carbón del bolsillo de los pantalones cortos y también pronunció unas palabras:

—Ha llegado el momento de que juréis lealtad a la ruta. ¿Prometéis utilizar vuestras habilidades para favorecer a los huérfanos, libres o esclavos?

—Sí —contestaron los chicos al unísono.

Caleb se adelantó y deslizó los pulgares sobre la frente y la nariz de Michael; repitió el gesto con los demás, marcando los rostros de los otros tres.

—Ahora sois cazadores. ¡Sois hombres! —pregonó Leif, levantando los brazos al aire con los puños apretados y los músculos tensos. Parecía una de las estatuas que había visto en mis libros de arte: las de Miguel Ángel, esculpidas en piedra.

Silas fue el primero en salir del grupo. Echó a correr hacia Kevin y lo agarró por una pierna, en un torpe intento de abrazo. Los demás lo siguieron, entre gritos de ánimo y risas, dando palmaditas en la espalda a los nuevos cazadores. Michael se encaramó a Benny sobre los hombros, mientras Aaron daba las gracias a Leif y a Caleb, estrechándoles la mano.

Cuando los emocionados gritos se calmaron, los nuevos cazadores se acercaron a unos tocones de árbol en los que habían preparado platos con jabalí asado, jarras de agua y cuencos con multicolores frutos silvestres. Todos esperaron, callados, hasta que Caleb habló:

—Antes de comer, debemos dar las gracias. En primer lugar, hemos de darlas a los nuevos cazadores que han superado las pruebas para que continúen protegiendo con su fuerza a los demás. Y, como creemos que cada comida es una colaboración de varios entes, agradecemos a la tierra que nos ha dado estos frutos; a Michael, que los ha cogido con sus manos; al jabalí que entregó su vida para que nos alimentemos con su carne, y a quienes la prepararon para nosotros con cariño. —Caleb alzó una jarra, y sus ojos se clavaron en los míos—. En segundo lugar, damos las gracias a nuestras dos amigas, que se han quedado con nosotros, y en especial a vuestra nueva profesora, porque ha demostrado gran dedicación e inteligencia en cada clase.

Tardé unos momentos en entender que se refería a mí, hasta que sentí la presión de los dedos de Arden en mi brazo. Se me agarrotó la garganta. «Se ha dado cuenta.» Tal vez se había detenido en la puerta de la habitación de Benny y fijado en los libros sobre la mesa o en los juguetes de plástico que había retirado del suelo para que los alumnos se sentasen. Me había estado observando.

—Gracias a Arden y a Eve —añadió Leif, cogiendo otra jarra del tocón del árbol

y levantándola. No alzó los inquietantes ojos ni nos miró. Todos los chicos se volvieron y dieron las gracias, unos con un gesto y otros con una sonrisa, antes de pasarse unos a otros la jarra y beber tragos de agua. Poco después abandonaron las solemnidades y se abalanzaron sobre el jabalí asado, las frutas silvestres y el pavo salvaje.

Por último, cuando los nuevos cazadores comieron hasta hartarse y su euforia se calmó, volvió a hablar Leif:

—Esta noche hay luna llena —informó señalando el cielo. En efecto, la luna empezaba a asomar; su vago perfil se hacía más visible a medida que el cielo rosáceo se teñía de morado—. Y hemos averiguado que los soldados han cambiado de dirección. Han abandonado el retén del sur, lo que significa que esta noche.

—¡Saqueo! —gritó Michael, y al levantar las manos, le salieron despedidos trozos de jabalí de entre los dedos—. ¡Robaremos sus provisiones!

Silas se puso a dar saltos de alegría.

—¡Caramelos! ¡Caramelos!

—Así es —afirmó Leif, sonriendo levemente. Se le había deshecho el moño con que se recogía los abundantes cabellos, de modo que una cascada de mojados rizos negros le caía sobre los hombros—. Es el momento ideal para un saqueo. Nos reuniremos aquí dentro de una hora.

Los chicos se dirigieron al refugio, llevándose los restos del banquete. A todo esto, sentí un brazo alrededor de mis desnudos hombros.

—¿Me permites? —preguntó Caleb.

Me estremecí cuando su piel y la mía entraron en contacto. Caminamos juntos, mi paso adaptándose al suyo. ¿Sabía cuáles eran mis sentimientos hacia él? ¿Sabía que ocupaba un lugar en mis sueños y que incluso cuando dormía lo echaba de menos?

—Sí... —acerté a decir—. Claro.

—Te he visto muy arrimadita a Caleb. —Envuelta en una chaqueta y cruzando las piernas sobre el colchón, Arden ya estaba en la habitación cuando regresé. Se iluminó la cara con la linterna, y después me enfocó a mí, mientras esperaba una respuesta.

En vez de contestar, me puse un jersey lleno de bolitas para calentarme. El aire nocturno era muy fresco, y no sabía a qué distancia estaría el retén.

—La directora Burns no lo aprobaría —insistió Arden. Intercepté el rayo de luz con la mano.

—¡Basta! —Fue lo único que se me ocurrió.

—No me vengas con esas. —Se rio, haciendo cabriolas con la linterna. La luz recorrió su lacia melena y una pierna blanca como la leche antes de iluminar su pálido rostro—. Estoy una semana enferma, y no se te ocurre mejor cosa que caer rendida. —Se cubrió la boca con la mano. Pensé que iba a toser, pero se quedó quieta.

—¿Qué ocurre, Arden?

Señaló detrás de mí: Caleb estaba en la puerta, abrigado con una gruesa chaqueta marrón y una gorra de ganchillo que le ocultaba los cabellos.

—Que caer rendida ante la rutina de la enseñanza. —Trató de arreglarlo, pero no sonó convincente. Se levantó y salió al pasillo, empujando a Caleb sin querer—. Nos vemos junto al fuego —dijo, y desapareció en el túnel.

Me aparté un poco más de él y me puse otro jersey grueso.

—¿Podemos ir contigo? —pregunté tratando de disimular el nerviosismo de mi voz—. Arden se encuentra mejor; jura que está en condiciones de ir.

Caleb entrelazó mis manos y bajó la vista, como si observase mis finos dedos entre los suyos.

—No se trata de eso. Cuando Leif dijo que los soldados habían abandonado el puesto... —titubeó—. Significa que se dirigen hacia el norte, hacia la carretera.

—Es por culpa mía, ¿verdad? —lo interrumpí. No era tanto una pregunta como una afirmación, pero su silencio confirmó lo que ya sabía—. Han cambiado de dirección por mi causa. —Cerré los ojos y vi los faros de los todoterrenos barriendo la carretera, en busca de la chica del anuncio.

Él se acercó. Se había limpiado las marcas de carbón del rostro, y solamente le quedaba un leve olor a humo.

—Tal vez no sea seguro llevaros al saqueo. Un encuentro con los soldados siempre resulta peligroso, y en este caso existe un gran riesgo. —Desenlazando los dedos, me cogió ambas manos entre las suyas.

Era fácil asustarse. Y se me aceleraba el corazón cuando pensaba que, incluso estando en el refugio subterráneo, los soldados podían pasar por el terreno que nos

cubría sin detectar nuestra presencia. Hubiera querido acurrucarme en el colchón, envuelta en un nido de mantas, y abandonarme, quedarme allí indefinidamente. Pero no era ninguna novedad: me perseguirían siempre. Las luces que iluminaban el lago eran las de ellos; los motores que runruneaban eran los de ellos, y eran ellos las figuras fantasmales que acechaban tras los árboles.

Había pasado la vida confinada entre los muros del colegio, comiendo lo que me ordenaban, bebiendo lo que me decían, tragando sin protestar las pegajosas pastillas azules que me revolvían el estómago. ¿Cómo era una noche en libertad? ¿Acaso no podía permitirme algo así?

—¿Y si, a pesar de todo, quiero ir?

—En ese caso irás. Pero prefiero que seas consciente del peligro.

—Siempre existe peligro. —Sus verdes ojos buscaron los míos.

Estaba empezando a entender lo que podía ocurrir: Caleb y yo. En medio de la naturaleza no había pensamientos, solo existía Califia en la distancia, el fugaz viaje que consumía los días. Pero bajo tierra, cuando enseñaba a los niños en la habitación de Benny, o cuando por las noches me apoyaba en la pared después de que Arden se durmiese, imaginaba que me quedaba allí. Necesitaba más tiempo para estar con Caleb y con los pequeños. Varias semanas o meses no me parecían suficientes. Quería más. ¿Y si salía bien? ¿Entonces qué?

Podíamos vivir juntos en el refugio; era una posibilidad. Al menos hasta que Moss hubiese reunido un número suficiente de rebeldes para enfrentarse a los soldados del rey, o hasta que yo lograra recuperar a Pip. Sería peligroso, pero procuraríamos permanecer escondidos. Caleb y yo construiríamos una vida, una vida pequeña. Juntos.

—No te apartes de mi lado y, si sucede algo, abandonaremos el grupo. —Su mirada siguió las líneas de mi boca hasta que se posó en mis ojos; su aliento llenó mis oídos y, al acercarme, percibí de nuevo el olor a carbón. Estaba muy cerca, y los ojos de color verde claro seguían mirándome, estudiándome. No pude contenerme: uní mi boca a la suya. Una especie de calor se extendió por mi cuerpo hasta la punta de los dedos, mientras nos aproximábamos más y sus labios correspondían a los míos.

De repente me di cuenta de lo que había hecho y, retrocediendo, solté la mano que él retenía y me la llevé a la frente.

—Lo siento. Yo... —Pero me atrajo hacia sí. Apoyé la frente en su mejilla. Sus dedos me acariciaron la cabeza, se hundieron entre mis cabellos, y por fin se posaron en el sensible hueco de la nuca.

—No lo sientas —musitó abrazándome en la penumbra. Enlacé las manos tras su espalda y le acaricé los costados. No nos movimos hasta que oímos ecos de voces en el túnel, llamándonos para ir de saqueo.

Me agarré a Caleb, relajándome sobre su chaqueta acolchada que olía a humedad, mientras que Arden se aferraba a mis hombros cuando cabalgamos por el denso bosque; los árboles apenas se distinguían bajo la dispersa luz de las estrellas. Mi amiga me había interrogado antes de salir, tras reparar en el rubor que me teñía las mejillas y en la insistencia con que me llevaba los dedos a los labios, como si necesitase confirmar que seguían en su sitio. Se rio cuando monté con mucha decisión a caballo, ocupando el lugar intermedio para así poder apoyar la cabeza en la espalda de Caleb. Cualquiera se daría cuenta de que las cosas habían cambiado entre nosotros. Pero yo mantenía la noticia en secreto, deseando que fuese exclusivamente mía durante cierto tiempo más, para disfrutarla.

Delante de nosotros, Leif guiaba a sus caballos sobre rocas y entre ramas caídas de árboles, camino del puesto del sur, manteniendo un ritmo constante. Rodeamos la orilla rocosa del lago, en cuya superficie negra se reflejaba la luna.

—Falta poco —susurró Caleb. Un halcón planeó ante nosotros, dibujando un camino en el cielo.

A lo lejos se oyó el disparo de un cañón, que retumbó en las montañas. Arden se apretó contra mí, hundiéndome los dedos en la piel, y Leif condujo a su caballo hacia una zona de hierba muy crecida. Nos seguían otras seis monturas, siluetas negras sobre las que cabalgaban los chicos mayores y los cuatro nuevos cazadores. Silas, Benny y los más pequeños se habían quedado en el refugio, profundamente dormidos ante la promesa de recibir tabletas de chocolate y caramelos a la mañana siguiente.

Leif, cuyo rostro apenas se distinguía en la oscuridad, echó una ojeada alrededor y susurró:

—El puesto de avanzadilla está a menos de cien metros —susurró—. Si ocurre algo, no uséis la fuerza, sea lo que sea.

—¿Si ocurre algo? —repetí al oído de Caleb—. ¿A qué se refiere?

—Lo dice por precaución —respondió él, cuyos latidos percibí claramente, pues apoyaba la cabeza en su espalda—. Matar a un soldado de la Nueva América, aunque sea en defensa propia, es un delito que se castiga con la muerte. —Aminoró el trote del caballo—. Hace justo un año se produjo un incidente en otro puesto, y el rey se vengó ejecutando a un huérfano que había huido. —Me estremecí al imaginar a un chico, abandonado y asustado, enfrentándose a las tropas del monarca.

Dejamos los caballos pastando en el claro. Caleb me dio la mano, y sentí de nuevo aquel calor que ya me resultaba familiar. «Estoy bien, estamos bien, todo está bien.» La repetición de este mensaje me calmó. Tras los árboles distinguí una casa reformada, cuya fachada apenas era visible a la luz de la luna que se filtraba entre las

ramas; las ventanas estaban tapiadas con chapas de zinc, y la puerta metálica tenía un candado con cadena. Leif inspeccionó el edificio por fuera y reapareció de nuevo.

—Todo despejado —dijo haciéndole un gesto afirmativo a Caleb.

Los chicos subieron al porche que rodeaba la casa. Michael levantó la chapa de la ventana con su cuchillo, y colocó debajo un desgastado guijarro. Por su parte, Kevin manipuló el candado, pero no consiguió abrirlo.

—Déjame a mí —se ofreció Arden, saltando sobre la barandilla del porche.

Kevin le sonrió, mientras ella movía la ganzúa y abría la cerradura con unos leves giros de muñeca.

—*Voilà!* —La puerta de la casa se abrió de golpe. Los chicos gritaron de alegría, y Aaron y Charlie se pelearon por entrar. Incluso Leif sonrió también cuando nos precipitamos a encender el generador del gobierno. Era igual al del colegio; el ruido aumentó poco a poco y las luces se encendieron una a una hasta que en la habitación se impuso un zumbido pesado y constante.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté a Arden, asombrada.

—Es un truquito que aprendí en el colegio. —Se encogió de hombros con gesto juguetón.

Recorrimos el piso principal, del que se habían retirado los muebles para utilizarlo como almacén. Hasta en el último rincón había exquisiteces que no había visto en mi vida: latas de piña, mangos y una carne enlatada que se llamaba «fiambre de cerdo en dulce». Las paredes de la sala de estar se hallaban cubiertas de estanterías, una de cuyas baldas estaba totalmente ocupada por gran cantidad de jarras de plástico llenas de agua, de color celeste.

Michael se abalanzó sobre una caja de cartón y sacó unos paquetitos blancos, que repartió.

—¡Mmmmm! —dijo metiéndose en la boca la azucarada sustancia roja—. Palitos dulces.

—¡Al ataque! —gritó Caleb desde el otro extremo de la estancia. Trepó por el lateral de los estantes de madera y cogió una caja de lonchas de carne largas y finas, envueltas en plástico amarillo. Aaron se guardó un puñado en los vaqueros.

El atracón continuó casi una hora: cada caja, cada paquete de plástico, cada recipiente contenía otra deliciosa sorpresa. Leif repartió bolsas de tofes de chocolate que se me pegaban al cielo de la boca, y Michael abrió latas de cerveza, que yo solo conocía por haber leído las novelas de Joyce, y las repartió entre los chicos. En mi mente oía la débil voz de la profesora Agnes advirtiéndome: «El alcohol se creó para debilitar las defensas de las mujeres». Pero me tomé un trago.



—No deja de mirarte —me espetó Arden, apoyándose en la pared. Nos sentamos

en un rincón para comer todo lo que pudiésemos. Delante de nosotras teníamos latas de naranjada, gruesas y lustrosas galletas saladas y melocotones en almíbar—. Nunca creí nada de lo que decía la profesora Agnes —aseguró ladeando un poco la cabeza—. Pero tal vez la vieja bruja tuviese cierta razón: hay una especie de locura en los ojos de ese chico; es como si quisiese devorarte el alma o algo por el estilo.

Alcé la vista. Caleb estaba al fondo de la habitación, con los ojos fijos en mí.

—Jolín, Arden —dije, avergonzada—. Déjalo ya. —Pero me seguía obsesionando el recuerdo de sus labios posados en mi frente, y mis brazos rodeándole el pecho.

—Ni jolín ni rayos colorados; es verdad. ¿Qué le hiciste en la habitación? ¡Solo estuve fuera un segundo! —Me dio un codazo, y yo solté una risa nerviosa.

—¡Mirad lo que he encontrado! —gritó Charlie desde el cercano comedor. Retiró un polvoriento paño beis, como si fuera un mago, y dejó al descubierto un viejo piano. Posando los dedos sobre las amarillentas teclas, arrancó unas cuantas notas que sonaban como si estuviera aporreando una lata.

Me recliné en la pared, escuchando los acordes que resonaban en el piso bajo de la casa. Me recordaban los veranos en el colegio cuando la profesora Sheila nos daba clases de piano a Pip y a mí. Me sentaba en el banco ante el instrumento, y tocaba *Sublime gracia* mientras mi amiga daba vueltas detrás de mí, haciendo piruetas a cada estrofa.

Quise explicarle a Arden que, a veces, Pip representaba las palabras: se encorvaba cuando decía «desdicha», o se llevaba la mano al oído al hablar de «sonidos», pero ella miraba absorta las estanterías que teníamos delante, con la mente muy lejos de allí.

—¿Qué ocurre?

—Eve, hay algo que quería contarte. —Se frotó la frente con la mano—. Las cosas que decía en el colegio, ya sabes, las historias de cuando mis padres me llevaban al cine, la cena de Acción de Gracias, el apartamento en la ciudad... —susurró—. Bueno, pues, me las inventé.

—¿Cómo que te las inventaste?

Se miró los pies y, al hacerlo, los mechones de cabello negro le cubrieron la cara.

—Había algo de verdad: yo no era como las demás chicas del colegio —respondió. Tenía los labios muy rojos y agrietados—. Me quedé huérfana antes de la epidemia. No tengo padres, nunca los conocí.

Charlie arrancó unas cuantas notas más al piano, y Arden me observó, esperando mi reacción.

—Entonces, ¿las criadas que te preparaban la ropa por la mañana, el medallón de oro macizo que había prometido regalarte tu madre cuando acabases de estudiar, la casa con piscina y la bañera montada sobre garras de oro... (recordé las historias con las que nos había deslumbrado), todo era mentira?

Ella asintió. Al principio no entendí nada, pero luego me enfadé. Muchas noches, acostada en la cama, había llorado de rabia por no tener lo que Arden poseía. ¡Cuánto hubiese dado porque mi madre me esperase en la ciudad! Era como la ilusión del regalo sin abrir.

—¿Cómo pudiste hacer algo así? —la reprendí.

Se volvió hacia la ventana y contempló su reflejo en el cristal.

—No lo sé.

—Todo el mundo te envidiaba, y tú.

—¡Sí, ya lo sé! —gritó—. Pero todas hablabais de vuestros padres y de vuestra familia. Y yo ni siquiera sabía lo que era una familia. Tuve un abuelo, pero era más cariñoso con su pastor alemán que conmigo. Fue un alivio que se muriese.

La recordé, cuando tenía ocho años, describiendo las fiestas de cumpleaños que su padre le organizaba, su casita en el árbol, cómo su familia «se había situado» en la ciudad antes de que ella se reuniera con sus padres. Arden se mostraba entonces muy contenta y animada.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento muchísimo.

En mi fuero interno quería levantarme, apartarme de ella, pero el dolor de su mirada parecía real y el arrepentimiento sincero. Sí, yo había anhelado reencontrarme con mi madre, cosa que nunca sucedería. Pero al menos tenía recuerdos, imágenes que mi memoria conservaba: cuando ella me cogía en brazos para que alcanzase los bastoncitos de caramelo del árbol de Navidad, o cuando las dos pintábamos con los dedos. Y a diferencia de las de Arden, mis historias eran reales.

—Yo también lo siento —dije, aunque no soportaba mirarla.

Permanecimos un rato sentadas, una al lado de la otra, mientras los chicos devoraban el botín.

—Supongo que lo que intento decir... —Arden rompió el silencio al fin—. Lo que intento decir es gracias. —Sin dejar de mirar al frente, se protegió el cuello con el grueso jersey verde.

—¿Por qué? —pregunté sin poder reprimir la brusquedad del tono.

—Por salvarme la vida. —Me miró al fin a la cara—. Nadie ha sido nunca tan... tan bueno conmigo. —La barbilla le tembló casi imperceptiblemente, y pese a tener los ojos cerrados, le brotaron las lágrimas.

Le di unas palmaditas en la espalda para calmarla. Nunca la había visto disgustada, sino que era de las que tenían a gala no llorar, la que mataba los conejitos, la que nunca se quejaba cuando estaba enferma.

—No te preocupes. —Le acaricié la cabeza, enredándole los dedos en la negra maraña de su melenita—. No tienes nada que agradecerme. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Hizo un gesto dubitativo, como si no estuviese muy segura.

—A veces ni siquiera sabía dónde estaba. Solo recuerdo que me peinabas, me lavabas la cara y... —La voz se le quebró.

La atraje hacia mí y la abracé.

—No pasa nada. En serio. —Sentí su aliento en mi oreja, impregnado de algo húmedo. Su pecho se agitó debajo de mí, y entonces me di cuenta de que estaba llorando con verdadera desesperación. Sus lágrimas me calaron el jersey hasta mojarme los hombros—. No pasa nada —repetí.

—Ya lo sé. —Se sorbió la nariz, sin mirarme a los ojos. Después se apartó y, al secarse las mejillas con las manos, se ensució el contorno de sus enrojecidos ojos de color avellana—. Sí, lo sé.

Durante mi estancia en el colegio, Pip o Ruby siempre velaban por mí: me llamaban para ir a cenar o me alisaban la falda arrugada. Pero cuando huí, únicamente me hablaban los pájaros; los arroyos eran las únicas manos que me tocaban, y el viento el único aliento que limpiaba el polvo de mis ojos. Aprendí el extraño arte de la soledad, la pesada añoranza que viene y va continuamente cuando caminas sola.

Pero Arden dominaba ese arte desde mucho antes, tanto en el colegio, como fuera de él. Lo había dominado demasiado tiempo.

Le apoyé la mano en el hombro y comprendí que me había equivocado: yo sí había sido algo. Para Arden lo había sido todo.

Arden se quedó un rato descansando la frente en mi hombro, hasta que Caleb gritó desde el piano:

—¡Eh, vosotras dos! Dejaos de ñoñerías de chicas. —Me dedicó una sonrisa traviesa y una resplandeciente mirada.

Berkus, un chico mayor de largos cabellos rubios, estaba tocando *Corazón y alma*, sin duda reminiscencia de su niñez. Era una melodía sencilla de notas entrecortadas, muy distinta a los complicados acordes que nos enseñaba la profesora Sheila, cuyo sonido sosteníamos presionando el pedal. Michael y Aaron, detrás de Berkus, acompañaban la melodía con tamborileo de dedos y enérgicos movimientos de cabeza. Incluso la habitual expresión hosca de Leif se dulcificó cuando se apoyó en el piano mientras bebía una cerveza con delectación.

Obligué a Arden a levantarse y le pregunté:

—¿Te acuerdas del vals vienés?

Durante la mayoría de las clases, ella se dedicaba a escribir en su cuaderno y a dibujar viñetas irreconocibles en los márgenes de las páginas. Pero cuando bailábamos, no podía esconderse en ningún sitio, puesto que todas las chicas debíamos bailar en parejas, manteniendo la cabeza muy erguida y los brazos firmes, y deslizarnos por el jardín.

Arden no despegó los labios, pero permitió que la llevase hasta el piano. Berkus tocó la canción de nuevo, y yo abrí los brazos, indicando a mi compañera que posase la mano en la mía. Caleb nos miró con curiosidad. Arden y yo nos adelantamos, y los chicos se separaron mientras yo la guiaba alrededor de la habitación, pisándola al pasar entre las estanterías, muy tiesas las dos, pero riéndonos.

—Corazón y alma —canté—. Allí te vi, corazón y alma, y casi me morí.

—¡La letra no es así! —Arden se echó a reír, ladeó la cabeza y se dejó llevar. Los chicos silbaron cuando la incliné hasta el suelo, sin el menor esfuerzo, y aplaudieron cuando giramos como peonzas. Luego, mientras yo la guiaba hacia la cocina, se puso seria—. Con respecto a lo de antes. —Miró a Kevin que, sin soltar la lata de cerveza, intentaba hacer una torpe pirueta en el suelo—. Creo que aún estoy un poco alterada y que el rollo emocional es la típica consecuencia de.

—Por supuesto. —La interrumpí—. No te preocupes. —Nos quedamos en silencio un buen rato, aunque las notas del piano resonaban entre nosotras mientras danzábamos de nuevo hacia los chicos, a paso más lento. Al fin me sonrió con un gesto de agradecimiento.

Cuando dábamos la última vuelta, animadas por la música y los aplausos, Caleb se nos acercó con paso airoso. Detrás de él, Michael y Charlie ensayaban

movimientos desquiciados; Michael, por ejemplo, giraba de espaldas en el suelo.

—¿Podría bailar contigo? —preguntó Caleb, tendiéndome la mano con la palma hacia arriba.

—Pues. ¿Tú crees que podrías? —repliqué, incapaz de contenerme. Se trataba de la típica metedura de pata gramatical en la que las profesoras siempre insistían en el colegio.

Él me cogió la mano y tiró de mí, atrayéndome hacia sí. Los chicos nos animaron. Aaron se llevó los dedos a los labios y emitió un sonoro silbido.

—Yo creo que sí. —Sonrió apretando su cuerpo contra el mío.

Apoyé la barbilla en su hombro cuando Berkus cambió los acordes de *Corazón y alma* por una melodía más lenta y seductora. Caleb me ciñó la cintura y me acarició la espalda; notaba su cálido aliento en el cuello. No bailaba mal, pero me resultaba raro que alguien me guiase. Siempre había sido yo la que marcaba el paso y la que dirigía, dando pie a que mi pareja realizara rápidos y elegantes giros.

—¿Te alegras de haber venido? —me susurró.

Los chicos nos miraron un rato hasta que comprendieron que no había nada especial que ver, sino solo giros de un lado para otro y algún pisotón de vez en cuando. No era la perfecta exhibición que habíamos ofrecido Arden y yo.

—Mucho —respondí.

Berkus abandonó el piano y salió al porche. Algunos de los presentes, incluida Arden, lo siguieron y se dirigieron a la improvisada piscina exterior.

—Yo también me alegro. —Adaptó su cuerpo, acercándose aún más, para que ambos encajásemos perfectamente. Bajé la vista, y la habitación desapareció. No sentía nada más que el calor de su pecho contra el mío. ¡Qué fácil sería seguir allí, de aquella manera, vivir de día en el refugio y acompañarlo en los saqueos nocturnos! Las ideas bullían cuando mi mente se serenaba, y las imágenes se superponían: Arden y yo nos ocuparíamos de Benny y de Silas, de que se lavasen las manos y de que aprendiesen a leer y a escribir; les daríamos clase a todos hasta que escribiesen largos párrafos en las paredes de barro y les explicaríamos el argumento de *El cuento de invierno*. Gracias a sus nuevos conocimientos, los chicos mayores podrían organizarse, enviar mensajes a otros huérfanos huidos y hacer planes de mayor envergadura con Moss.

En cuanto a Caleb y yo. Lo único que quería era seguir así: apoyar la barbilla en su hombro, notar su mano en mi espalda y experimentar la delicia de estar juntos, mientras nuestros cuerpos hablaban incluso en silencio.

—He estado pensando en... —dije levantando la vista para mirarlo.

Fuera, Michael saltó en el aire desde el podrido trampolín.

—¡Al ataque! —gritó, provocando un enorme chapoteo. Entonces se quitó una porquería verdosa de la cara mientras se acercaba a la oxidada escalerilla—.

¡Animaos, el fango está calentito!

Caleb se rio y se volvió para mirarme.

—¿En qué has estado pensando?

—En Califia —respondí con un hilo de voz debido al nerviosismo—. Me parece inútil recorrer un camino tan largo ahora y arriesgar la vida cuando Arden y yo podríamos vivir en el refugio. Aquí estaríamos a salvo. Ella me ayudará a enseñar a los chicos y... —Lo miré a los ojos, llena de esperanza—. Y tú y yo estaríamos juntos.

Él se puso tenso y, retrocediendo, se apartó de mí.

—Eve.

Percibí cada milímetro que nos separaba, un espacio que se agrandaba. ¿Acaso no me había entendido? Carraspeé.

—Quiero quedarme. Quiero vivir en el campamento contigo.

Se frotó la nuca suspirando.

—No me parece buena idea. —Bajó la voz y miró hacia afuera, hacia el podrido porche donde los chicos jugaban a ver quién era el valiente que se atrevía a saltar.

—Los hombres del rey te persiguen. Si nos encuentran... castigarían a los chicos. Y, además, aquí tampoco estarías completamente a salvo.

Me alejé, acrecentando el espacio que nos separaba. Sentí cada palabra como un mazazo en el pecho, golpeando la puerta de mi corazón, que se había encerrado en sí mismo y quedado insensible.

Caleb no me quería a su lado.

Pues claro que no me quería. Daba igual cómo lo dijese, ni qué palabras utilizase para explicarlo. Cerré los ojos y vi a la profesora Agnes temblándole las manos. «Él no me quería.» Miraba por la ventana mientras las lágrimas se le deslizaban por las profundas arrugas del rostro como si él la hubiese abandonado hacía un momento. «¡Qué tonta fui! Nunca me quiso.»

Caleb me cogió por el brazo, pero me solté.

—No me toques —farfullé apartándome.

Era un hombre, era como todos los hombres, con sus defectos y sus ridículas mezquindades. Y le había permitido que me abrazase, que me besase; había cedido a la tentación. ¡Qué tonta había sido!

—Entiendo muy bien lo que ocurre. Para ti era un juego, ¿verdad?

—No, no me has escuchado —replicó negando con la cabeza y palideciendo—. Quiero que te quedes, pero no puedes... porque no es seguro. —Me tendió la mano, pero la esquivé—. «Deseas creer las mentiras —había dicho la profesora Agnes—. La culpa es del crédulo por creer.»

—¡Déjame en paz, por favor! —grité cuando hizo amago de acercarse. Mi voz retumbó en el vacío almacén. Charlie, que estaba apoyado en el marco de la ventana,

se volvió, y los chicos del porche nos miraron.

—Ya hablaremos de esto después, cuando volvamos al refugio. Me importas, pero.

—No te importa nada más que tú mismo —le espeté.

Eché la cabeza hacia atrás como si lo hubiese abofeteado. Se dio la vuelta despacio, salió al porche y desapareció entre los demás. Los chicos murmuraron entre sí y se acercaron de nuevo a la piscina y saltaron a las oscuras aguas.

Me pareció que, de pronto, la habitación se engrandecía, y al marcharse él, el ambiente se enfrió. Me senté ante el piano y pulsé un largo y rasposo do. Cerré los ojos mientras las notas de la sonata *Claro de luna* de Beethoven resonaban en la estancia, tensas y desafinadas. Cuando abordé la segunda estrofa, se me anegaron los ojos en lágrimas. Dejé de tocar y me las enjuagué.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó alguien detrás de mí. Leif bajaba la escalera, cuyo entarimado crujía a cada paso. Sin darme tiempo a responder, se sentó junto a mí en el combado taburete.

—Nada —me apresuré a decir y, mirando hacia el piso superior, pregunté—: ¿Qué hacías ahí arriba?

Él hundió las uñas en la lata de cerveza hasta que el metal se dobló.

—Mirar, nada más. —Hizo una mueca.

Me había acostumbrado a su presencia en el campamento, a pasar rozándolo por los estrechos pasillos o a saludarlo con un gesto. Pero en ese preciso instante nada me apetecía menos que hablar con otro hombre. Seguí tocando e intenté ignorarlo, pero sacó un papel del bolsillo y lo puso delante de mí, como si fuera una partitura.

Mis dedos se paralizaron sobre las teclas.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunté cogiendo el papel.

ÚLTIMA HORA:

SE HA VISTO A EVE CAMINO DEL NOROESTE,
EN LA ZONA DEL LAGO TAHOE.

MONTA A CABALLO CON OTRA MUJER Y UN HOMBRE,
DE ENTRE DIECISIETE Y VEINTE AÑOS.

QUIEN LA VEA, COMUNÍQUELO AL
PUESTO DE VIGILANCIA DEL NOROESTE.

EVE DEBERÁ COMPARECER DIRECTAMENTE
ANTE EL REY.

—Puedo explicártelo. Yo.

—Tranquila. —Leif apoyó el brazo en el borde del piano, tomó otro sorbo de

cerveza y me clavó la mirada—. Técnicamente yo también soy un fugitivo. Al rey le encantaría que volviese y que acarreará bloques de cemento a la espalda como un burro.

Estrujé el papel. No sabía si darle las gracias o disculparme. Yo, una desconocida, me había introducido en su campamento, poniéndolos a todos en peligro, y había mentido.

—Lo único que pretendíamos era hacer un alto para descansar de camino a Califia.

Leif me evaluó de arriba abajo, pero ya no había censura en su mirada, sino interés.

—Eres la última persona que imaginaría perseguida por el rey. ¿Qué hiciste? ¿Mataste a un guardia, o secuestraste a una profesora? No te buscan solo por huir. — Sonreía con expresión traviesa. No me parecía que fuese motivo de orgullo matar a alguien, pero él estaba fascinado: la imagen que tenía de mí había cambiado de repente y los nuevos matices daban lugar a una inesperada profundidad.

—Prefiero no decirlo. —Me puse nerviosa al pensar en la ciudad y en el hombre cuyo rostro presidía los salones del colegio, encuadrado en marcos dorados.

Leif pulsó las teclas con fuerza, arrancando notas que resonaron en el silencio, y dijo:

—Conozco las atrocidades que cometen, tal vez mejor que nadie. Es una tortura vivir como comadreas bajo tierra, sabiendo que en la Ciudad de Arena todo son fiestas, centros de vacaciones y piscinas llenas de agua purificada. Y ni siquiera te imaginas los campamentos. —Dejó de jugar con las teclas y fijó la vista en un reloj que había sobre el piano. La humedad cubría la esfera, y las manecillas se habían detenido a las 11:11 horas—. Yo tenía un hermano, que se llamaba Asher.

—Ya lo sé —dije con amabilidad. Los sonidos del exterior llegaron hasta nosotros: los chicos correteaban por el bosque, jugando al pillapilla con gran alborozo—. Caleb me contó. —Miré hacia la ventana, pero no vi a Caleb; todo estaba oscuro.

Leif deslizó los dedos sobre el piano, siguiendo las vetas de la madera.

—Asher. Hace mucho tiempo que no pronuncio su nombre —susurró, casi para sí—. Nuestra madre nos tocaba el piano. Recuerdo que nos metíamos debajo de la mesa del comedor y veíamos los pies de nuestro padre sobre el sofá mientras leía y los de mi madre apoyados en los pedales. Jugábamos con nuestros coches de plástico cuando ella tocaba. —Cogió la lengüeta de la lata y la movió de un lado para otro—. ¿Has pensado alguna vez en cómo eran las cosas antes de la epidemia? —me preguntó.

Sentí una opresión en la garganta al acordarme de cuando mi madre y yo, cogidas de la mano, recorríamos los pasillos del supermercado; o cuando ella me besaba muchas veces las plantas de los pies, o cuando yo me escondía en su armario, entre

vestidos y ropa interior que conservaba aquel olor suyo tan especial, y la observaba mientras se cambiaba.

—Sí —respondí—. A veces.

«Continuamente —pensé—. Continuamente.»

Él frunció los labios, como si pensase en lo que yo acababa de decir, y deslizó los dedos sobre las teclas, tocando notas al azar.

—Ta, ta, ta... —cantó lentamente, casi con miedo. Entonó unas cuantas notas más, en un hilo melódico que me sonó familiar—. ¿Conoces la pieza?

—Es el *Canon* de Pachelbel —respondí tocando las primeras notas. A pesar del desafinado instrumento, resultaba reconocible—. Lo aprendí en el colegio.

—Mi madre siempre lo tocaba. —Sonrió a la pared, aunque era evidente que miraba más allá, a una imagen totalmente distinta.

Seguí tocando, inclinada sobre el piano, mientras las estrofas se sucedían. Sentí el peso de las horas anteriores con una densa melancolía que lo contaminó todo: veía a Caleb en la orilla del lago, y percibía el silencio de la habitación cuando nuestros labios se fundieron, los latidos de su corazón bajo la camisa, el baile. De repente todo era distinto, lo veía ahora bajo una luz de diferente color. No estaría con él, ni en el refugio ni en ningún otro lugar. Arden y yo nos marcharíamos pronto, tal vez al día siguiente. Y todo acabaría ahí.

«¿Qué gané yo con aquello? —había preguntado la profesora Agnes sin dirigirse a nadie en particular—. ¿De qué me sirvió?»

El almacén estaba tranquilo, y la luz que entraba por las ventanas proyectaba sombras en las estanterías, llenas de mantas viejas y material médico. Pasamos la noche allí: los chicos amontonados en el piso de abajo, y Arden en la habitación contigua a la mía.

Me moví incesantemente, di vueltas, la emprendí a porrazos con los edredones y las almohadas llenas de bultos de mi improvisada cama, sin dejar de pensar en Caleb, en nuestra conversación y en su huida al porche. Tras dejar ante el piano a Leif, que me estrechó la mano con agradecimiento, encontré a Arden junto a la piscina. Mientras los chicos se iban rindiendo, abrumados por la acumulación de cerveza y azúcar, Caleb me miraba desde lejos, sin decir nada. Arden me llevó al piso de arriba, cubrió el entarimado del suelo con almohadas y me sugirió que durmiese, pero no pude. No pude en toda la noche.

Pasaron las horas. Fuera solo se oía el viento entre los árboles y de vez en cuando el crujido de una rama. Me cuestioné si me habría equivocado. Tal vez había sido un acto reflejo, como en las revisiones médicas del colegio, cuando mi pierna daba un brinco si la doctora me golpeaba la rodilla con un martillito. Caleb se había referido a mi seguridad; había dicho que yo le importaba. Pero yo grité y lo espanté. ¿Qué habría ocurrido si él hubiese continuado hablando? Estaba recordando todos esos momentos, evocando su imagen, cuando se abrió la puerta y apareció alguien tras los estantes de madera.

—Eve.

—¿Caleb? —repuse incorporándome.

Tropezó, y varias cajas cayeron al suelo. Avanzó a gatas, dobló una esquina y se arrodilló junto a mi cama. Entonces me cogió la mano.

—Sobre lo de antes... —balbuceé, pero el silencio se impuso entre nosotros.

Me estrechó la mano y, de pronto, lo sentí muy cerca de mí, sus labios sobre los míos. Le correspondí, pero no hubo tierna entrega, sino solamente urgencia. Me empujó y me obligó a echar la cabeza hacia atrás. Abrí los ojos, aunque apenas distinguí su cara a la luz de la luna, absorta en la concentración. Pero percibí la aspereza de sus manos en mi piel, y todo se me antojó extraño, terrible... retorcido.

Traté de liberarme y, al moverme, le rocé el grueso moño recogido en la nuca.

—¡No! —chillé apartando la cara—. ¡No! —Pero Leif me empujó de nuevo, se acostó a mi lado en el suelo, y el suelo crujió bajo su peso.

Su boca cubrió mis labios, y saboreé el amargo poso del alcohol de su lengua. Recorrió con las manos mis hombros y mis brazos. Traté de gritar de nuevo, pero su boca cubría la mía. No pude articular ningún sonido.

Peleé. Mis puños chocaron contra su pecho, pero él me atrajo hacia sí. Seguía besándome, y la espesa baba que le salía de la boca se deslizaba por mi barbilla. Me revolví y moví los hombros, intentando huir. Pero, hiciera lo que hiciese, me dominaba y no conseguía desprenderme de su aliento, caliente y rancio, sobre mi piel.

Me habían robado muchas cosas: a mi madre, la casa de tejas azules en la que había dado mis primeros pasos, los lienzos amontonados en las paredes del aula. Pero esto era lo más doloroso de todo: que me arrebatasen totalmente el control.

«Ni siquiera tu cuerpo es tuyo», quería decir Leif a cada urgente embestida.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y se me encharcaron en las orejas. Me besó en el cuello mientras sus manos me recorrían todo el cuerpo, y el miedo se apoderó de mí hasta el punto de que no me dejó opción: tenía que entregarme. Me retraje y dejé de mover los pies. Me ahogaba mi propio pánico.

Oí un lejano murmullo de voces.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien—. La he oído gritar.

—La brillante luz de una linterna iluminó primero mis piernas, luego mi rostro bañado en lágrimas y, por último, a Leif, que tenía los ojos entrecerrados.

—Mala bestia —gruñó Caleb, cogiéndolo por los sobacos y arrojándolo contra una estantería. Ante el impacto, las cajas metálicas cayeron y se desperdigaron por el suelo cientos de fósforos.

Aaron y Michael aparecieron en la puerta, y sus linternas iluminaron la oscuridad. Leif se puso en pie con dificultades, arremetió y estampó un hombro en las costillas de Caleb, que hizo un gesto de dolor al tiempo que empujaba a su atacante contra la pared.

—¡Basta, Leif! —gritó, pero este le propinó un puñetazo en la barbilla. Yo me refugié en un rincón de la habitación, encogida, sintiéndome atrapada.

Leif se tambaleó, atontado por el alcohol, y farfulló:

—Venga, siempre has querido mandar. —Mechones de negros cabellos le cubrían el rostro, y me pregunté si habría dormido algo o si habría dedicado el tiempo a trasegar las últimas latas de cerveza—. Así que ahora eres el jefe; haz lo que te plazca.

Señaló la puerta con violencia, donde, deseosos de saber qué ocurría, se apretujaban los restantes chicos a los que el alboroto había despertado. Kevin se recolocó sus gafas rotas, como si quisiera cerciorarse de lo que estaba viendo.

Leif, con los brazos en jarras, dio vueltas alrededor de Caleb. La persona que se había sentado a mi lado en el taburete del piano, disfrutando con la música, ya no existía. Algo se había apoderado de él, algo aterrador y primitivo.

—Venga —repitió acercando la cara a la de su oponente—. Ahora tienes ocasión de convertirte en un hombre.

Caleb se abalanzó sobre él. Con un veloz movimiento le agarró el brazo, se lo retorció y lo tumbó al suelo. Leif cayó como un peso muerto y, al golpearse la mejilla contra el entarimado, sonó un horrible ¡crac! Un charco de sangre se esparció por debajo de su cara y, a pesar de la oscuridad, vi que tenía un labio roto.

—Ella quería estar conmigo. —Escupía sangre al hablar, cubriendo el suelo de gotas sanguinolentas—. ¿Por qué crees que se sentó a mi lado hace un rato? ¿Por qué piensas que hablaba conmigo? Me quería a mí. A mí, no a ti. —Había una mezcla de certidumbre y rabia en su voz. Me escabullí todavía más y me acurruqué contra la pared, temiéndolo incluso en aquel momento, en que era un cuerpo sin fuerzas tirado en el suelo.

Caleb me miró, contrayendo el rostro ante la confusión, e inquirió:

—¿Es eso cierto?

Me temblaban violentamente las manos y no pude reprimir un mar de lágrimas. Lo que Leif había hecho era horrible. Y sin embargo... me había sentado junto a él al piano y había tocado una canción; había permitido que su hombro rozase el mío mientras me hablaba de su familia, y consentido que me cogiese la mano. ¿Acaso le había ofrecido una invitación tácita, o mi amabilidad se había confundido con otra cosa?

—No lo sé —respondí cubriéndome la boca con la mano.

—¿Cómo que no lo sabes? —insistió Caleb. Estrujó el brazo de Leif, aplastándolo contra el suelo, y me lanzó una mirada fulminante; la delicadeza que tanto me gustaba le había desaparecido del rostro. Deseaba que se callase, que mirase hacia otro lado, que me diese un momento de respiro.

No obstante, continuaba sin apartar la vista de mí, esperando una respuesta. Sollocé, pero me ahogaba a consecuencia del incontenible llanto.

—¡Eve! ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien? —Arden se abrió paso entre el grupo de chicos y se me aproximó corriendo. Me levantó del suelo, sujetándome por un pequeño roto del jersey—. Oí ruidos y... —Se calló al ver la expresión de Caleb. Movié la cabeza de un lado para otro de forma casi imperceptible, con un gesto que equivalía a un rotundo «no».

Caleb se puso en pie, dejando a Leif en el suelo sobre el negruzco charco de sangre, se abrió paso entre Michael y Aaron y bajó la escalera sin mirar atrás.

—¡Caleb! —chillé calmándome ante su repentina marcha. Todos los presentes se apartaron para dejarme pasar y fui tras él, pero cuando llegué abajo, lo único que encontré fue el aire viciado de siempre y el crujido de los desperdicios al caminar. El almacén estaba a oscuras, de modo que fui a tientas, buscando la salida—. ¡Caleb! —lo llamé de nuevo.

Por fin distinguí los magníficos árboles que se veían desde la entrada principal. Ahí mismo, en el claro, Caleb estaba montando a *Lila*, que era una oscura silueta bajo

el cielo tachonado de estrellas.

—¡No te vayas, por favor! —grité, y salí afuera. Pero él, manejando las riendas, ya estaba haciendo girar a su montura.

Clavada en el suelo, me quedé observándolo y no me di cuenta de que Arden estaba a mi lado, ni oí las voces de Kevin y Michael que lo llamaban desde la ventana de arriba pidiéndole que regresara.

La tristeza me invadió, mientras Caleb cabalgaba por los bosques y se convertía en un puntito en el horizonte, hasta que la oscuridad lo engulló por completo.

—Deberíamos irnos —susurró Arden. Estábamos en nuestra cavernosa habitación subterránea—. Retomemos el camino hacia Calafia. Esto ya no es un lugar seguro.

Habíamos abandonado el almacén antes del amanecer, después de haber cargado los caballos con sacos de golosinas, linternas, mantas y leche condensada.

Leif, que llevaba el rostro vendado en algunas zonas a causa de los golpes de la noche anterior, era en todo momento una presencia amenazante. Me estremecía al recordar la presión de sus labios contra los míos y el olor amargo a cerveza de su aliento; y seguía viéndole la cara a la luz de la linterna, los ojos cerrados y el cuerpo, como una piedra, aplastándome con su peso. Al regresar al refugio, comprobamos que la habitación de Caleb se mantenía intacta: había pilas de libros raídos; la fina manta roja cubría la cama y el cojín del sillón, que seguía estando en el rincón habitual, conservaba todavía la huella de su cuerpo.

—No podemos irnos sin más ni más —afirmé apoyando la espalda en la fría pared de barro. Parte de mí se aferraba a la idea de vivir allí; la ligazón aún no se había deshecho—. Al menos hasta que Caleb regrese.

Arden se mesó los cabellos, tirando de las enredadas puntas, y sentenció:

—No me gusta cómo nos mira Leif. —Tenía las ojeras un poco hinchadas, rastro de la pasada noche, pues había permanecido despierta hasta muy tarde, bloqueando la puerta con una estantería volcada y vigilando, hasta que por fin me dormí.

—No quiero marcharme así. —Mis recuerdos giraban en torno a la velada en el almacén, en especial cuando me aparté de los brazos de Caleb. En realidad no habíamos discutido nada; estaba demasiado afectada para pensar con claridad. Más tarde Leif se sentó a mi lado y sus dedos acariciaron la madera del piano, pero confundió mi amabilidad con una insinuación. Ojalá no se me hubiese ocurrido pronunciar aquellas tres fatídicas palabras: «No lo sé».

Sí que lo sabía, pero era imposible explicar todas las extrañas emociones que había experimentado la noche anterior. Acudieron a mí con tanta rapidez que no tuve tiempo de discernirlas, de considerarlas e interpretarlas como lo que eran.

Pero en ese momento, sentada en la caverna junto a Arden, tenía una cosa cada vez más clara:

—No quiero estar con Leif.

La expresión de mi compañera se dulcificó. Me abrazó con cariño, y sus brazos me limpiaron de todo sentimiento de culpa.

—Pues claro que no. Eso estaba fuera de duda.

Recostada contra el hombro de Arden, impregnándome del olor a humedad de su jersey, le dije:

—Pero no soporto que Caleb piense que yo sería capaz de.

—Lo sé, lo sé —aseguró Arden, acariciándome la espalda.

Me enjuagué las lágrimas. Cuando estaba en sexto curso, me enfadé muchísimo con Ruby porque le había comentado a Pip que yo me dedicaba a «alardear» de mis notas. Pero en vez de decir cómo me sentía, opté por no hablarle durante dos semanas. Dejé que la herida se infectase y creciese, agrandando el silencio entre nosotras. Aprendí entonces una lección fundamental: que una relación entre dos personas se juzga a partir de la lista de cosas que ambas callan. En ese momento deseaba ver a Caleb, aunque no fuese más que para explicarle mis sentimientos y decirle cuánto me habían dolido sus palabras, lo agradecida que estaba por lo que había hecho, que tenía miedo y estaba confusa y que no era a Leif a quien quería.

A pesar de mí misma y a pesar de las horas que había dedicado al estudio de la asignatura «Peligros a causa de chicos y hombres», sentía algo por él; solo por él.

Continuaba apoyando la cabeza en el hombro de Arden cuando la habitación empezó a temblar, y unas leves sacudidas agitaron mi pecho.

—¿Qué es eso?

—¡Un terremoto! —gritó Silas que pasó corriendo ante nuestra habitación de la mano de Benny. Estuvo a punto de tropezarse con los pantalones, excesivamente grandes, sujetos a la cintura con una cuerda y que le llegaban hasta los pies—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Algunos chicos pequeños aparecieron en el tortuoso corredor, formando una fila, como si hubiesen practicado la maniobra varias veces.

—¿Un terremoto? —dije palpando la inestable pared—. No puede ser. —Los habíamos experimentado en el colegio, llevándonos un sobresalto que a veces nos despertaba en plena noche. Pero aquella vibración era más sutil y no tenía la potencia de un fenómeno de ese tipo.

—Será mejor que no esperemos a averiguarlo —sugirió Arden, empujándome hacia la puerta.

Seguimos a los niños que recorrían el refugio, hasta que salimos por fin al claro rocoso de una de las laderas del monte. Allí, sobre un gran montículo de tierra, había un gigantesco camión negro, cuyas ruedas medían más de un metro de altura. El motor rugía de tal manera que apenas se oía nada más.

—¡Qué guay! —exclamó Silas. Bajo la espléndida luz matutina, se le apreciaba la piel mucho más pálida que la de los demás, pues no estaba acostumbrado al sol. Se tapó los oídos con los dedos.

Benny me sonrió, dejando al descubierto la incompleta dentadura.

—¡Qué camión tan grande! —se admiró.

Pero yo sentí un miedo creciente al ver una borrosa figura en el asiento delantero. Aquel enorme vehículo, de laterales salpicados de fango y un hundido parachoques

frontal, no se parecía a los todoterrenos del colegio. Los únicos automóviles que había visto pertenecían al gobierno. El rey racionaba el combustible, y era casi imposible obtenerlo sin su consentimiento.

Algunos chicos mayores que habían ido a cazar regresaron al percatarse del alboroto, y se acercaron montados a caballo. Leif estaba entre ellos, con aire sereno. Me sentí aliviada cuando Michael, Aaron y Kevin se apearon de las monturas y rodearon el camión, apuntando a la cabina con las lanzas.

Por fin, desde el interior del vehículo, alguien desconectó el motor, aunque en mis oídos continuó resonando un incómodo zumbido.

—¡Bajad las armas! —ordenó Leif, y los chicos le obedecieron.

La puerta lateral del camión se abrió y una gigantesca bota de puntera metálica pisó el suelo de gravilla. Retrocedí al ver al hombre: medía más de un metro ochenta, y los cabellos engominados le caían sobre los hombros; llevaba una vieja cazadora de cuero negro, y el sudor descendía desde su frente hasta el pañuelo que le ceñía el cuello. Me miró a los ojos y sonrió con un gesto que me sumió en el pánico: sus dientes eran raíces partidas y amarillentas.

Abrazándose a mis piernas, Silas preguntó:

—¿Quién es?

Pero el hombre ya se dirigía hacia mí, frunciendo los mugrientos labios. Los mayores permanecieron al borde del claro, observándolo, sin saber qué hacer. No se detuvo hasta que llegó a mi altura, tapándome con su enorme sombra.

—Hola, preciosidad —me susurró al oído.

Retrocedí, pero me sujetó por el brazo y me atrajo hacia él. Tenía la ropa empapada de fango y sudor rancio. Su olor me revolvió el estómago.

Michael y Kevin se acercaron, y este último, apuntando la lanza contra la garganta del hombre, le gritó:

—¡Apártate de ella!

Pero el individuo le arrebató el palo de madera, apretó el puño y, dirigiéndose a Leif, preguntó:

—¿Es ella?

El rostro de Leif no se alteró.

—El rey la busca —anunció mirando a los chicos. Me quedé de piedra al oírlo. La verdad se volvía contra mí: la humillación que Leif había sufrido la noche anterior se había transformado en algo siniestro—. Es una fugitiva y nos ha puesto en peligro a todos. Fletcher la entregará a los soldados.

—¡De eso nada! —chilló Arden, aplastando las manos contra el pétreo costado del hombre. Intenté soltarme, pero la presión del gigante me retorció la muñeca. Al mismo tiempo aquel tipo agarró el delgado brazo de mi amiga, mientras ambas tratábamos de liberarnos de él.

—Dos por el precio de una —se burló el hombretón, escupiendo y arrastrándonos hacia el vehículo.

—¡No! ¡No dejes que se vaya! —suplicó Benny—. ¡Por favor, Leif!

—No puedes permitir algo así —le espetó Michael, enarbolando la lanza.

—¡Basta! —gritaron los nuevos cazadores, mientras Silas corría detrás de mí, con las manitas aferradas a mi desgastado jersey gris. Dominada por el pánico, solo vi retazos: el rostro acongojado de Benny, Kevin que avanzaba, Aaron que caía al suelo, sangrando por un costado. Arden le mordió la mano a Fletcher, y de pronto vi lo que había en la parte trasera del camión: una jaula en la que una pobre chica gritaba entre los barrotes.

Leif también la vio, y su expresión cambió: sujetando la mano de Fletcher con la que tenía cogida a Arden, murmuró:

—Un momento. —Se acercó al camión y golpeó el vehículo con frustración—. ¿Quién es esa? ¿Qué ocurre?

Fletcher no se inmutó. Nos empujó, arrastrando nuestros pies por las piedras, y le espetó:

—Querías que se marchase y se marcha. ¿Qué más te da adónde?

Sentí náuseas y a punto estuve de vomitar el desayuno de huevos de codorniz. Conseguí evitarlo, pataleé y forcé el brazo, tratando de soltarme. Sin duda Leif había llegado a un acuerdo perverso, pero el asunto se le estaba escapando de las manos.

—¿Dónde están los medicamentos? ¿Y el pago? —exigió Leif con el rostro congestionado. Michael y Aaron lo siguieron, enarbolando las lanzas. Cerré los ojos, esperando que los chicos luchasen, pero el gigantesco bruto sacó una pistola del cinturón y disparó al aire. Los chicos retrocedieron, sorprendidos por el sonoro ¡pam! del disparo.

—Y ahora prestad atención —gruñó Fletcher, que carraspeó y lanzó un horrible escupitajo verduoso al suelo—. Este es mi botín y me lo llevo, y si tengo que matar a alguien, lo haré sin pestañear. ¿Entendido?

Silas se cubrió la boca con la mano y gimió sin apartar los ojos de mí, mientras el gigante me arrastraba hacia el camión, insensible a mis pies ensangrentados.

Arden chilló y aplastó los puños contra el grueso brazo del cazador de recompensas.

—¡Animal! —gritó—. ¡Suéltame, bestia asquerosa!

Continuó debatiéndose y gritando, sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo, pero yo sabía que todo había acabado. Nuestros puños no conseguirían nada contra una pistola. Los cazadores contemplaron sus armas, sintiéndose traicionados; las lanzas parecían ridículas en aquel momento.

No podía apartar los ojos de Silas y Benny, de sus cuerpecitos estremecidos por el llanto. Benny tiró tan fuerte como pudo de la mano de Leif, pero este siguió mirando

al frente, escudriñando el paisaje con atribulada mirada.

—¡No pasa nada! —les grité a Benny y Silas, tratando de sonreír a pesar del pánico—. Estaré perfectamente. No os preocupéis por mí. —Confiaba en que me creyesen.

Fletcher abrió el candado del camión y, encañonándonos con la pistola, nos indicó que entrásemos. Al subir, sentí el áspero roce de su mano en mi piel. La parte de atrás del camión estaba recalentada por el sol de mediodía. La chica, arrinconada en el suelo, tenía los delgadísimos brazos cruzados sobre el pecho. Aterrada, saltó como un resorte cuando la jaula se abrió.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó extendiendo las manos entre los barrotes hacia Michael y Aaron.

Ellos miraron simultáneamente a la muchacha y la pistola, e hicieron ademán de adelantarse, pero Leif los detuvo, poniéndoles la mano en el pecho.

—¡Has sido tú, Leif! —gritó Arden, acercando la cara a los barrotes y amenazándolo con un dedo—. Esto es culpa tuya.

Fletcher subió al camión.

—¡Tienes que pagarnos! —le exigió Leif—. ¡Ese fue el trato! ¡Confié en ti! —Se dirigió a la cabina y aporreó con los puños la destartada puerta.

Fletcher miró por la ventanilla; en el cristal había un agujero de bala.

—Esto es la selva. —Mostrando la pistola, añadió—: No te fíes de nadie, chico. —Sonrió (los agrietados labios le sangraban), y encendió el motor.

Me agarré a los delgados barrotes y los empujé, esperando que cediesen bajo mi peso. El sol me quemaba la piel, la jaula era demasiado pequeña, la manta del rincón estaba manchada de vómitos. Los gritos de Arden me estremecieron y redoblaron mi tristeza: Leif nos había traicionado y Caleb se había ido. Todo el tiempo que había dedicado por la noche a pensar si debía quedarme o no, y hasta cuándo, había sido inútil. ¿Qué quería yo? ¿Y Caleb qué quería? Ya no importaba nada.

Nos íbamos. Alguien había decidido por mí. Di patadas a la puerta de la jaula y arañé la cerradura con las uñas. Lloré, chillé e imploré, pero nada, absolutamente nada, podía alterar aquella situación.

El camión descendió por el rocoso precipicio, mientras dábamos tumbos dentro de la jaula. Los chicos mayores retrocedieron y trataron de llevarse a Benny y a Silas hacia el campamento, mientras el enorme vehículo culebreaba, dirigiéndose hacia el lago. No aparté la vista de los chicos: de Aaron que, aferrado al brazo de Leif, le rogaba que hiciese algo; y de Kevin, que arrojó su lanza al aire, pero cayó a tres metros de la cabina del camión. Seguí mirando el refugio y su oscura boca detrás de la maleza.

Leif sujetó a Benny por los hombros para retenerlo, pero el niño se zafó y corrió tras el camión, agitando los bracitos y las piernas con furia.

—¡Te quiero! —gritó cuando estaba apenas a tres metros. Agarré los barrotes y se me quebró la voz.

—¡Te quiero! —clamó Silas, que lo seguía.

Ambos continuaron corriendo como locos detrás de la jaula. Vi el movimiento de sus boquitas, repitiendo las mismas palabras mil veces, mientras el camión cabeceaba por el bosque, hasta que los cuerpecitos desaparecieron, inalcanzables, detrás de los árboles.

El camión ascendió por el laberíntico paisaje, entre campos de maleza y matorrales; por fin llegamos a una carretera destrozada. Aceleró la marcha, y el polvo se acumuló en el guardabarros. El sol recalentaba la jaula metálica de tal modo que resultaba doloroso tocar los barrotes.

Al cabo de una hora no reconocí el bosque que se extendía un poco más lejos del pedregoso camino. Incluso el cielo mostraba un aspecto desconocido: una gran extensión azul solitaria y sin pájaros.

—Lo sabía —exclamó Arden al cabo de un rato (una fina capa de tierra le cubría la piel)—. Leif quería vendernos, pero ¿a cambio de qué? —Con la mano, intentó protegerse los ojos del sol—. ¿A cambio de unas cuantas medicinas y una parte del dinero del rescate?

—Quería que me fuese —repliqué—. Dudo que le importasen los medicamentos.

Me hubiera gustado saber cómo había ocurrido: si había registrado el almacén en busca de una radio, o tal vez la había encontrado por casualidad al buscar vendas para frenar la hemorragia de su boca.

También me hubiera gustado saber cuándo se enteraría Caleb de que me habían capturado. ¿Se apearía del caballo al ver a Benny y a Silas llorando en la entrada del refugio? ¿Se arrodillaría para inspeccionar los largos surcos producidos por mis pies al arrastrarme, y se enfrentaría a Leif? ¿Me echaría de menos? ¿Le importaría?

Ya daba lo mismo. Todo se había terminado. No había forma de escapar de los barrotes, ni del ardiente sol, ni del hombre de amarillentos dientes partidos. Estaba atrapada otra vez; nuevos muros me encerraban para llevarme hasta el rey. Las puertas de la ciudad se abrirían y se cerrarían detrás de mí: otra jaula.

Jaula tras jaula, sin remisión.

Tras los barrotes, el mundo se movía con rapidez, más veloz que antes: árboles, flores amarillas en los márgenes de la carretera, casas viejas de tejados derrumbados. Vi ciervos, conejos, bicicletas dobladas, coches oxidados y perros salvajes. Todo discurría ante mí a excesiva velocidad, como el agua por una cañería.

«Voy a la Ciudad de Arena —pensaba una y otra vez, como si la repetición pudiese insensibilizarme—. Me entregarán al rey. Nunca volveré a ver a Caleb.»

Arden contemplaba el paisaje hecha un mar de lágrimas. Había intentado librarse del colegio con todas sus fuerzas y había recorrido tanto camino... ¿para qué? ¿Para acabar metida en aquella jaula por mi culpa?

Sin duda estaría pensando en la torpe elección que había hecho semanas atrás en la casita en que se había refugiado, y debía de lamentar haber aceptado mi compañía.

—Lo siento —dije con voz entrecortada—. Lo siento en el alma, Arden. Seguro

que te arrepientes de haberme aceptado a tu lado.

—No, no. —Intentó agarrarse a los barrotes, y observé que, después de haber pasado tanto rato al sol, su pálida piel había adquirido un tono rosado—. En absoluto, Eve. —Y me miró llorosa.

En ese momento la chica que se había quedado en un rincón de la jaula se desplazó de lugar, se sentó y se frotó la cara. Estaba demasiado histérica para hablar con nosotras cuando el camión arrancó, así que había optado por quedarse quieta sobre la ardiente plancha metálica y se había dormido, parpadeando continuamente debido a las pesadillas.

—¿Quiénes sois? —preguntó haciendo un gesto de dolor al rozarse contra los barrotes.

—Me llamo Eve, y ella es Arden —dije señalándola. En la cabina del camión Fletcher puso música y se dedicó a tararear una canción machacona y horrible: «Me encanta el rock-and-roll, roll, roll, roll; echa otra moneda en el tocata, nena».

La chica extendió la delicada mano para saludarnos.

—Soy Lark.

—¿De qué colegio eres? —pregunté fijándome en su jersey, que era del mismo tipo que el nuestro, pero de color azul en vez de gris.

—Del oeste, creo. —Se restregó con las manos los espesos cabellos negros. Aparentaba unos trece años, de piel muy morena, agrietada y en carne viva en los codos y las rodillas; tenía los brazos tan delgados que los huesos de los hombros le sobresalían formando dos protuberancias bien definidas—. Las profesoras lo llamaban el «treinta y ocho grados, treinta y cinco minutos norte y ciento veintiún grados, treinta minutos oeste».

Sabía que aquellos números significaban algo. Nuestras profesoras también los utilizaban para referirse al colegio, pero nunca imaginé qué podría ser. Nosotros éramos el 39°30'norte y 119°49'oeste.

—Y te escapaste —apuntó Arden.

—Tenía que salir de allí. —Y la chica se retiró de nuevo al rincón de la jaula, sin mirarnos.

Le eché un vistazo a Arden, aliviada al comprobar que no éramos las únicas que sabían la verdad sobre los colegios. Me fijé en las piernas de Lark, enrojecidas y con arañazos, igual que las mías los primeros días que pasé a la intemperie. Tenía, además, los brazos acribillados por las picaduras de los mosquitos, y un agujero en una de sus zapatillas de lona le dejaba el dedo gordo al descubierto.

—¿Cómo has acabado aquí? —quise saber.

Lark se frotó las comisuras de los ojos, donde se le habían secado las lágrimas dejando un rastro de sal blanca, y explicó:

—Encontré un hueco en la muralla; no llegaba a medio metro de ancho, e iban a

repararlo. Lo tapiaban por la noche para que no entrasen perros, pero yo me colé. — Nos mostró un desgarrón en un lado del jersey, a través del cual se le veía la cadera —. Una vez que estuve fuera corrí hasta que encontré una casa donde dormir. Creo que sucedió hace cuatro días, pero no estoy muy segura.

—¿Dónde te localizó? —preguntó Arden, señalando a Fletcher, cuyo grueso brazo colgaba por la ventanilla; el tipo lo movía arriba y abajo siguiendo el compás de la canción: «¡Ven, no te apresures y baila conmigo!».

Entrelazando los brazos sobre las piernas, Lark se convirtió en una bolita y nos dijo:

—Vi una jarra de agua en la carretera. Estaba muerta de sed porque llevaba todo el día caminando bajo el sol. Pero era una trampa. Creo que me estaba siguiendo.

El camión iba dando tumbos, y se me revolvieron las tripas. Me agarré entonces a los barrotes, aunque me irritaban la delicada piel de las manos.

—¿Le contaste a alguien más lo de los embarazos? —inquirí—. ¿Las otras chicas también huirán?

Lark alzó la vista con expresión totalmente confusa.

—¿Embarazos? ¿De qué hablas?

—De las cerdas —respondió Arden en voz bien alta para que las palabras se oyesen a pesar de la música y el ruido del motor. Pero Lark siguió sumida en la confusión—. Por eso te marchaste, ¿no?; te iban a utilizar para la reproducción.

La chica plantó los talones en el suelo metálico de la jaula y enderezó la espalda.

—No... —repuso, un tanto alterada—. Me fui por culpa de esto. —Se dio la vuelta y nos enseñó las líneas negro-azuladas que le recorrían la parte de atrás de sus bíceps. Eran marcas inconfundibles del impacto sostenido de unos dedos—. La profesora esperaba a que las demás se fuesen para pegarme. Yo buscaba un colegio distinto, un lugar mejor. No quiero volver a ver a esa mujer nunca.

Me percaté de que Arden estaba decidida a explicarle a Lark todo lo referente a las vitaminas, los tratamientos de fertilidad y las horribles habitaciones con camas metálicas, pero le hice un gesto con la mano para que se callara. Mi amiga tenía indudables virtudes, mas la sensibilidad no era una de ellas.

—Lark —dije con calma, atrayendo su mirada—. Las alumnas de esos colegios, y yo fui una de ellas, jamás aprenderían una profesión. Fuera nos llamaban cerdas, y nuestra misión era tener hijos; tantos como pudiésemos, para repoblar la Ciudad de Arena.

Arden no logró contenerse y explotó:

—Nos llevan a la ciudad; Eve está destinada al rey, y tú y yo volveremos al colegio, directas a esos paritorios. —Se le ahogó la voz al decirlo.

—No... —repuso Lark, que se mordió la punta de un dedo y escupió el pellejo—. Eso no puede ser.

—Yo tampoco quería creerlo, pero las vi.

—No lo viste bien —insistió Lark, arrodillándose—. No sabes de qué hablas. La directora es mala... pero eso resulta inconcebible. —Negó con la cabeza—. Tal vez solo sucediese en vuestro colegio. A nosotras no nos harían algo así... ¿para qué?

Arden se le acercó y le agarró un brazo.

—Escucha —le dijo entre dientes, y la chica se encogió al sentir su cálido aliento—. Atiende a lo que te estamos diciendo: necesitan repoblar la ciudad. ¿Cómo crees que van a hacerlo? Dímelo, ¿cómo?

—Suéltame —exigió Lark, sacudiendo el brazo—. Estás loca. —Pero cuando se hundió en el rincón, su voz era más apagada, menos firme.

—Si quieres ser una cerda el resto de tu vida, allá tú —continuó Arden, amenazándola con un dedo—. Pero nosotras no regresaremos al colegio; yo no, desde luego, no pienso. —Hizo una mueca y no concluyó la frase. Cuando se sentó de nuevo, su cuerpo parecía mucho más pequeño y frágil que antes.

Me di cuenta de que éramos observadas, de modo que me volví y tropecé con la mirada de Fletcher en el sucio espejo retrovisor. Dejamos de oír la música, y el tipo abrió la ventanilla trasera de la cabina.

—No te preocupes, cielito —dijo—. No voy a llevarte al colegio. —Bajó el espejo para mirar las piernas desnudas de Arden—. Tres señoritas... tan puras. Puedo ganar mucho más con vosotras en cualquier parte.

Dicho eso, sintonizó otra vez la música, tamborileando con los dedos en la puerta lateral: «¡Veeeen, no te apreeesures y baila conmigo! ¡Sí, sí!».

Arden no replicó, pero intentó de nuevo abrir la cerradura de la jaula, golpeándola hasta que se le enrojecieron los dedos. El paisaje desaparecía volando y se convertía en un manchón de tierra amarillenta, mientras que las ramas de los árboles apuntaban hacia la carretera, como si fueran garras.

—¿A qué se refiere? —preguntó Lark. Le temblaba el labio inferior al hablar.

Pese a ser una desconocida, la odié, porque había en ella algo demasiado familiar. En su cara me vi a mí misma, una chica que confiaba en el colegio, un lugar seguro gracias a sus muros, sus normas y las ordenadas filas que se formaban para salir de los dormitorios o para ir al comedor. Ella creía que podría dirigirse a un sitio distinto y conseguir algo diferente, algo mejor. Otro futuro.

—Vas a hacer realidad tu deseo —respondí, incapaz de reprimir las frías palabras que escaparon de mis labios—: Nunca volverás a ver a la directora.

veinticuatro

Estuvimos horas en el camión, medio asfixiadas por el polvo. Incluso el sol nos abandonó y se escondió tras los árboles. De vez en cuando nos vencía el sueño, alentando siempre la esperanza de tener tiempo (tiempo para prepararnos, tiempo para huir), pero en un momento dado nos despertamos al sonar un aparato que Fletcher llevaba prendido en el cinturón.

—¡Fletcher, malnacido! ¿A qué hora piensas llegar? Tengo demasiada demanda y muy poca oferta.

Me encogí en un rincón. Lark dormía en el otro y Arden se apretó contra mí; el rojizo resplandor de las luces traseras les iluminaba la cara.

Fletcher acercó la extraña radio a los labios, apretando un botón para eliminar las interferencias.

—Airéate un poco, que estás muy excitado —se burló—. Tengo que parar durante la noche. Llegaremos por la mañana.

Se oyeron más interferencias, y a continuación sonó una carcajada perversa.

—Cuéntame qué tienes. Venga, haz un pequeño resumen para los muchachos.

Imaginé a los mismos hombres que había visto junto a la cabaña: hombres de piel tostada por el sol, de un marrón correoso, instalados bajo la lona de un campamento, esperando nuestra llegada. Asomé la nariz entre los barrotes, desesperada por respirar.

—Son unas monadas —explicó Fletcher, observándonos por el retrovisor—. Las tendréis mañana, panda de salidos. —Apagó la radio y sintonizó de nuevo la música.

En el colegio había defendido en una ocasión la bondad de las personas y su gran capacidad de cambio. Pero al escuchar las carcajadas de aquel tipo hablando por la radio, comprendí el alcance de la depravación. De todo lo que nos había dicho la profesora Agnes, había una cosa muy cierta: algunos hombres veían a las mujeres como una mercancía, como si se tratara de combustible, arroz o carne enlatada.

Arden se volvió para darle la espalda al tipo, y susurró:

—Tenemos que salir de aquí. Esta misma noche.

—Nos matará —dijo Lark, cubriéndose las piernas con la raída manta.

—Ya estamos muertas —repuso Arden.

Asentí porque sabía que tenía razón. Lo había experimentado en el almacén durante el enfrentamiento con Leif: la rendición de mi espíritu, la rendición completa, a punto de romperse todo. Fletcher no cambiaría de idea, ni se volvería honrado de repente. La moral no despertaría en plena noche.

Me acerqué cuanto pude a mis dos compañeras, cubriéndome la cara con el pelo para que Fletcher no viese el movimiento de mis labios si nos miraba.

—Podemos escapar cuando se detenga a acampar —dije con los nervios de punta. Miré entre los barrotes, esperando ver una señal de carretera, una flecha, alguna indicación de dónde estábamos, pero únicamente había oscuridad.



Horas después el camión se desvió de la carretera y las ruedas impactaron sobre piedras y ramas de árbol rotas. Nos detuvimos en un claro. El cielo estaba cubierto, sin rastro de luna. El paisaje había cambiado: los bosques habían dejado paso a los campos sin cultivar, a la maleza y a la arena que parecía roja bajo el resplandor de los faros del vehículo, a la luz de los cuales proyectaban extrañas sombras las densas formaciones rocosas —mezcla de montañas y riscos— que se alzaban sobre nosotros. Fletcher se bajó del camión, estiró los brazos y fue a orinar entre los arbustos.

—Haz lo que dijimos —musitó Arden, agarrándole la muñeca a Lark.

—Sí, ya —replicó la chica con voz tensa, desasiéndose—. Estoy advertida.

—Tenemos que hacer nuestras necesidades. —Golpeé los barrotes—. Por favor, déjenos salir.

Fletcher se subió la cremallera del pantalón, y masculó:

—¿Qué?

—Ha dicho que tenemos ganas de hacer pis —respondió Arden, apartándose el pelo de la frente.

El hombre hizo un gesto afirmativo, como si entendiese mejor esa expresión. Iluminó la jaula con una linterna y después los arbustos, donde había una casa destartada al pie de las gigantescas rocas.

—¿Las tres?

—Sí, las tres —respondió Arden. Incluso Lark hizo un gesto convincente.

Fletcher iluminó la cara de Arden, luego la de Lark, y por último, la mía. La hiriente luz me hizo parpadear.

—Dos minutos. Podéis ir ahí, donde están los árboles. —La linterna barrió una zona de árboles chamuscados, negros y retorcidos por el fuego—. Pero si os atrevéis a dar un solo paso sin mi permiso. —Sacó la pistola del cinturón y la levantó al aire.

A Lark se le aceleró la respiración cuando Fletcher abrió el enorme candado. Salimos en fila: Arden primero, después lo hice yo y Lark fue la última. El tipejo nos enfocó la espalda con la linterna mientras caminábamos hacia el bosque.

Iluminados por aquel resplandor, los árboles resultaban más amenazantes todavía, pero las ramas, desprovistas de corteza y de hojas, se extendían hacia nosotras, casi invitándonos a entrar.

—Aún no —susurré sin saber si era Lark o yo quien más necesitaba tener la certidumbre. Caminamos despacio entre la maleza, comprobando cómo, entre las cenicientas raíces, surgían nuevos retoños, hierba crecida y helechos, esperanzadores

signos de resistencia.

Cuando llegamos junto a los árboles, Arden me miró con expresión dulce, y esbozó una especie de sonrisa que solo yo podía entender: «Tal vez esto sea una despedida, aunque lo sentiría en el alma si así fuese».

Entramos una tras otra en el bosquecillo. Miré a la derecha y vi dos árboles, pero no había nada tras ellos. Entonces Arden dio la orden, en voz tan baja que apenas la oí:

—Ahora.

Eché a correr: mi cuerpo se volvió ingravido mientras corría entre ramas rotas y arbustos espinosos, adentrándome en el bosque quemado. Estiré los brazos en la oscuridad para tantear el camino.

—Malditas... —gritó Fletcher detrás de nosotras, pisoteando el claro con sus botazas—. ¡Os cortaré el cuello!

Lark y Arden corrieron entre los árboles, y se separaron en la penumbra. De pronto el primer disparo desgarró el aire, silenciando incluso a los pájaros e insectos. Caí al suelo, temiendo que Arden gritase, pero solamente se oían ruidos de pisadas, chasquidos de ramitas y la enérgica y ruda respiración de Fletcher detrás de mí. Seguí adelante, gateando entre la maleza enmarañada, pero él se acercaba cada vez más, su sombra aparecía y desaparecía entre los árboles, sin cesar de avanzar.

Me levanté haciendo un gran esfuerzo; me había torcido el tobillo. Al final del chamuscado bosque, una luz parpadeaba en la ventana de una casa, de la que no distinguí más que el porche delantero y el tejado alquitranado, formando un bloque compacto en medio del difuso paisaje.

—Vuelve —gruñó Fletcher.

Me latía el pulso hasta en la punta de los dedos de manos y pies. Corrí hacia la luz notando una sensación de asfixia en el pecho y las piernas cansadísimas.

«Sigue —me dije—. Sigue adelante.»

Enseguida salí del bosque y me encontré en campo abierto, que era una densa extensión de flores silvestres. La luz estaba mucho más lejos de lo que había calculado: a casi cien metros, bajo las imponentes montañas.

Las pisadas de Fletcher resonaban en las piedras al cruzar el bosque, al tiempo que gritaba con más furia:

—¡Cerde asquerosa! No creas que me vas a engañar.

Di una ojeada alrededor: a la izquierda se alzaban los gigantescos riscos, dándome la espalda, y una carretera de arena serpenteaba a la derecha. Delante de mí había más árboles, pero aunque corriese como una desesperada no podría evitar que Fletcher me alcanzase. Mi único escondite era el tupido manto de flores, cuyos delicados brotes apenas medían unos centímetros.

Me tiré al suelo, y mis dedos aplastaron los capullos azules y dorados. Entonces

me puse de lado, tratando de esconderme entre los tallos. Cuando levanté un poco la cabeza, vislumbré a Fletcher junto a los árboles: le sangraba una brecha en la frente.

Dio la vuelta y escupió.

—¡Sal, sal de ahí, dondequiera que estés! —Amartilló la pistola, y se me pusieron los pelos de punta.

Mientras él avanzaba por el campo, me pegué todavía más al suelo, deseando que se abriese y me tragase. Mi perseguidor caminaba despacio, apartando las flores que le llegaban a la altura de la rodilla, y apuntando la pistola hacia el claro; a cada paso aplastaba los capullos. Cuando estuvo apenas a dos metros de mí, miró adonde yo estaba con gesto confuso y ladeó la cabeza, como si no supiera si yo era una sombra o no.

Permanecí inmóvil, sin atreverme a respirar, y hundí los dedos en la tierra. El sudor me resbalaba por la espalda; no me llegaba el aire a los pulmones.

Tras pensarlo bien, dio la vuelta y se alejó.

Cerré los ojos, aliviada porque no me había visto, y porque al menos Lark y Arden disponían de un minuto más para escapar. Me tumbé boca arriba entre las flores, respirando hondo, pero una ramita se partió debajo de mí. ¡Crac!

Fletcher giró en redondo, y exclamó:

—¡Hola, muñeca!

Me levanté antes de que me apuntase con la pistola. El primer disparo zumbó junto a mí, y corrí, con el corazón a punto de estallar. El viento rugía en mis oídos. Sonó otro disparo que partió un árbol a lo lejos. Seguí corriendo, sin mirar hacia atrás, mientras él seguía disparando. De repente no se oyeron más disparos, sino el clic metálico del gatillo. Me di la vuelta y vi cómo le daba manotazos a la atascada pistola.

Corrí entre las flores, pero Fletcher recuperó el ritmo. Sus pasos eran más rápidos que antes, aunque resoplaba debido al esfuerzo.

—Se acabó —dijo deteniéndose para disparar.

Me volví en el preciso instante en que levantaba la pistola, apuntándome a la espalda. Cerré los ojos con todas mis fuerzas y recé para que el trance fuese rápido, para que mi cuerpo no se retorciese como el de los ciervos, para abandonar el mundo sin demasiado dolor.

Sonó el disparo.

Me llevé la mano al pecho, esperando que la sangre brotase de la herida, y sintiera la ardiente sensación de una bala desgarrándome la piel. Pero no había nada: ningún agujero, ningún dolor.

Nada.

El hombre estaba inmóvil detrás de mí. Dejó caer la pistola. Una mancha roja se extendía lenta y progresivamente por en medio de su camisa, deslizándose por los

costados y por debajo del pecho. Emitió un sonido sofocado y cayó entre las flores con la boca abierta.

Descubrí entonces una figura en el campo: una anciana se aproximaba. Aparentaba unos setenta años y llevaba el fantasmal cabello blanco recogido en una trenza a la espalda. Acariciaba el rifle con la mano como si fuese una mascota entrañable.

—¿Te encuentras bien? —preguntó examinándome el rostro. Yo mantenía la mano pegada al pecho, serenándome al sentir los latidos de mi corazón.

—Sí... —acerté a decir—. Creo que sí.

La mujer cogió la pistola de Fletcher del suelo y vació la munición en la mano. Luego le propinó una violenta patada en un costado. No se movió. Estaba muerto.

—Gracias —murmuré sin saber si era lo más adecuado o no.

La mujer sonrió; su rostro, a pesar de las arrugas, resultaba hermoso.

—Marjorie Cross —se presentó, tendiéndome una mano envejecida—. El placer es mío.

—Ya hemos llegado —anunció Marjorie, entrando en la casa—. Acomodaos. — Señaló la sala, donde había un sofá frente a la chimenea, adornado con tapetes de encaje amarillento en cada brazo. Sobre el fuego hervía una olla que impregnaba la estancia de olor a bayas silvestres.

Indiqué a Arden y a Lark que entrasen.

—No os preocupéis —susurré, mientras Marjorie dejaba las armas en la mesa de la cocina—. Estamos a salvo.

—¡Otis! —gritó la mujer, aproximándose a la escalera—. ¡Otis! —Se llevó la mano a la garganta al pronunciar el nombre, y la voz sonó ronca—. Lo siento —se disculpó—. En esta época no hay forma de adquirir audífonos. Ya os hacéis cargo, ¿verdad?

—Dime qué pintamos en casa de esta loca —susurró Arden cuando nos sentamos en el sofá. Se acariciaba un lado del brazo, donde se había hecho un rasguño desde el hombro hasta el codo, y en los lugares en los que había saltado la piel se veía la herida salpicada de ceniza.

—Da la casualidad de que esta loca acaba de salvarme la vida. —Había recorrido el bosque durante veinte minutos, llamando a Arden y a Lark, hasta que por fin aparecieron; temían que fuese una trampa que les tendía Fletcher. Acompañamos luego a Marjorie hasta la casa del tejado de ripias, escondida entre los árboles e iluminada solamente por una lámpara que relucía en una ventana. Era la luz que había visto cuando huía de Fletcher.

La anciana trasteó en la cocina, cogiendo varios platos con una mano.

—Se está muy bien aquí —afirmó Lark. Tenía la cara mojada y el jersey manchado de fango rojizo—. Me gusta.

El sofá era cómodo y los primorosos cojines no olían a moho como la mayoría de ellos después de la epidemia. También había una vitrina llena de delicadas tacitas de té —ninguna desportillada— y de figuritas de porcelana que representaban a niños bailando entrelazados o mirando por un telescopio. Enfrente de la encimera de la cocina, estaba la gran mesa de madera del comedor y, sobre ella, una fuente de plata con tomates rojos, amarillos y verdes.

Recordé los libros más codiciados de la biblioteca del colegio, cuya protagonista era una niña llamada Nancy que poseía tutús, pasadores de pelo y otros lujos de los que nosotras no disponíamos. Cuando Pip, Ruby y yo éramos pequeñas, nos acurrucábamos en mi cama y leíamos las historias de la familia de Nancy; a veces iban a la heladería, y otras veces la niña disfrazaba a sus padres, poniendo gafas a su padre y pintando las uñas a su madre. Era la casa que siempre había querido tener: el

enorme sofá en el que se sentaban, las plantas sobre las mesas, el vestidor rebosante de ropa y juguetes. Un hogar de verdad, de paredes pintadas y muebles a juego, como el que nos encontrábamos ahora.

Sobre la chimenea de ladrillo había numerosas fotos enmarcadas. En un retrato en blanco y negro se veía a una niña con un pichi a cuadros, y en otro, a un chico con traje blanco y una flor en el ojal. Otra fotografía mostraba a una pareja joven, vistiendo pantalones de talle alto, cogidos del brazo: la mano de la mujer rubia, poco mayor que yo, reposaba sobre el pecho del hombre.

Pensé inmediatamente en Caleb. Él estaría en alguna parte, convencido de que había actuado bien. Y yo no lograba apartármelo de la memoria, recordando cómo había despreciado la caricia de su mano y mi inseguridad cuando me preguntó qué había pasado con Leif. Caleb vagaba por ahí sin mí.

—Veo que tenemos visita. —Un hombre de cabellos plateados bajó la escalera, moviendo una pierna con gran esfuerzo. Era incluso más viejo que Marjorie y llevaba la camisa de franela remetida de cualquier modo en los pantalones, blanquecinos en la zona de las rodillas, pues el uso había deteriorado el tejido de lona. Lark se asustó al verlo, y comprendí que unas semanas antes a mí me habría ocurrido lo mismo. Pero después de pasar tanto tiempo con Caleb, cabalgando con él o caminando a su lado por el bosque, había perdido el miedo.

Marjorie se arrodilló junto a la chimenea, sirvió una cucharada de frutos silvestres en cada plato e informó al hombre:

—Las he encontrado en el bosque. Un malnacido pretendía matarlas. —Miró a Otis con intención, y yo percibí que quería transmitirle algo que no se podía expresar con palabras.

—¿Qué hacíais por ahí? —Otis acercó una silla del comedor, arrastrando las patas por el rayado suelo de madera, y se sentó junto a nosotras.

Las lágrimas empañaron los ojos de Lark al contestar:

—Ese tipo, Fletcher, nos capturó. Nos llevaba a no sé dónde para vendernos. —Mientras hablaba, se atusó los espesos cabellos negros tras las orejas; las manos le temblaban un poco.

—Somos de los colegios —explicó Arden—. Nos escapamos.

Marjorie me ofreció un plato de frutas humeantes, y aspiré el penetrante aroma. Minúsculas rosas moradas adornaban el borde del plato de porcelana; era un agradable contraste entre los sencillos platos metálicos de la vajilla del colegio y los agujereados cuencos de madera que Caleb nos había ofrecido en el refugio.

—¿Cuánto tiempo habéis pasado por ahí solas? —preguntó Marjorie.

—Cuatro días —respondió Lark.

Nos lo preguntó también a Arden y a mí.

Tragué la fruta y respondí:

—No estoy segura. ¿Tal vez unas semanas?

—Sí —admitió la anciana—. Ahí fuera se pierde la noción del tiempo. —Volvió a mirar a Otis—. ¿Adónde ibais?

Arden me miró de reojo y se calló; yo me encogí de hombros. Era peligroso confiar en nadie, pero aquella mujer me había salvado la vida.

—Seguíamos la ruta ochenta hasta un lugar llamado Califia —respondió Arden, pinchando la comida con el tenedor.

—Muy listas —reconoció Otis. Al sentarse, los pantalones dejaban al descubierto sus tobillos: la pierna derecha era de madera. Contemplé las vetas, la curva del pie toscamente cortada y la cuña que se introducía en el zapato. Parecía como si se hubieran servido de un tronco roto para tallarla—. ¿Y cómo pensáis llegar?

—Hemos perdido la pista de la carretera —admití—. Así que no lo sé.

Lark, muerta de hambre, se llenó la boca de frutos silvestres.

Marjorie miró una vez más a Otis. Se levantó y se acercó a la lámpara de la ventana; la cogió y, apagando la vela, dijo:

—Yo sí.

Entonces reparé en una estantería detrás de la mujer, donde había una radio negra con un auricular a cada lado.

—¡La ruta! —exclamé en voz alta, sin dirigirme a nadie en especial.

—Sí, aquí la tienes. —Otis señaló el suelo.

—¿De qué habláis? —quiso saber Arden. Soltó el plato sobre el regazo y el tenedor golpeó la porcelana. Le había contado lo referente a la ruta cuando estábamos en la habitación de Paul, pero ella tenía mucha fiebre entonces y seguramente lo había olvidado.

Marjorie se aproximó, entrelazando las avejentadas manos, y nos explicó:

—Esta es una casa segura, una parada en el camino en el que hay varios refugios hasta llegar a Califia. Ayudamos a los huérfanos a escapar del régimen del rey.

Sin apartar la vista de la vela, cuya mecha negra soltaba un penacho de humo, Lark comentó:

—Pero ¿no conocen los soldados este lugar? —Cruzó los escuálidos brazos sobre el pecho, protegiéndose.

—Sospechan —respondió Otis—. Vienen en sus todoterrenos de vez en cuando, nos interrogan y registran la casa. Pero sin pruebas de delito, no pueden hacer nada. Tenemos permiso para vivir fuera de la Ciudad de Arena.

—¿Permiso? —pregunté. Había oído hablar de los desperdigados, sí, pero eran mendigos o vagabundos. Los identificaba con quienes en los libros antiguos se denominaban «personas sin techo», pero no con gente que vivía en casas, en verdaderos hogares como aquel.

Otis se bajó la pernera del pantalón para cubrirse la pierna de madera, y nos

explicó:

—Es un proceso muy largo, y pocos optan por él a menos que haya una razón contundente. Pero somos viejos; las personas como nosotros no interesan en la Ciudad de Arena. En general nos dejan en paz.

Lark se mordió el pellejo del dedo. El calor de la chimenea le había reanimado las mejillas, resaltando la belleza de su dulce y redondeado rostro.

—¿Qué les harían si supiesen que nos ayudan?

—Nos matarían —respondió Marjorie, tranquilamente. Miraba cómo ardían los leños: crujían, y las cortezas chamuscadas se desmoronaban entre las llamas—. El rey no tolera la oposición. Ha habido muchas desapariciones en la ciudad. Por ejemplo, un ciudadano que colaboraba con la ruta, Wallace, habló de la misión con un informante, y hace una semana que ha desaparecido. Según su esposa, lo sacaron de la cama para llevarlo Dios sabe dónde.

Se me encogió la lengua en la boca como una serpiente reseca. ¡Cuántas veces había soñado con ese lugar, de pulcras calles de pizarra y playas artificiales en las que las mujeres leían bajo sombrillas! ¿Cómo había podido creer semejantes mentiras durante tanto tiempo?

—Os quedaréis con nosotros unos días —anunció Otis—. Luego os trasladaremos a otra casa segura. Se reconocen por la luz en la ventana; si está encendida, hay sitio para vosotras.

Lark, que seguía mordisqueándose los dedos y arrancándose los pellejos hasta hacerse sangre, reflexionó:

—Pero si nos capturan, nos matarán... como usted ha dicho.

Marjorie se remetiÓ un mechón de cabellos blancos en la trenza, y aunque el resplandor del fuego proyectaba sombras parpadeantes, su semblante no se alteró cuando dijo:

—Hace doscientos años, Harriet Tubman ayudaba a los esclavos a conseguir la libertad. Cuando ellos le manifestaban que no confiaban en lograrlo y que tenían mucho miedo, ella los apuntaba con una pistola (hizo un gesto como si tuviese un arma en la mano), y les decía: «Seguid adelante o morid».

Otis puso una mano sobre la de la mujer, desviando la invisible pistola. A continuación, entrecerrando los ojos, nos explicó:

—Lo que quiere decir es que no hay lugar para el miedo. El miedo es la base del régimen del rey, la idea de que todos estamos demasiado asustados para vivir de otra manera.

Recordé haber notado esa sensación cuando estaba a punto de traspasar el muro. Pese a que me había enterado de muchas cosas y aunque había visto el horrible edificio, una vez traspasado el lago, algo me retenía: en aquel momento oía a un grupo de alumnas comentando cosas sobre los perros y los bandidos del exterior, así

como el golpeteo constante de los dedos como garras de la directora Burns contra una mesa, urgiéndome a tragar las vitaminas; y rememoraba las diatribas de las profesoras, que contribuían a acrecentar el terror, al hablar sobre los hombres, seres capaces de manipular a las mujeres con una simple sonrisa. Mi pasado, pues, se había fundido de repente en una seductora canción para decirme que no huyese.

—Supongo que estaréis cansadas —dijo Marjorie por fin—. Os enseñaré vuestra habitación. —Mientras Otis recogía los platos, ella nos guio por una estrecha escalera de madera. Debajo de la casa había un sótano lleno de sillas amontonadas y cajas, una destartada máquina gris provista de teclado y periódicos mojados.

Cogí el que estaba encima de todos: el *New York Times*. Se veía una fotografía de una mujer tendiendo los brazos sobre una barricada, con la boca abierta como si lanzara un lamento. «En plena crisis las barricadas separan a las familias», leí. Las profesoras nos habían descrito aquella ciudad: la epidemia había afectado a edificios enteros de apartamentos, cuyas puertas se cerraron con candados, dejando a la gente dentro.

—¿Aquí? —preguntó Arden, señalando un desfondado sofá en un rincón.

Pero Marjorie fue hasta el fondo del sótano, abrió las puertas de una despensa, retiró latas de comida, una tras otra, y quitó el estante del medio.

—No, aquí —respondió apartando una telaraña.

Encendió una lámpara e iluminó la habitación secreta. Dos filas de literas forraban las paredes y había un lavabo metálico en un rincón. Las paredes eran de tierra sin enlucir, y una fina estera gris cubría el suelo, también de tierra. Me recordó las habitaciones de barro del refugio de los chicos.

—Así es mejor por si acaso los soldados nos sorprenden de noche. Al doblar la esquina, apenas a cien metros, hay una trampilla que conduce a la huerta. Tenéis toallas, algunas mudas y zapatos —dijo fijándose en nuestros pies sucios y descalzos.

Arden entró en la despensa y se tumbó en una de las literas de abajo.

—Es bastante grande —comentó.

Lark entró también y se cambió el jersey roto por un camisón limpio antes de derrumbarse sobre el colchón, cubriéndose las piernas con un fino edredón. Apoyó la cabeza en la plana almohada, y por primera vez se serenó, dulcificando la expresión mientras se preparaba para dormir.

Yo tenía el estómago lleno de frutas silvestres, y los latidos de mi corazón habían recuperado un ritmo normal y constante. Seguíamos siendo fugitivas y estábamos en peligro, pero ya no sentía el mismo terror. Contemplé el amable y sufrido rostro de Marjorie.

—Vamos, entra. —Señaló otra vez la despensa. El olor a humo que impregnaba su ropa transmitía una familiaridad que me reconfortaba—. Aquí estaréis a salvo. Os lo prometo.

No lo pude remediar y la abracé, buscando consuelo en el calor de su cuerpo. Las profesoras nunca nos tocaban, salvo una fugaz palmada en la espalda cuando íbamos al comedor, o un firme toque en el hombro cuando nos distraíamos en clase. El primer año que estuve en el colegio le pedí a la profesora Agnes que me desenredase el cabello; chillé, pataleé y agité los bracitos, aporreando el cepillo contra el lavabo de porcelana. Pero ella permaneció imperturbable casi una hora, con las manos en los bolsillos, sin moverse hasta que yo solita deshice los enredos.

Poco a poco Marjorie alzó los brazos y también me abrazó. Apreté las manos contra los duros huesos de su espalda, y percibí que en realidad era muy menuda bajo la holgada camisa de lino.

—Gracias —repetí sin parar, hasta quedarme sin voz—. Gracias, gracias.

Nos despertó el olor a pan recién hecho.

—Hay huevos frescos, chicas —anunció Otis, disponiendo las sillas alrededor de la mesa del comedor. Observé las viandas que se nos ofrecían: humeantes huevos revueltos, carne de jabalí salada y cortada en finas lonchas y pan tierno cocido sobre la piedra del horno de Marjorie. Sonreí, embargada por la emoción.

—¡Qué pinta tan buena! —exclamé. Lark se sentó y se sirvió una generosa ración. Todavía iba en camisón.

Arden examinó la estancia, fijándose en las ventanas delanteras, en las laterales y en las puertas que daban a la huerta: las cortinas estaban absolutamente corridas.

—¿Serán vampiros? —musitó.

Marjorie se afanaba en la cocina, troceando tomates y poniéndolos en una fuente. Rememoré la persecución por el bosque, a Fletcher y la herida que le desgarró el pecho cuando ella le disparó.

—¿Sigue el cadáver ahí fuera? —le pregunté.

La mujer dejó de cortar tomates y señaló la ventana de delante con el cuchillo.

—*Bill* y *Liza* se ocupan de él.

—¿Quiénes son? —inquirió Arden, contemplando la bandeja de carne roja.

—Nuestros «gatos» —respondió ella, y sirvió los tomates a Otis, manteniendo siempre una mano en la garganta.

Lark tragó saliva y observó alternativamente a los dos ancianos.

—¿Sus gatos se ocupan de Fletcher?

Otis hizo un gesto afirmativo y tomó un bocado de carne.

Separé la cortina de la ventana delantera, dejando que se colase un haz de luz blanca en el que flotaban partículas de polvo. A unos cuantos metros de allí, dos pumas devoraban los restos de Fletcher, hundiendo las fauces en la sanguinolenta carne. Uno de los animales tenía una mano del hombre en la boca: los grisáceos dedos sobresalían entre sus colmillos.

—Es mejor que no te acerques a la ventana, querida —sugirió Marjorie, invitándome a regresar a la mesa—. Siempre existe el riesgo de que haya soldados vigilando.

Lark masticó una loncha de jabalí y, mirando con cautela a la mujer y después a Otis, les preguntó:

—¿Están... casados?

La mujer, mostrando una expresión divertida, acarició los dedos del anciano y contestó:

—Conocí a Otis mucho antes de la epidemia, en la época en que yo vivía en

Nueva York.

—No saben qué es Nueva York —bromeó Otis. Marjorie frunció la nariz, haciéndose la sorprendida, y él volvió a fijarse en nosotras, pero su expresión era lejana—. Se hallaba al otro lado del país y era una de las ciudades más espectaculares del mundo: los edificios brotaban del suelo, y las aceras estaban siempre tan atestadas de gente que costaba trabajo caminar por ellas; había trenes subterráneos, y en la calle, se podían comprar perritos calientes.

Yo había leído libros ambientados en esa ciudad: *El gran Gatsby*, *La casa de la alegría*, pero no acababa de creérmelo. Era tan inimaginable el número de personas que hacían falta para llenar un rascacielos o una calle. No había visto tanta gente en toda mi vida.

Marjorie acercó la mano de Otis a sus labios y la besó.

—Gracias, cariño. Yo vivía en Nueva York, y una noche él se sentó frente a mí y se puso a contar una absurda historia sobre reciclaje.

—No era sobre reciclaje. —Él soltó una risita—. Pero da igual.

—¿Qué es eso de reciclaje? —quiso saber Arden.

—No importa. La cuestión es que yo no le hacía caso —continuó Marjorie—, sino que lo observaba y pensaba: «Este hombre, esta persona... ni siquiera sé cómo se llama, pero está lleno de vida». Era el ser humano más fascinante que había conocido hasta entonces y el más familiar. —Ahora fue Otis quien le besó la mano a ella.

Entonces recordé cómo me miraba Caleb, cómo percibía cada centímetro que nos separaba, el modo en que la cicatriz, en forma de media luna que tenía en la mejilla, se le fruncía cuando reía, o cómo miraba al frente cuando decía algo importante.

—Sigo pensando que es un cabeza de chorlito, pero cada minuto que paso con él, lo quiero más —concluyó.

Arden se metió un buen bocado de huevos en la boca, y poco después preguntó:

—¿Por eso no se marcharon como los demás? ¿Iban a separarlos cuando el rey convocó a la gente en la Ciudad de Arena?

La mujer bajó la vista y recorrió con un dedo las vetas de la mesa de madera antes de responder:

—El rey no quiere a gente como nosotros en la ciudad. Somos demasiado viejos para servir de algo. Quería que yo diese clases en un colegio y que Otis barriese el suelo en los campos de trabajo. Pero no, no es por eso.

—No fuimos porque no era justo —explicó él—. Ni lo es ahora.

—Durante la epidemia, y cuando ya hubo pasado, todo el mundo estaba aterrado —continuó diciendo Marjorie—. Antes había un gobierno oficial, una democracia. Pero la enfermedad avanzó con gran rapidez, y la mitad de los líderes del país murieron en los primeros seis meses. Las leyes perdieron significado, ya nadie leía la

Constitución; y la información se censuró. Ahora sé que en parte se hizo a propósito. Durante mucho tiempo, sin electricidad ni teléfono, no nos dieron explicaciones sobre lo que estaba ocurriendo. Más adelante un político presentó un plan de reconstrucción: en principio ocuparía el poder hasta que todo se normalizase, pero eso ocurrió dos años antes del fin de la epidemia. Y posteriormente, todo el mundo confiaba en él y le creían cuando decía que América debía unificarse bajo un único líder. Estaban demasiado asustados, así que se limitaron a escucharlo y a seguir sus normas; jamás lo cuestionaron, y todo empeoró.

—Tal vez cambien las cosas si esperamos un poco. —Lark apoyó la cara en las manos—. No será siempre así. Cuando la Ciudad de Arena esté acabada y...

—El tiempo es neutral —la corrigió Marjorie, empleando términos firmes dictados por el ritmo de la memoria—. Y tendremos que pedir perdón a esta generación no solo por las palabras y los hechos horribles de las malas personas, sino también por el inexplicable silencio de los buenos.

Otis se reclinó en la silla y, estirando la pierna de madera, pronunció un nombre:

—Martin Luther King júnior.

—¿Quién es? —pregunté, al tiempo que cogía el último trozo de jabalí.

Otis y Marjorie intercambiaron una mirada.

—Aún tenéis mucho que aprender, jovencitas —respondió el anciano.

—Disponemos de varios días —repuse. Habíamos estudiado mucho en el colegio, pero en aquel momento todo lo aprendido me parecía banal. Mi verdadera educación había empezado al conocer a Caleb, y me dio la impresión de que solo había sido el inicio; ni siquiera era capaz de imaginar la verdad.

—Sí, en efecto —afirmó Marjorie. Deslizó las manos sobre la mesa sin apartar la vista de su pareja—. Pero de momento, ¿por qué no traes el proyector? Estoy segura de que estas chicas nunca han visto una película como Dios manda.

El hombre fue hasta el centro de la sala, donde había una caja plana conectada a un fardo gigantesco cubierto con cinta gris brillante.

—Funciona con pilas tipo DE —explicó dando un manotazo en la parte superior—. Lo he inventado yo. —Apretó varios botones, y un rectángulo blanco apareció en la pared, encima de la chimenea.

—¿Qué es eso? —inquirió Lark, sentándose en el sofá y colocándose un cojín de encaje sobre el regazo. Sonó una música lenta, y en la pared surgió la palabra *GHOST*.

Únicamente había visto pequeños fragmentos de vídeo sobre lo que había tras el muro del colegio. En esas ocasiones nos apelonábamos ante la minúscula pantalla que la profesora sostenía entre las manos, y mirábamos imágenes de perros salvajes devorando venados, o de bandidos que se arrastraban a gatas por entre la hierba que se mecía, para que no los capturasen. Pero lo que contemplábamos ahora era

totalmente distinto. Las tomas se sucedían en la pantalla: un martillo derribaba un destartado muro, una mujer se echaba en brazos de un hombre y lo besaba, la gente caminaba por las calles de grandes ciudades, como había descrito Otis. Arden y yo permanecemos de pie, absortas en las imágenes.

—Podéis sentaros —dijo Marjorie, riéndose, y nos condujo hasta el sofá.

Me derrumbé entre los cojines, y poco a poco fui olvidando dónde estaba para penetrar en el mundo que tenía delante. Me ruboricé cuando Sam abrazó a Molly, y se les desmoronó la húmeda pieza de cerámica entre los dedos; me puse tensa, sin poder apenas respirar, cuando los asaltaron en un oscuro callejón; y al fin me cubrí la boca con la mano para no llorar cuando se despidieron.

La pared se quedó a oscuras, y Lark pidió a Otis que pusiese otra película. Pero yo era incapaz de hablar. Acabábamos de ver una película sobre el amor, la separación y la muerte: no pensaba más que en Caleb.

—Me voy a acostar —dije procurando no tropezarme con la mirada de Arden.

Marjorie dejó de rebobinar.

—¿Te encuentras bien, cariño?

—Quédate —rogó Lark—. Podemos ver otra.

Pero yo ya estaba en la escalera del sótano.

—No me ocurre nada, pero estoy cansada. Debe de ser la acumulación de tantas cosas —mentí. Arden me dio a entender que me comprendía cuando empecé a bajar la escalera.

—A veces se pone así. —Oí que les decía—. Pero no es nada de importancia.

En la oscura habitación secreta me tendí en la cama y me abandoné al llanto. Y lloré con los profundos y ahogados sollozos de alguien que nunca pudo despedirse. Solamente disponía de aquella litera, de la esperanza del camino hacia Califia y de unos pocos días antes de reemprender la marcha. Pero nunca volvería a ver a Caleb.

Cuando Lark y Arden bajaron a acostarse horas después, colocando las latas tras ellas, me hice la dormida. Arden me cubrió los pies con la manta y me los envolvió con mucho cuidado.

—Buenas noches —susurró. La respiración de ambas no tardó en hacerse más suave, más lenta, hasta que se sumieron en un profundo sueño.

Pero yo no dormí; me era imposible. Pensé en la estantería de madera que cubría la pared de Marjorie y en la radio que había sobre ella, e imaginé a Caleb aquella noche en el campo de trabajo, manipulando la clavija del aparato sin parar, escuchándolo mientras estaba en la cama. Asimismo recordé la radio que tenía en la rota mesita de su habitación; seguro que también seguía escuchándola. ¿Cómo iba a recibir, si no, las noticias de la ciudad, o cómo se comunicaría con Moss?

Me levanté, sin sentir las horas que habían transcurrido, ni el agotamiento del viaje con Fletcher, ni las lágrimas que había derramado. Aparté las latas con el mayor

cuidado: me impulsaba la ilusión.

«La yegua de Eloise es muda y, sin embargo, está aquí.»

La sala estaba a oscuras. Avancé a tientas y por fin encontré una linterna en la mesa de la cocina. Pensé en recurrir a Marjorie, pero había que explicar demasiadas cosas: el saqueo, lo ocurrido con Leif y la frase que había espantado a Caleb.

Abrí, pues, las alacenas de la cocina y busqué entre tarros y frascos de comida un trozo de papel en el que hubiera una ubicación. La profesora nos había dicho que antes de la epidemia existía un sistema para repartir la correspondencia; lo había llamado «direcciones». Registré un cajón de herramientas y otro en el que había pilas, tiras de goma y tijeras. En la mesa de detrás del sofá, encontré fotografías antiguas de Marjorie, joven y embarazada, y una niña pequeña aferrándose a su pierna. Encontré otra foto de dos niñas en una bañera llena de espuma. Era raro que no hubieran hablado de sus hijas, y que en las paredes no hubiese ni el menor rastro de ellas.

También descubrí tres gruesos tarjetones de cartón que representaban paisajes. Uno de ellos decía «Phuket, Tailandia», donde el mar se perdía en el horizonte; en la parte de atrás alguien había escrito: «Hola mamá y papá. Thom y yo lo estamos pasando en grande. Aquí se encuentran las playas más bonitas del mundo. Es un paraíso. Con cariño, Libby». La dirección era: «Sedona, Arizona».

Bajé la radio del estante y manipulé la clavija como había visto hacer a las profesoras del colegio durante las asambleas. Había interferencias. Con el auricular en la mano, pulsé el botón: las interferencias cesaron. Hablé despacio, procurando que todas las palabras sonasen claras: «Si en las islas del sur hubiese nieve y la nieve se volviese azul, la yegua muda de Eloise adoraría las nieves azules». Lo repetí una vez, dos, como si estuviese diciendo verdades muy simples: lo echaba de menos, lo necesitaba, estaba arrepentida.

Después de repetirlo diez veces añadí, fascinada por el ritmo: «Siempre estoy donde no alcanzas». Lo repetí y solté el botón. Solo había interferencias.

«Por favor, di algo —rogué mentalmente, imaginándolo en el raído sillón mientras mi voz llenaba su caverna—. Di algo». Pero la sorda insistencia de la nada me hirió los oídos. Esperé, contemplando el negro auricular, hasta que por fin lo puse de nuevo en el estante. Tal vez no me había oído. Quizá aún estuviese enfadado. Pero no me daba por vencida.

Al día siguiente, al otro y al otro también, todos los días hasta que nos fuésemos, le enviaría mensajes. Mi voz resonaría en su habitación, las palabras se fundirían en frases codificadas, recitándolas una y otra vez para que le llegasen en plena noche.

veintisiete

—Quiero ver más películas —pidió Lark tras dejar los platos con los restos del desayuno en el fregadero. Marjorie y Otis estaban sentados a un extremo de la mesa, terminando de tomar su té matutino, mientras Arden y yo jugábamos a la canasta.

—Nada de películas. —Arden me miró por encima de las cartas que tenía en la mano. Llevaba la melena, antes siempre enredada, pulcramente recogida detrás de las orejas, y su aspecto era de lo más saludable—. Estamos hartas de tortuosas historias de amor.

Me di tironcitos de las abiertas puntas de los cabellos, mientras mis pensamientos se repartían entre Caleb y mi amiga. La noche anterior, tras enviar el mensaje, me había tumbado en el vencido colchón y abandonado al sueño. Enseguida esos pensamientos dejaron paso a las ensoñaciones, y vi a Caleb en su habitación, manejando la radio. Lo vi cómo escuchaba mi mensaje.

Lark, que se había puesto un jersey demasiado grande y le caía por un hombro, dejándolo al descubierto, se apoyó en la mesa, amenazó a Arden con un dedo y le espetó:

—No eres la única que decide, y aunque sea más joven que tú, también tengo derecho a opinar.

—Vale, vale —intervino Otis, alzando las manos, y se rio e intercambió una mirada con Marjorie—. Volvemos a los viejos tiempos.

Recordé la postal de la playa y la nota —de letra difícil de leer— de la chica, Libby.

—¿Tenéis una hija? —pregunté dejando las cartas boca abajo en la mesa.

—Dos —respondió Marjorie, y limpió la mesa, rascando con una uña una semilla de tomate seca—: Libby y Anne.

Otis se levantó. Nos dio la espalda y vació un cubo de agua en el fregadero. Todavía en esa posición, nos explicó:

—Eran el ideal de cualquier padre. Tenían veintisiete y treinta y tres años. —Se volvió con los ojos anegados en lágrimas.

—No hablamos casi nunca de ellas —aclaró Marjorie. Los platos se entrechocaron en el fregadero—. Otis quería decir que se alegra de que estéis aquí, jovencitas.

Pensé en mi madre y en la carta que me había escrito. Me la había metido en el bolsillo el día en que llegaron los camiones, y fue lo último que recibí de ella. Pero la había perdido; se había quedado con mis escasas pertenencias en el refugio, y nunca la recuperaría. Asimismo recordé a mi madre junto a mí en la cama, leyéndome cuentos de un elefante parlanchín que se llamaba Babar; me ataba los cordones de los

zapatos, me vestía y me peinaba, y a cada botón que me abrochaba o a cada arruga que me alisaba, me decía en voz baja: «Te quiero. Te quiero, te quiero».

—Nosotros también nos alegramos de estar aquí —afirmé.

Pero la anciana miraba alguna cosa detrás de mí. Me pareció que las arrugas del rostro se le marcaban más y adquirían mayor severidad mientras se dirigía a la estantería. Primero rozó con la mano el estante superior, y acto seguido, la radio de metal negro que estaba debajo.

—Alguien ha movido la radio —sentenció.

El modo en que lo dijo —lentamente, con rabia— me asustó. Otis se apoyó en la encimera y fijó la vista en Lark.

—¿Por qué me mira? —preguntó la chica, que retrocedió y se cubrió el hombro desnudo—. Yo no he hecho nada.

—He sido yo —admití casi sin respirar.

—¿Qué has hecho? —inquirió Marjorie en tono más alto de lo normal, observándome con atención.

Arden también me clavó la mirada, mostrando una expresión confusa, y dejó las cartas en la mesa.

—Envié un mensaje a una persona... pero estaba codificado.

—¿Qué código has utilizado? —preguntó la anciana, acercándose, mientras retorció un extremo de su bufanda morada hasta convertirlo en una apretada espiral.

Arden me agarró por el brazo y me preguntó:

—¿Se lo has enviado a Caleb?

—¿Quién diablos es Caleb? —quiso saber Otis. Me estremecí y se me aceleró la respiración.

Marjorie rodeó la mesa para situarse a mi lado.

—No importa quién sea —dijo clavándome los dedos en un hombro—. Lo que importa es saber el código que ha utilizado. Dime, ¿cuál fue?

Ella y Arden me miraron con apremio. Me levanté y retrocedí hasta la pared.

—El código... el único código —tartamudeé.

La mujer dio un puñetazo en la mesa, y los vasos se cayeron y el agua se derramó por el suelo.

—No hay uno solo —replicó—. Han existido treinta códigos distintos desde que empezó a funcionar la ruta hace cinco años.

De pronto sentí demasiado calor, mientras que una fina capa de sudor me cubría el cuerpo. Apenas acerté a pronunciar las palabras:

—La yegua de Eloise.

—¡No! —gritó Otis, golpeando la encimera—. ¡No, no, no!

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal? —preguntó Lark, compungida.

—Debe de ser un error —se apresuró a decir Arden—. Seguro que no supo

hacerlo, y el mensaje no llegó. Además, ¿quién iba a escucharlo?

—Todo el mundo —repuso Otis—. Todos... lo habrán escuchado.

Marjorie se frotó la frente. El sol se colaba a través de las cortinas y le sonrosaba la piel. Por fin le dijo a Otis:

—Haz las maletas. No tenemos mucho tiempo.

—Lo siento —murmuré. Me ahogaba.

Se oyó un ruido a lo lejos. Nos quedamos inmóviles. En medio de los trinos de los pájaros y el zumbido del viento, distinguí algo extraño y aterrador: el rugido constante del motor de un coche.

Marjorie se acercó a la ventana y apartó un poco la cortina.

—Ya han llegado.

—¿Quiénes? —preguntó Lark, mordiéndose los labios con nerviosismo.

Otis abrió una alacena sobre la encimera y buscó algo a tientas, detrás de unos tarros de cristal. Encontró una pistola, se la encajó en el cinturón y respondió:

—Los soldados.

Marjorie se acercó al fregadero, sacó tres de los cinco platos mojados y los guardó de cualquier manera en la alacena. Sumergió los dedos en el agua jabonosa buscando los cubiertos sobrantes, pero Otis la disuadió.

—Déjalo... —ordenó—. Vete.

La mujer tenía los brazos empapados hasta los codos, con rastros de espuma. Dirigiéndose a la escalera, nos indicó:

—Venid conmigo. —Lark, llorando, le agarró el faldón de la camisa.

—¿Qué dijiste? —me preguntó Arden, agarrándome la mano mientras corríamos escaleras abajo—. ¿Qué decías en el mensaje?

El motor se oía cada vez más cerca de la casa. Los neumáticos crujieron en el jardín. Iba a contárselo, pero no podía explicarle que había descrito, con gran detalle, quién era yo y dónde me encontraba; ni podía decirle que me había deslizado en la sala en plena noche, arriesgando la vida de todos.

En el sótano, Marjorie abrió las puertas de madera del armario.

—Ayudadme —rogó, apartando de un manotazo las latas del estante, que se abollaron al caer al suelo de cemento.

Arden sacó de un tirón la estantería, Lark y yo entramos en la habitación secreta, y ella nos siguió a toda prisa.

—No habléis —susurró Marjorie mientras colocaba de nuevo las latas en el estante.

En el piso de arriba se abrió la puerta de golpe, y unas voces masculinas exigieron algo a gritos.

—Deprisa —imploró Lark, palpando el estante de madera—. Date prisa, Marjorie, por favor.

La mujer se agachó, recogió las latas y las volvió a poner en el estante. Movía despacio las ajadas manos, revelando la edad.

—Voy lo más rápida que puedo —dijo con voz rota—. Ya voy. —Se pasó la mano por la cara, y entonces me di cuenta de que estaba llorando: finos regueros de lágrimas se deslizaban por las arrugas de su rostro.

Las voces aumentaron de tono. Oímos pisotones en el piso superior, y trocitos de escayola llovieron sobre nosotras.

—Solo mi mujer —dijo Otis. A continuación más pasos. Marjorie tenía en brazos las últimas latas cuando aparecieron los soldados en la escalera; vestían de uniforme verde y marrón. Arden me estrujó la mano y me arrastró hasta el fondo de la habitación.

Con la otra mano cubrí la trémula boca de Lark para impedir que gritase. Las puertas de cristal de la despensa se cerraron. A través de los huecos que había entre las latas, distinguíamos algunas zonas del sótano. Permanecemos ocultas, en la oscuridad, viendo cómo los hombres bajaban la escalera.

Marjorie se irguió enseguida; había dejado caer con tranquilidad los brazos a ambos lados del cuerpo, pero su expresión era dura.

—¿Qué puedo hacer por ustedes en esta ocasión, caballeros? Teniente Calverton... —saludó reconociendo al soldado más veterano, que tenía la nariz rota y el pelo canoso. Junto a él, un hombre delgado y pálido acariciaba una pistola—. Sargento Richards, ¿ha venido a acosarnos otra vez?

Los hombres permanecieron al pie de la escalera; ambos perfectamente afeitados, el rostro terso y pulido.

—Ya basta de juegucitos, Marjorie —amenazó Calverton—. Sabemos que escondes a una chica llamada Eve. Esa chica pertenece al rey.

Arden me abrazó. Me temblaban las piernas, pero ella me sostuvo.

—Eso no es cierto —respondió Otis—. ¿Cuándo nos dejaréis en paz? Lo único que queremos es sobrevivir, como los demás.

Richards se abrió paso entre las cajas de cartón, rompiéndolas para ver el contenido. Recorrió el sótano, abrió una puerta debajo de la escalera, palpó el desvencijado sofá y golpeó las paredes, tras un montón de aparatos viejos.

—¿Siempre hemos de pasar por lo mismo? —preguntó Marjorie, cruzándose de brazos.

Otis bajó los últimos peldaños, arrastrando la pierna inútil y se apoyó en la pared con el brazo pegado al costado para ocultar la pistola que llevaba en la cintura a la altura del codo.

—No encontrarán nada —aseguró, apresurado.

—Me huelo que estáis mintiendo —repuso Calverton, fijándose en las puertas del armario. Mi corazón siguió latiendo a un ritmo constante que me recordó que seguía

viva. Arden me empujó debajo de las literas e hizo lo propio con Lark. Nos apiñamos, respirando a fondo para tranquilizarnos, mientras el soldado más joven abría las puertas.

Vi sus piernas por entre las patas de las literas, y oí el entrechocar de latas en el estante superior. Continuó registrando el segundo estante y palpando la madera. De pronto las latas que ocultaban el escondrijo se balancearon. Lark gimoteó cuando la luz barrió la angosta habitación, y al alzar la vista, mis ojos tropezaron con los del soldado.

—Señor —dijo el sargento, apartando otras latas—, aquí hay más cerdas, señor.

Otis sacó la pistola del cinturón y disparó al costado de Richards. El soldado cayó, arrastrando la estantería con él, y se llevó la mano al hombro, donde la bala le había desgarrado la camisa.

Mientras Otis se abalanzaba sobre Calverton, Marjorie se dirigió a nosotras.

—¡Marchaos! —gritó señalando a nuestra espalda el túnel que se perdía en la oscuridad—. ¡Ahora mismo!

Calverton empujó a Otis contra la pared, y le arrebató el arma. Se limpió la parte del uniforme que le había estrujado, y se alisó el pulcro tejido. A continuación lo apuntó con la pistola.

—¡No! ¡Déjelo! —chilló Marjorie. Extendió los brazos, tratando de salvar la distancia que la separaba de ellos. Pero todo fue demasiado rápido: una bala y luego otra penetraron en el pecho de Otis, que murió antes de caer al suelo.

Lark corrió por el túnel, y Arden la siguió, arrastrándome. Pero mis pies no se movían; la tristeza se apoderó de mí. Volví la cabeza y vi a Marjorie propinando una fuerte patada al soldado, que apenas se inmutó. Este alzó la pistola de nuevo y le disparó en la mejilla. Ella cayó sobre Otis y, en un último movimiento, lo abrazó, mientras el soldado bajaba la pistola y disparaba el tiro de gracia.

Arden tiró de mí, pero permanecí inmóvil, contemplando la escena como si la estuviesen proyectando en la pared sobre la chimenea: Richards cerraba los ojos haciendo un gesto de dolor, mientras la salpicadura de sangre cubría su pálida mejilla, y Marjorie yacía en el suelo, mientras su trenza canosa se teñía lentamente de rojo.

Calverton se encaminó hacia nosotras; yo no podía moverme. Tras un instante, Arden me empujó con fuerza, obligándome a caminar aunque fuera a trompicones.

Corrimos por el túnel, y nuestros pasos adquirieron un ritmo constante al adentrarnos en la oscuridad. La irrealidad de aquella situación me nublaba la mente: habían disparado a Marjorie y a Otis. Estaban muertos. Y todo por mi culpa. Por mucho que repasase los hechos, nunca les encontraría sentido.

Cuando por fin llegamos al final del túnel, encontramos una escalera. Un hilo de luz se colaba por una grieta del techo. Lark se abalanzó contra la trampilla, pero el metal no cedió.

—Está atascada —gritó aporreándola con los puños. Por fin la trampilla se levantó un centímetro, y vislumbramos una gruesa rama de árbol, que la bloqueaba.

A nuestra espalda las latas tintinearón cuando el soldado apartó la estantería. Lark retrocedió en la oscuridad y nos dejó sitio entre la escalera y la trampilla. Los soldados estaban muy cerca cuando sonó un disparo.

—¡No dispires! ¡Tenemos que cogerla viva! —gritó Calverton.

—¡Empuja! —urgió Arden, pegando las manos a la trampilla.

—¡Deteneos! ¡Por orden del rey de la Nueva América! —ordenó Richards en el túnel.

Arden y yo embestimos la trampilla de nuevo, empujándola tan fuerte con las manos que nos hicimos daño. Pero la rama se rompió y, emitiendo un gratificante crujido, la corteza cayó sobre nosotros en el momento en que la puerta de la trampilla se abría y desvelaba la blanca luz matinal.

Arden saltó al exterior. Me detuve en los peldaños y me volví rápidamente para ayudar a Lark, pero había caído al pie de la escalera. La sangre empapaba sus cabellos y formaba un charco de color rojo oscuro alrededor de su cráneo.

—¡Lark! —Bajé y la toqué, sintiendo la humedad de la sangre bajo mis pies. La bala le había traspasado la nuca—. ¡Lark!

—Tenemos que irnos —gritó Arden desde arriba, señalando el bosque—. No quiero hacerlo, pero.

Todavía no había acabado la frase cuando aparecieron los soldados empuñando sus pistolas. Richards se había vendado el brazo a toda prisa con la bufanda morada de Marjorie.

Cerrando la trampilla metálica de golpe y dejando el cuerpo de Lark atrás, corrí como loca hasta donde estaba Arden. El inclemente sol agostaba la hierba seca y aclaraba las sombras bajo los árboles quemados. Por todas partes proliferaban gigantescas rocas rojizas, que creaban un muro impenetrable; los arbustos eran más pequeños, la arena ardía y la próxima casa parecía una minúscula mancha en el horizonte. No había ningún escondite.

La trampilla se abrió con estrépito detrás de nosotras. Calverton avanzó por el campo y cargó la pistola de nuevo.

—¡Vamos! —dije desviándome hacia la derecha, lejos del bosque chamuscado que habíamos recorrido con Fletcher. Echamos a correr entre los árboles; la espesa maleza me arañaba las pantorrillas. Más allá de la casa de Marjorie, superadas unas dunas y una fila de árboles, había una agrietada carretera que conducía a un pueblo.

Una bala impactó en un árbol, delante de Arden, haciendo saltar esquirlas de madera.

—Quieren matarme —gritó saltando sobre un tronco podrido. Continuamos corriendo y, durante unos instantes, los soldados desaparecieron tras una zona de maleza.

—Ahí —indiqué señalando una casa cubierta por la hierba. La apartamos y empujamos el oxidado portillo.

En medio del jardín había una piscina vacía y, en el fondo, un esqueleto de perro; rodeaba la casa una terraza derruida con sillas caídas. Vimos también un cobertizo de madera en un extremo, cuya pintura blanca se desprendía a capas. Una verja amarillenta, de unos dos metros y medio de altura, rodeaba la finca.

Arden corrió hacia ella y le dio una patada, pero no cedió. Los soldados se acercaban. Arden la emprendió de nuevo a patadas con la verja, empleándose a fondo, tanto que se le empañaron los ojos.

—No, esto no puede ser cierto. ¡Nooo!

Por el otro lado de la casa no había entrada ni salida, ni grietas en el muro, ni nada que nos sirviese para trepar. Solo existía un camino para entrar y salir.

—Estamos atrapadas. —Al darme cuenta, me temblaron las manos.

Arden me condujo hacia el cobertizo y lo rodeamos. Nos agachamos, cogidas de la mano, y miramos a través de la ventana rota: los soldados entraron en la finca, con las pistolas preparadas, y rodearon la piscina. Calverton se llevó un dedo a los labios para pedir silencio.

—Lo siento —susurré al oído de Arden de forma casi inaudible. Yo había enviado el mensaje y atraído a los soldados a casa de Marjorie, y en ese momento estaban a punto de capturarnos. Había elegido el camino equivocado.

Richards cogió una linterna que llevaba prendida del cinturón y rebuscó bajo la destrozada terraza. Entonces Arden se fijó en las sillas volcadas y apiladas junto a la

puerta trasera de la casa. Las señaló y dijo:

—Puedes utilizar una de esas sillas para saltar y salir por detrás.

A través del cristal roto, vi a Calverton que se dirigía hacia el otro extremo del cobertizo, donde había una vieja caseta de perro.

—¿Y tú qué? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Arden intentó sonreír, pero su rostro estaba tenso.

—Los distraeré. No te preocupes. Nos veremos en Califia —aseguró—. Encontraré el camino.

—No, no —repuse secándome los ojos con un brazo. Quería creerla, pero estaba convencida de que, para cualquiera de nosotras, sería prácticamente imposible seguir sola nuestro camino—. No puedes hacerlo. Prefiero que me lleven a la ciudad, aunque.

—Tú harías lo mismo por mí —me interrumpió—. Ya lo hiciste.

No esperó mi respuesta. Me soltó la mano y se plantó como una flecha en el jardín. Richards saltó de su puesto junto a la terraza y la persiguió, seguido de cerca por Calverton. Continuaron corriendo hasta que desaparecieron por el portillo.

Los disparos desgarraron el silencio. Esperé, temiendo escuchar los gritos de Arden. Pero no oí más que las voces de los soldados que se alejaban y fuertes pisadas machacando la reseca tierra.

Me dirigí a la verja, arrastrando una silla hasta ella como Arden me había indicado. La imaginé a mi lado, apoyándome la mano en el brazo, guiándome. Eché a correr en dirección opuesta, imaginándome la llamativa mancha azul de su jersey entre los árboles. A veces me parecía como si me mirase, muy acalorada, o como si rechazase un camino para señalarme un cambio de dirección. Continué la marcha, dejando las enormes rocas atrás, erguidas contra el cielo, y no me detuve hasta que refrescó y el bosque quedó en penumbra; entonces comprendí que estaba completamente sola.

Pasó el tiempo: dos días, tal vez tres. No tenía forma de contarlos.

Me tendí en la bañera orlada de mugre de una casa abandonada, con un cuchillo romo en la mano. Iba descalza y me sangraban los pies. Había corrido tanto que se me rompieron los cordones de los zapatos y los perdí en alguna parte.

Entre sueños recordé las imágenes del sótano: los cuerpos de Otis y Marjorie caídos en un montón yerto; la cara de Lark aplastada contra el frío suelo de cemento; el olor a pólvora y sangre; Calverton que se limpiaba una mancha de la bota; los dedos de Arden clavados en mi brazo; los ojos de Richards, grises e insensibles, fijos en los míos.

Debería haberlo dicho nada más despertar. Tendría que haber contado que había utilizado la radio y lo del mensaje. Pero, por el contrario, me entregué feliz a la emoción del sueño, a aquella absurda fantasía de ver a Caleb en su habitación.

Me cuestioné si habría algo podrido en mi interior. Había abandonado a Pip. Había abandonado a Pip, a Ruby, a Marjorie, a Otis y a Lark, para seguir adelante, segando sus vidas en mi horrible trayectoria. No quería continuar siendo testigo de todo aquello: las casas tapiadas y las banderas rojas, colgadas de las destrozadas ventanas, en las que se leía la palabra EPIDEMIA, pintada en negro y de través sobre ellas. Los niños eran demasiado pequeños para quedarse sin madre. Ojalá no volviese a oír el crujido de los grisáceos huesos bajo la maleza, ni a sentir el miedo inexorable que me atenazaba el pecho y me dominaba por completo.

No tenía ganas de comer, ni me apetecía moverme, y llevaba días sin beber nada. Se me doblaban las piernas y se me había quemado la espalda. Cuando el sol se deslizó bajo el alféizar de la ventana, solté el cuchillo: si permanecía en la bañera, llegaría el final antes que los soldados.

El calor del día se esfumó, y transcurrieron las horas. En algunos momentos entre la lucidez y la inconsciencia me veía junto a Arden, detrás del cobertizo; contemplé su cara a la luz del día y oí sus palabras: «Tú harías lo mismo por mí». A ese recuerdo le sucedió otro de mi madre en la puerta de nuestra casa, observando cómo me subían al camión. También vi el plato de huevos que Marjorie me había servido, sentí el cariño con que Arden me había envuelto los pies con la manta y noté la ajada mano de Otis sobre la mía.

Me replegué sobre mí misma y me quedé como paralizada, atormentada por la pena. Tanto en el colegio como fuera de él creía que el amor era un lastre, algo que podía volverse contra mí. Pero rompí a llorar cuando descubrí la verdad: el amor era el único adversario de la muerte, la única cosa capaz de luchar contra sus voraces y desesperadas garras.

No me quedaría allí. No me rendiría. Aunque solo fuese por Arden, por Marjorie, por Otis, por mi madre. «Te quiero, te quiero, te quiero.»

Salí de la bañera. Casi no me sostenía. La casa estaba en penumbra y las baldosas rotas me cortaban los pies; las astillas de las podridas tablas del suelo me hacían daño. La bilis impregnaba la parte delantera de mi raído jersey gris. Me daba igual. Entré en todas las habitaciones, caminando con lenta decisión. Encontré una lata abollada debajo del frigorífico y seguí registrando armarios y cajones. Pasé la mano sobre una estantería hasta que di con lo que estaba buscando.

El atlas era como el que la profesora Florence nos había enseñado en primero de bachillerato, con cantoneras de piel. Revisé las páginas, fijándome en tramos azules de tierra que no me decían nada, y hojeé mapas de lugares extraños con nombres como Tonga, Afganistán o El Salvador. Había mucho mundo del que nunca había oído hablar. Me intrigaba cómo serían aquellos sitios: vastas extensiones de tierra, terrenos salpicados de montañas o tal vez lujuriantes paraísos tropicales. ¿Habrían sufrido la epidemia como nosotros?

Al pasar las páginas, nada se parecía a lo que yo conocía. En la estantería había otro atlas más pequeño: unas líneas cruzaban los mapas y estaban señaladas con números. Por fin encontré la señal: 80. Mi dedo siguió la línea por toda la página hasta señalar una mancha azul: el mar.

Por primera vez en varios días la sensación de posibilidad se impuso al terror. Estudié los mapas y arranqué las páginas en las que aparecía Sedona, Arizona, la zona verde debajo del número 80, y unos lugares llamados Los Ángeles y San Francisco. Los uní en el suelo y hallé el gran lago junto al que vivía Caleb: Tahoe.

Al día siguiente me aprovisionaría e iría al norte, a Califia. No podía permanecer otro día en la casa, dejándome morir. Aunque los soldados me encontrasen, aunque me derrumbase en pleno desierto, a la sombra de las gigantescas rocas, tenía que continuar. Al menos debía intentarlo.

Salí temprano, antes de que despertasen los pájaros. Como había encontrado una oxidada lata de guisantes, cené la mitad y desayuné la otra mitad, bebiendo el líquido espeso del interior. Fui de casa en casa, registrando todo el pueblo, y descubrí otras dos latas sin etiqueta y un frasco de mermelada. No era gran cosa, pero bastaba para unos días, hasta que encontrase otro lugar seguro para descansar.

Hacía frío yendo hacia el norte por entre los bajos arbustos que bordeaban las carreteras, de modo que me arropé con el jersey, agradecida a los que habían vivido en aquella casa en la que había hallado ropa y un par de zapatillas deportivas del cuarenta y uno que lucían la marca NIKE en los lados. El mapa me guio por el desierto, donde la tierra adquiría un tono dorado oscuro. Caminé lo más rápido que pude, notando las piernas aún débiles, y me detenía cada hora para tomar un poquito de mermelada; la dulce dosis de azúcar me servía de combustible.

Al filo del mediodía llegué a una encrucijada. Allí había un gran aparcamiento lleno de coches herrumbrosos, y si lo atravesabas, te encontrabas ante un edificio de ladrillo, cuyas ventanas estaban rotas y en cuya fachada exhibía un letrero rojo que decía:

BANCO DE AMÉRICA.

Me dirigía a un supermercado saqueado cuando oí un extraño ruido. Mi cuerpo lo reconoció antes que mi mente: el motor de un coche. Me precipité al interior del banco, donde las mesas se alineaban frente a las ventanas, me agaché y esperé.

El coche recorrió la calle con lentitud. Desde mi escondite oí el rugido familiar: los crujidos de los desperdicios aplastados por las ruedas. Cuando el coche se detuvo, me puse a temblar y eché la cabeza hacia atrás, como si necesitase aire desesperadamente. Poco después el vehículo reanudó la marcha.

El ruido se extinguió, y me apoyé en una mesa con el espíritu renovado. Los soldados me estaban buscando. Tenía que seguir adelante.

Junto a la puerta pisé un montón de papeles verdes esparcidos por las baldosas y cubiertos de arena y polvo. Cogí uno que ponía «100» y en el que estaba representada la cara de un anciano muy serio; comprendí que se trataba de un billete viejo. Dinero. Lo estrujé y lo arrojé al suelo.

Actué con rapidez, deslizándome por la parte de atrás de tiendas y mercados, entre contenedores llenos de huesos. Seguí corriendo sin parar hasta alejarme de los semáforos rotos y de los armazones de los vehículos volcados al borde de la calle. El angosto pueblo moría en el desierto.

Ante mí se extendía un terreno llano; solo había matorrales a un lado de la

carretera, tan escasos que no servían de cobertura. Me quité la camiseta amarillenta para no destacar en medio de la seca y agrietada tierra, comprobé el mapa por última vez y me dispuse a cruzar la llanura, hacia un grupo de casas que se divisaban a lo lejos. Las rojizas rocas se elevaban hacia el cielo, acariciadas de vez en cuando por las nubes. No había ni rastro del todoterreno.

«Seguro que las casas no están muy lejos —me dije tratando de convencerme—. Continúa. No mires atrás.»

El sol se elevaba en el horizonte y me calentaba la piel. Intenté imaginar a Arden en aquel momento, o a Pip pateando la tierra mientras tarareaba una canción, pero sus fantasmas no hicieron acto de presencia.

Tomé otra dosis de mermelada, masticando las amargas semillas de frambuesa, y me animé a seguir adelante, pareciéndome más leve el peso que llevaba a la espalda y apresurando mis pasos mientras me dirigía hacia las casas, hacia un abrigo seguro. Poco a poco distinguí las ventanas, las puertas, los juegos infantiles en los jardines.

Entonces oí de nuevo el motor. Debía de haberse parado en la carretera detrás de mí para esperarme. Eché a correr, impulsándome con los brazos desesperadamente, y crucé el destrozado pavimento en dirección a los arbustos.

Pero el coche aceleró. Lo oía detrás de mí, ganando terreno, acercándose. Me impulsé con los brazos todavía más enérgicamente y pateé el suelo, pero fue inútil: el coche aminoró la marcha, se detuvo, se abrió una puerta y oí pasos en la carretera. Me ardían las piernas a causa del esfuerzo, y mi cuerpo se ralentizó, pero continué corriendo. No quería que me capturasen de aquella forma, en pleno desierto. En ese momento, no; había llegado demasiado lejos.

—¡Detente! ¡Detente!

Las lágrimas resbalaron por mi cara, arrastrando la fina capa de polvo que lo cubría.

—¡Eve! —gritó una voz masculina, pero no me volví. De pronto unas manos me agarraron por el brazo, y me arrojaron sobre la espesa maleza. No me resistí. Tenía las extremidades entumecidas cuando aquel animal me puso boca arriba. Me cubrí la cara.

—Eve —repitió la voz más suavemente—, soy yo.

Abrí los ojos y vi el rostro que tantas veces había imaginado: Caleb sonreía, y sus cabellos caían sobre mi frente. Apoyé mis manos en sus mejillas, cuestionándome si estaría soñando despierta, pero su piel era firme bajo mis dedos. No supe si reír o llorar.

Opté por abrazarle. Nuestros cuerpos se fundieron en uno, nuestros brazos se entrelazaron hasta casi asfixiarnos, hasta que no hubo nada entre nosotros, ni siquiera aire.

—¿Escuchaste mi mensaje? —pregunté al fin.

Caleb alzó la cabeza y contestó:

—Quería responderte, pero no podía. Sabía que los militares estaban escuchando y que ya se habían puesto en marcha. Era el código de.

—Sí, lo sé —admití secándome las lágrimas—. Era el código inadecuado.

—Hemos de irnos —me advirtió ayudándome a levantarme. En la carretera había un herrumbroso coche rojo—. Siguen buscándote. —Nos dirigimos al vehículo, una mole cuadrada que en la parte delantera exhibía la marca Volvo; en el asiento del piloto había una raja de la que salía una densa espuma amarilla.

Cuando Caleb pisó el acelerador, me relajé en el asiento, y el dolor de las piernas remitió. Detrás de nosotros se levantó una polvareda, y el mundo desapareció tras un perfecto manto anaranjado.

treinta y uno

El aire que entraba por la ventanilla me azotaba la piel y me alborotaba los cabellos, mientras que un polvo dorado cubría el rostro de Caleb, sus rastas castañas e incluso la delicada piel detrás de las orejas.

—¿Cómo me has encontrado? —quise saber.

Pasamos sobre un socavón, y el coche se balanceó hacia un lado.

—Solo hay una parada en la ruta de Sedona —contestó él.

—Entonces has estado en la casa. ¿Has bajado al sótano? —Hundí los dedos en el asiento roto. En la parte de atrás del coche se amontonaban prendas de ropa, latas oxidadas sin etiqueta y dos mochilas cubiertas de barro.

Asintió, y nuestras miradas se encontraron un instante.

Se me agarrotó la garganta. Había visto al soldado bajar la pistola; había visto cómo apuntaba. Pero necesitaba preguntarlo:

—¿Y Marjorie estaba...?

—Murieron. Los tres. —Me apoyó la mano en el brazo. Las costuras descosidas de la camiseta dejaban al descubierto un hombro tostado por el sol—. Había sangre a cierta distancia de la trampilla y fuera de la casa. Seguí el rastro por el bosque, pero lo perdí dos kilómetros después y me convencí de que te habían capturado. —Hizo una pausa y se ajustó el cinturón de seguridad—. Cuando estaba a punto de regresar, vi algo en el suelo: un zapato de mujer. Encontré el otro un par varios metros más adelante, hacia el norte, y seguí esa dirección registrando sistemáticamente los bordes de la carretera.

—¿Has visto a Arden? —Me puse la mano sobre el pecho para serenar el corazón—. Me salvó la vida. Salió corriendo para distraer a los militares.

Caleb frotó el volante con el dedo, como si quisiese borrar una mancha invisible. Tras una pausa, movió la cabeza negativamente.

—No.

Me sequé las lágrimas.

—Dijo que nos encontraríamos en Califia, pero... ahora está sola y yo. —No pude continuar hablando al pensar que Arden estaría en medio de la nada, llena de ampollas a causa del sol, y a muchos kilómetros de la carretera. O peor, en el asiento trasero de un todoterreno de los soldados, que la devolverían al colegio.

Caleb me apretó el brazo.

—Ella es muy fuerte. Si se esconde, no le ocurrirá nada.

Llegamos a un pueblo en ruinas cuando el sol se ocultaba ya tras las lejanas colinas. El pavimento estaba agrietado, y los desniveles hacían saltar las monedas apiladas en el salpicadero del coche. El vehículo continuó su camino, traqueteando y

bamboleándose, pero me sentí más segura a medida que nos acercábamos a Califia.

—En cuanto a Leif... —musité. Caleb tenía el mapa sobre el volante y sujetaba las puntas con las manos para que no se doblasen. Dejábamos atrás tiendas vacías y puñados de arbustos resecos y ennegrecidos—. No fue.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a contestar—. No hay nada que explicar. —Apartó el mapa y me miró a los ojos. Tenía los labios enrojecidos por el exceso de sol.

—No sabía si volvería a verte alguna vez. —Se me quebró la voz—. No deberías.

—Ojalá no me hubiese marchado —repuso alzando más la voz. Aminoró la velocidad y se giró hacia mí, lloroso. Se pasó un dedo sobre el entrecejo para limpiarse el polvo—. He pensado mucho en ese día y me he cuestionado qué habría ocurrido si hubiera estado allí cuando apareció ese animal y os metió a ti y a Arden en el camión.

—¿Adónde fuiste? —Encogí las piernas y me acurruqué—. ¿Qué te pasó?

Se restregó las sienes y explicó:

—Fui a las montañas. Quería cabalgar hasta que se me aclarasen las ideas. Cuando volví al campamento, los chicos estaban muy disgustados. Benny. —Aceleró de nuevo esquivando los socavones en los que crecían gruesas raíces—. Benny era el que estaba peor de todos.

—¿Y dónde están ahora? —Imaginé la sonrisa de Benny cuando conseguía leer una palabra correctamente, y a Silas, en medio de su habitación, luciendo el tutú y un sombrero de vaquero en la cabeza.

—Siguen allí... con Leif. —Volvió a sujetar el volante, puesto que piedras y ramas rascaban los bajos del vehículo. El significado de sus palabras estaba claro: había dejado atrás su casa, su vida, sus amigos... por mí. Tras una larga pausa, dijo —: Voy contigo a Califia. Viviremos los dos allí.

Había algo en el plural, «los dos», que me consoló. Ya no éramos solo él o solo yo, sino nosotros dos.

Todavía parecía posible compartir una vida, una vida en Califia, aquel lugar que se encontraba una vez atravesado el puente rojo, escondido entre montañas junto al mar. La comunidad de huérfanos escapados nos aceptaría. Yo podría dar clases, y él cazaría y enviaría mensajes a los chicos de los campos de trabajo, e incluso volveríamos al colegio en cuanto pudiésemos afrontar el viaje, y rescataría a Ruby y a Pip, como había prometido.

Bajé la vista hasta su mano y entrelacé los dedos con los suyos. Y así, dándome el sol en un lado de la cara, en el hombro y en las desnudas piernas, permanecimos unidos: una visión reconfortante.

Cuando volví la vista hacia la carretera, clavé los pies en el suelo y me aferré a la ventanilla.

—¡Caleb, frena! —grité. Detuvo el coche, y yo reboté contra el salpicadero.

El coche chirrió.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó. Asentí y me acomodé en el asiento, frotándome la zona del brazo donde había impactado contra el duro salpicadero de plástico.

—¿Y ahora qué? —cuestioné señalando delante de nosotros.

Había una furgoneta en la carretera, bien visible bajo las últimas luces del día; tenía los neumáticos reventados y las ventanillas rotas. Un poco más lejos había otro coche y otro más, una larga fila de vehículos, cuyos herrumbrosos parachoques casi se tocaban, que ocupaban la carretera a lo largo de kilómetros frente a nosotros. La carretera estaba atestada; no se podía circular.

Caleb cogió el mapa y, señalando la fina línea azul que habíamos seguido desde Arizona, aseguró:

—Este era el mejor trayecto.

Eché una ojeada por la polvorienta ventanilla hasta una curva que describía la carretera: a unos cientos de metros más adelante, había un montón de huesos descoloridos por el sol.

—¿Cómo te trajo Fletcher hasta aquí?

—No lo sé. Era de noche. En varias ocasiones circuló por caminos de tierra. — Salimos del coche y observamos la fila de vehículos que habían intentado salir. Siempre que se hacía referencia a la epidemia, surgía, como inevitable consecuencia, el caos.

Caleb se dirigió a la parte de atrás del coche y abrió el maletero. Sacó latas de comida, un gran cilindro de lona con postes metálicos y una tela, y cerró el maletero de golpe.

—Pasaremos aquí la noche —indicó abriendo una lata con un cuchillo—. Los soldados no nos encontrarán. Saben que esta carretera está bloqueada. Mañana retrocederemos y seguiremos el camino que yo cogí, a través de las montañas.

Casi se había puesto el sol, y en el cielo ya se veían los puntitos brillantes y blancos de las estrellas. En la carretera, con los faros encendidos, los soldados nos localizarían fácilmente. No nos quedaba otra opción que pasar allí la noche.

Caleb puso una lona junto a la calzada, sobre un trozo de tierra medio oculto por unos resecos arbustos. Observé cómo trabajaba en silencio, con agilidad, repartiendo varillas por el suelo. Cuando la improvisada tienda de campaña estuvo armada, el cielo había adquirido una tonalidad grisácea y la luna proyectaba una luz fría sobre nosotros.

—Tú primero —dijo señalando la portezuela de tela verde oscuro.

El interior de la tienda tenía el espacio justo para dos cuerpos acostados. Él entró detrás de mí, rozando mi brazo con el suave tejido de su camiseta. Tras días de separación, la repentina intimidad me puso nerviosa.

—Bueno, supongo que ha llegado la hora de dormir —dije en voz bastante alta, alerta hasta el último rincón de mi piel. Cogí una gastada manta gris y me cubrí el regazo con ella.

—Sí, supongo que sí. —Se rio, y yo distinguí su sonrisa a la tenue luz que se filtraba por el fino tejido de la tienda—. Pero primero tengo que darte una cosa.

Sacó una bolsita de seda del bolsillo, tan sucia que parecía un desperdicio. Pero enseguida supe qué contenía.

—Dejaste esto en tu habitación del refugio —dijo entregándomela—. Me pareció importante.

Agradecida, apreté la bolsita entre mis manos, palpando el pajarito de plástico, la pulsera de plata empañada y los desgastados bordes de la carta de mi madre.

—Gracias —dije con lágrimas en los ojos. No podía saber lo importante que era para mí—. No sé cómo.

—Chiss. No importa.

Me cogió la mano y se tendió, pasando un brazo por debajo de mí y encajándolo detrás de mi nuca. Me atrajo hacia sí, y sentí el calor de su cuerpo y la incipiente barba de su mentón rascándome la frente.

—Buenas noches, Eve.

—Buenas noches, Caleb. —Mientras su respiración se serenaba, apoyé la mano en su pecho, y percibí la sangre bullendo en mis dedos, en mis piernas y en mi corazón. Tras días de dudas, deseos y añoranzas, estaba a mi lado. Tres pensamientos acudieron a mi mente segundos antes de que me rindiese al sueño:

«Voy a Califia».

«Estoy con Caleb».

«Soy feliz».

treinta y dos

El ambiente refrescó cuando nos dirigimos hacia el norte. Le conté a Caleb la historia de Fletcher y el camión, cómo habíamos conocido a Lark y qué películas nos proyectaba Otis en la pared; le hablé también del desayuno de huevos con jabalí que nos preparaba Marjorie y de la habitación en la que nos habíamos escondido mientras los soldados registraban la casa. Luego le expliqué todo lo que había presenciado: la bala que explotó en el pecho de Otis, el disparo que hirió a Marjorie en la mejilla y las salpicaduras rojizas que mojaron mis piernas cuando Lark recibió el tiro.

—No puedo borraréme de la cabeza.

Fruunció los labios con gesto pensativo, y me confesó:

—A veces, por la noche, me despierto aterrorizado porque me parece que estoy en los campos de trabajo, llevando bloques de cemento a la espalda, o en la habitación con un chico en la litera de al lado, sangrando y escupiendo bilis, hasta que me doy cuenta de que todo ha sido un sueño, y me siento afortunado.

—¿Afortunado, dices?

—Sí. Afortunado de despertar, de que lo que antes era mi vida sea una pesadilla.

El coche ascendió por una empinada carretera, y el motor chirrió y rugió ante el nuevo esfuerzo que se le pedía. Nos rodeaban las montañas de Sierra Nevada. Miré por la ventanilla la pronunciada ladera verde y me acordé de mi madre, de las canciones que me cantaba cuando me bañaba en la bañera de patas, imitando a una araña con las manos.

—¿Recuerdas a tu familia? —le pregunté a Caleb. Él me había contado que llegó al campo de trabajo a los siete años, pero apenas sabía nada de su vida anterior. ¿Había tenido una bicicleta, como yo? ¿Compartía habitación con sus hermanos? ¿Cómo eran sus padres?

—Todos los días los recuerdo. —El coche subía a trompicones, muy despacio, debido a la densa vegetación del suelo, muy cerca de los muros de roca que flanqueaban la carretera—. Intento recordar la época anterior a la epidemia cuando jugaba a robar la bandera con mi hermano y sus amigos en el jardín. Mi hermano me llevaba cinco años, pero me dejaba formar parte de su equipo; a veces tenía que cogerme en brazos para que no me capturasen. —Esbozó una sonrisa, que desapareció enseguida.

—¿Dónde vivías? —pregunté poniéndome de lado en el asiento.

—En un lugar llamado Oregón. —Entrecerró los ojos—. Hacía frío y llovía. Siempre llevábamos chaqueta. Pero todo era muy verde. —El coche se metió en un socavón emitiendo un nuevo chirrido, pero seguimos circulando, aplastando plantas con las gastadas ruedas—. ¿Y tú? ¿Tenías hermanos?

—No. Vivía con mi madre. —Asomándome por la ventanilla, vi el precipicio que estaba a menos de un metro, altura que aumentaba a medida que el coche ascendía por la montaña, y recordé la sensación del aliento de mi madre en mis oídos, las caricias de sus dedos—. Solía hacer una cosa divertida el día de mi cumpleaños: me despertaba trayéndome el desayuno y me cantaba: «Hoy es un día muy especial... hoy es el cumpleaños de una personita.» —El rubor me abrasó las mejillas mientras cantaba con un tembloroso hilo de voz.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —Tamborileó con los dedos sobre el volante, siguiendo el ritmo—. La recordaré para cantártela.

—No lo sé. En el colegio no se celebraban los cumpleaños. —Todos los días eran exactamente iguales, uno detrás de otro. A veces, cuando nos servían empanada dulce de manzana, imaginaba en secreto una vela como las de las tartas que había visto en los libros de la biblioteca—. De todas formas, ¿quién sabe las fechas a estas alturas?

—Yo —afirmó acelerando.

—¡No me digas! —sonreí, incrédula, y me pasé la mano por los cabellos—. Entonces, ¿qué día es hoy?

—¡Uno de junio! —respondió—. Empieza un nuevo mes. —Repiqueteó los nudillos contra el volante—. A ver. ¿Cuándo debe de ser tu cumpleaños...? Te gusta demasiado la polémica para ser sagitario.

—¡No me gusta la polémica! ¿Y qué es eso de sagitario?

—Suspicaaz, ¡hummm! —sonrió, divertido—. Tal vez seas cáncer. ¿Habrás nacido en julio?

—¿Por qué me acusas de suspicacia? ¿Y a qué te refieres con eso de cáncer? ¿No es una enfermedad?

Bajo la tenue luz del atardecer, percibí minúsculas ampollas en su nariz, justo donde el sol le había pelado la piel.

—La astrología es un juego, cosa de chiflados. —Hizo círculos con el dedo en la sien y puso los ojos en blanco.

No pude reprimir la risa, y dije:

—Me gustaría que fuese en agosto, pues era cuando cambiaba el programa en el colegio y empezaba un nuevo curso. Siempre me ha gustado ese mes.

—De acuerdo. ¿Qué te parece el veintiocho de agosto?

—Genial —respondí. Permanecí callada un rato, mientras una sonrisa me iluminaba el rostro. Después de tantos años leyendo cosas sobre cumpleaños, mirando las ilustraciones de los libros infantiles en las que aparecían tartas con velas, oyendo a la directora Burns decir que el colegio solo tenía datos sobre nuestro año de nacimiento y que el día no importaba, al fin tenía un día para celebrar mi nacimiento: el veintiocho de agosto.

El coche ascendió por carreteras serpenteantes, mientras el cielo se volvía

totalmente blanco. Cuanto más subíamos, más frío hacía, de modo que cogimos la ropa del maletero y nos pusimos chaquetas, pantalones y botas impregnados del familiar olor a moho. El sol se ocultó detrás de la densa capa de nubes.

Contemplé las manos de Caleb al volante y la forma en que su pie pisaba el acelerador, picándome la curiosidad acerca de cuándo y cómo había aprendido a conducir. El monótono zumbido del motor me hipnotizó, y mis pensamientos volvieron al colegio, a Ruby y a Pip y a la larga habitación llena de camas.

—Mis amigas se han quedado en el colegio. Tiene que haber una forma de sacarlas de allí.

Se rascó la nuca, donde las rastas se le adherían al cuero cabelludo. Se había abrigado con un grueso chaquetón marrón, con el cuello forrado de lana amarillenta, el mismo que llevaba la noche del saqueo.

—En Califia habrá recursos. Tal vez entonces.

Guardó silencio un rato, observando por la ventana delantera del vehículo la carretera sembrada de finas ramas y hojas secas; ya no había camino de tierra, sino piedras, y el coche daba tumbos sobre la desigual superficie.

Por fin carraspeó y me preguntó:

—¿Cómo son tus amigas?

—Pip es muy divertida —expliqué—. Los primeros años que pasé en el colegio, me daba muchísimo miedo que la epidemia traspasase los muros o que entrasen los perros salvajes. Todo era horrible. Cuando empezaba a quejarme, ella me arrastraba al jardín y me decía: «¡Cállate! ¡Me estás arruinando la fiesta!». Y a continuación hacía muecas para que me riese. Mira, algo así. —Me estiré la piel de las mejillas hacia abajo como hacía ella, dejando al descubierto el borde inferior rojizo de las cuencas de los ojos.

Él se rio y, levantando una mano para no verme, suplicó:

—Para, por favor.

—Y Ruby es de las que te dicen que vas hecha una facha, pero también de las que le gritan a cualquiera que se meta contigo. Es muy leal. —La carretera serpenteaba hacia arriba, abrazando la ladera de la montaña hasta perderse de vista. Caleb manipuló los botones de la calefacción, tratando de regular la ventilación, pero no salió más que aire frío.

—Conozco a gente así. Algunos amigos míos todavía están en los campos.

Iba a preguntarle más cosas, pero el coche se paró de repente, y un fuerte olor a humo se me metió en los pulmones y me hizo toser. Tras un momento de confusión, salimos del vehículo pugnando por respirar.

En la parte delantera ardía algo, finas columnas de humo gris salían del capó. Caleb se apartó el humo de la cara con la mano y levantó el capó, haciendo un gesto de dolor al tocar el metal caliente, e inspeccionó el renegrido interior.

—Está destrozado —dijo, tosiendo, y contempló la carretera que continuaba retorciéndose ante nosotros a lo largo de kilómetros y kilómetros hasta llegar a la cima, que después descendía por el otro lado de la montaña.

Como me helaba a causa del gélido viento, me cubrí con la capucha del chaquetón para protegerme del viento, mientras él sacaba las provisiones del maletero y las introducía en una mochila.

—Debemos ponernos en marcha. Así será más fácil entrar en calor.

Estudié el mapa, arrugado y borroso: quedaban algo más de treinta kilómetros entre llegar a la cresta de la montaña y el descenso posterior.

—Seguro que podemos recorrerlos en dos días —calculé, y emprendí el camino—. Tal vez menos.

Caleb andaba con los ojos fijos en el cielo.

—Esperemos que el tiempo aguante. —Se ajustó el chaquetón y se metió las manos bajo los brazos cuando iniciamos el ascenso. Me estallaban los oídos a causa de la altura, y la pendiente era tal que casi no podía respirar, pero mantuve el paso con ayuda de un palo que encontré.

Comimos piña y guisantes en conserva mientras caminábamos, y bebimos el jugo frío. Caleb me habló de su familia: su padre trabajaba en el periódico local, y a veces traía grandes cajas para construir casas de fantasía en el jardín. Yo le describí la casita de tejas azules en la que había vivido; nadie más que yo cabía en el angosto sótano, con paredes de densa pelusa rosada. Y también le conté lo del buzón: cuando me aferré al poste al ver el camión recorriendo el barrio. El padre de Caleb había ido a la farmacia y no regresó jamás. Como su madre y su hermano estaban enfermos, él recorrió las calles en bicicleta, buscando a su padre hasta que aparecieron los vándalos por la noche. Cuando regresó a casa, su familia había muerto y los cuerpos ya estaban rígidos.

—Permanecí allí tres días, abrazado a mi madre. Los soldados me encontraron cuando saqueaban las casas, y me llevaron a los campos de trabajo. —Continué caminando, ascendiendo la empinada cuesta, pero mi mente estaba en aquella casa junto a Caleb, acariciándole la espalda para consolar su llanto.

Trepamos en silencio un buen rato, cogidos de la mano, pero los dedos se nos habían enrojecido por el frío. Habíamos caminado ya ocho kilómetros cuando el cielo comenzó a escupir diminutos cristales blancos que se amontonaban en los pliegues de mi chaquetón.

—Esto. ¿Es nieve? —extendí la mano, disfrutando de la fría sensación sobre la piel.

—Únicamente la había visto a lo lejos, coronando las cimas de las montañas o en los libros.

—Sí, y cae muy rápido —contestó evaluando la fina capa que cubría la carretera

como una sábana, pero continuó andando, sin detenerse a mirarla.

Sabía que era algo serio por su tono de voz, pero me quedé observando los puntitos blancos en mis manos. Pensé en muñecos de nieve, castillos e iglús como los de los cuentos de mi niñez.

Diez minutos después se levantó viento; los copos eran más gruesos y se amontonaban en el suelo, alcanzando varios centímetros de altura. El jersey no me abrigaba lo suficiente ni tampoco el chaquetón, y las zapatillas deportivas no eran apropiadas. El frío me traspasaba la ropa y el viento me hacía temblar.

—Tenemos que montar la tienda —recomendó Caleb; la capucha se le cayó hacia atrás y dejó sus cabellos al descubierto. Sacamos la tienda de la funda, luchando para clavar las varillas en el duro terreno, aunque solamente conseguimos clavar una, mientras los copos caían cada vez más rápido, arañándome las mejillas y dificultando mi visión.

Caleb siguió golpeando una varilla con otra, pero el metal se dobló. Tras un buen rato, aguantando las sacudidas del frío, ya no pude más.

—Déjalo. Vale así. Hemos de meternos en la tienda como sea.

Tiré de la tela desde la única varilla estable hasta el suelo, y la aseguré con unas cuantas piedras. Detrás había una roca, lo que creaba un pequeño espacio triangular. Me metí debajo y Caleb entró detrás de mí. No había mucho sitio, pero la tela caía por los lados y nos protegía un poco de la tormenta.

—¿Cuánto durará? —pregunté; notaba las manos entumecidas, y el frío se me colaba por las mangas.

Caleb se puso la capucha de nuevo. Tenía el pelo cubierto de nieve.

—No sé. Tal vez toda la noche. —Me acercó hacia él, cubriéndome la espalda con un brazo y abrazándome por delante con el otro. Enseguida sentí calor, tenía la cara pegada a la suya.

Mi respiración se ralentizó y el miedo remitió; ya no temblaba. Él acercó la mano a mi mejilla y me limpió los restos de nieve de las pestañas.

—Benny me dijo que amar a alguien era saber que tu vida sería peor sin esa persona. —Sonrió—. ¿De dónde sacaría esa idea?

Mi piel entró en calor gracias a su contacto. Le sonreí sin decir nada.

Se inclinó sobre mí, dibujando líneas invisibles sobre mis mejillas, y susurró:

—Por eso tenía que encontrarte.

Sus labios se fundieron con los míos y sus brazos me rodearon los hombros. Alcé la barbilla y me entregué a su beso. Me fue imposible parar. Pensé fugazmente en los años de clases sobre la estupidez de Julieta, Ana Karenina y Edna Pontellier. Pero por primera vez lo comprendí: todo por un momento, un momento demasiado bueno para desperdiciarlo.

treinta y tres

Cuando abrí los ojos, todo era blanco, y durante un segundo me pregunté si habría muerto y estaría en el cielo. Al levantar el trozo de tela que me tapaba en parte la cara, comprobé que la nieve seguía allí. El suelo estaba helado, pero la tormenta había pasado y brillaba el sol.

Salí de la improvisada tienda. Descansando un brazo sobre un costado, Caleb empezaba a despertarse. A lo lejos, allá abajo, había un mundo silencioso y pequeño, fascinante, sin armas, sin soldados ni colegios. Mi cuerpo se contagió de la energía de las piedras, la vegetación y el cielo; me sentía increíblemente libre.

Alcé los brazos, y la brisa se me coló entre los dedos. De pronto algo me golpeó la espalda. Me volví. Caleb estaba arrodillado junto a la tienda, con una bola de nieve en la mano, esbozando una sonrisa traviesa. Me lanzó el proyectil, que me impactó en el cuello.

Chillé, me agaché y, cogiendo puñados de nieve, los compacté.

—¡Me las vas a pagar! —Lo perseguí entre los pequeños árboles, sobre las piedras, dando tumbos mientras lo acribillaba por la espalda una vez, dos, tres veces, llena de entusiasmo.

Él me lanzó otra bola de nieve que acertó, pero yo aproveché para sujetarle el brazo y tumbarlo en el suelo.

—¡Tiro la toalla! ¡Tiro la toalla! —gritó riéndose.

—¿Qué toalla? —pregunté. Cogí un puñado de nieve y se la restregué por la cara. Se retorció para evitar la frialdad.

De pronto, realizando un rápido movimiento, se puso sobre mí, me rodeó con los brazos y pegó su cara a la mía.

—¡Significa piedad! ¿No tienes piedad? —Me besó lentamente, como en un juego, mientras me caía de espaldas sobre la nieve.



Tal vez se debiera a que ya había pasado la tormenta, a la ilusión del descenso o a la borrachera de felicidad, pero bajamos la montaña en menos de un día. Cuando se puso el sol, llegamos por fin a una carretera llana, cuya musgosa calzada fue un verdadero alivio para nuestros pies.

—Podemos detenernos ahí —sugirió Caleb, señalando un grupito de edificios a kilómetro y medio de distancia—. Con un poco de suerte, encontraremos algo útil para la última parte del trayecto: bicicletas, un coche, cualquier cosa.

—A todo esto, ¿cómo conseguiste el coche, el Volvo? —pregunté. Había sentido tal felicidad al verlo en la carretera y percibir su cuerpo junto al mío, que ni siquiera

se me ocurrió pensar cómo había llegado hasta allí.

Una mosca revoloteó alrededor de su cabeza, y la ahuyentó. Al fin respondió:

—Vendí a *Lila* a un bandido. —Sonrió tímidamente—. No son malas personas, sino simples egoístas. Ella estará bien.

Sabía que adoraba a su yegua; lo había notado por la forma en que le peinaba las crines o la tranquilizaba susurrándole cosas. Por eso escudriñaba el horizonte después de nuestro encuentro con los soldados, y seguía buscando rastros de ella. Le cogí la mano y se la estreché; no bastaba con un simple agradecimiento. Nada de lo que le dijera sería suficiente.

Caminamos en silencio unos minutos, hasta que Caleb se detuvo de repente, escudriñando algo que había a un lado de la carretera.

—¿Qué ocurre? —pregunté cuando me obligó a retroceder—. ¿Qué es eso?

—Debemos escondernos. —Señaló la maleza junto a la carretera: la vegetación estaba aplanada, formando dos líneas rectas, como si la hubiesen aplastado unas ruedas—. Es una trampa.

Me volví. Las montañas se alzaban entre ellos y nosotros, no había nada más que terreno herboso.

—No hay ningún escondite.

Nos percatamos de cierto movimiento a unos doscientos metros, cerca del grupo de edificios. Una figura, y después una segunda silueta, se recortaron contra el crepúsculo.

—Estáis en un control de carretera. En nombre de la ley, identifícaos. —Una de aquellas personas alzó un brazo, haciéndonos señas para que nos acercásemos.

Caleb me soltó la mano y me miró. Después observó la montaña.

—Sígueme y cúbrete la cara con el pelo.

Eché a andar, sintiendo el peso de la mochila a la espalda, y me desenredé la maraña de pelo que llevaba bajo la capucha para ocultarme el rostro.

Había tres guardias delante de un antiguo establecimiento en cuyo desvencijado letrero ponía TALLER DE REPARACIÓN DE COCHES. Vimos un todoterreno del gobierno aparcado en el local, así como barras oxidadas, herramientas y montones de ruedas rajadas sobre las mesas de trabajo.

—Disculpen —dijo Caleb, desviando la vista—. Solo somos mi hermana y yo. Necesitamos comida.

Se acercó un soldado pelirrojo, de pestañas y cejas tan claras que tenía el aspecto lampiño de una salamandra, y yo clavé los ojos en sus botas, negras y relucientes. Nunca había visto unas botas tan brillantes.

—¿Buscáis comida en las montañas? —preguntó acariciando la pistola que llevaba sobre la cadera.

—La buscamos a través de ellas —replicó Caleb—. Venimos del otro lado. Una

banda de rebeldes incendió nuestra casa.

Los soldados nos observaron y se fijaron en la destrozada ropa, en la tierra incrustada bajo nuestras uñas y en la fina capa de polvo que oscurecía nuestra piel.

—¿Y tenéis permiso para vivir fuera de la ciudad? —preguntó otro de ellos, más bajo y grueso, cuya barriga colgaba sobre su cinturón. Apoyaba una mano en el todoterreno verde.

—Sí —respondió Caleb, que se había quitado el chaquetón poco antes y tenía el cuello de la camiseta empapado en sudor—. Pero todo se perdió en el incendio.

El tercer soldado nos quitó las mochilas, se sentó en la carretera y rebuscó en ellas, tomando nota de las latas sin etiqueta, del mapa arrugado y de la tienda. Se volvió hacia los demás e hizo un gesto negativo con la cabeza. Llevaba el pelo cortado casi al cero.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el gordo. Se dirigía a Caleb, pero al mismo tiempo escudriñaba mis cabellos, la parte visible de mi cara y mis delgadas piernas llenas de rasguños.

Caleb se me acercó.

—Yo me llamo Jacob y ella es Leah. —Habló con voz clara y firme, pero el soldado pelirrojo no dejaba de mirarme.

El sudor resbalaba por mi piel.

«Que nos dejen pasar —pensé sin apartar los ojos de las relucientes botas del soldado—. Por favor, que nos dejen pasar.»

Oí un suspiro y, de pronto, el pelirrojo hizo crujir los nudillos como si fuesen ramitas partidas.

—Quítate la camisa —ordenó. Se me pusieron los pelos de punta hasta que me di cuenta de que se lo decía a Caleb, que mantenía los brazos quietos a ambos lados del cuerpo.

—Señor, yo. Yo no. —Intentó decir algo, pero se atragantó.

—Déjenos en paz, por favor —pedí levantando la cabeza por primera vez—. Lo único que queremos es comida y descansar una noche.

Pero el de la cabeza afeitada sacó un cuchillo mientras esbozaba poco a poco una sonrisa. Con un movimiento veloz desgarró la manga de la camisa de Caleb, y dejó su tatuaje al descubierto.

—¿Qué tenemos aquí? —se burló el pelirrojo sin apartar la mano de la pistola—. ¿Un fugitivo? ¿De dónde has sacado a la chica, maldito cabrón?

El del pelo al rape me miró fijamente. Era joven, y lucía un fino bigote que apenas se percibía sobre el labio superior. Por fin dijo:

—Es ella. Es la chica.

Caleb embistió al pelirrojo, haciéndole perder el equilibrio. El soldado más joven contempló la escena e hizo ademán de sacar la pistola. El gordo me cogió por el

cuello y me amenazó con el cuchillo, presionando mi piel con el frío metal; respiraba en mi oído y yo percibía el olor acre del alcohol en su aliento.

El pelirrojo se tambaleó hacia atrás, arrastrando a Caleb hacia el garaje, donde estaba el vehículo. Se golpeó la cabeza contra el parachoques, mientras mi amigo buscaba desesperadamente su pistola, y el soldado lo repelía a codazos.

—Haced algo, imbéciles. Ayudadme —gritó al abalanzarse Caleb encima de él, pero el pelirrojo era de mayor estatura, y con su peso, lo inmovilizó momentáneamente en el suelo.

—Sujétala —ordenó el gordo, empujándome hacia el joven, que me rodeó el cuello con el brazo y me apretó contra su pecho. Notaba en mi espalda que el corazón le latía desaforadamente, mientras me apartaba de los tres hombres, enzarzados junto a las ruedas delanteras del todoterreno.

El gordo incrustó la mole de sus nudillos en la nuca de Caleb, que cayó sobre el pelirrojo, y este se conmovió.

—¡Basta, basta! —grité cuando el gordo alzó el cuchillo, levantó el brazo con saña y hundió la hoja en la pierna de Caleb.

El soldado levantó el arma de nuevo y la dirigió más arriba: al cuello. Iba a matarlo.

Palpé con la mano la cadera del soldado joven, buscando la pistola. Sin pensarlo dos veces, la saqué de la funda y apunté al gordo que tenía el cuchillo contra el cuello de Caleb.

Apreté el gatillo, y una repentina nube de humo se extendió ante mí. El gordo gritó cuando la bala le desgarró un costado. Caleb rodó hacia un lado, desprendiéndose del pelirrojo, y yo disparé de nuevo e hice una mueca cuando la bala penetró en el pecho del hombre.

Caleb cogió las pistolas de los soldados y las arrojó entre la hierba. El pelirrojo soltó un quejido y brotó sangre de su garganta; luego, silencio.

Caleb intentó caminar, pero soltó un grito terrible; tenía la pernera de los pantalones empapada de sangre.

—Tenemos que salir de aquí —me dijo, dio unos pasos y cayó; la cara estaba desfiguraba a causa del dolor.

Junto a mí, el soldado más joven levantó las manos, sin moverse.

—Tú. —Oí mi propia voz—. Tú nos llevarás.

—¿Hablas en serio? —repuso. Parecía más delgado, más pequeño; su boca era una línea temblorosa.

—Ahora mismo. —Lo apunté con la pistola hasta que se dirigió al coche—. ¡Ahora! —grité, y se apresuró a encender el motor.

Sacó el coche del estrecho garaje y a punto estuvo de pasar por encima de las piernas del pelirrojo. Ayudé a Caleb a subir al vehículo sin bajar la pistola y cerré la

puerta de golpe.

treinta y cuatro

—Más rápido —ordené—. Conduce más rápido.

Le puse la pistola a la altura del pecho cuando giró a la izquierda por la agrietada carretera que ponía 80. Volví la cabeza para ver si nos seguían otros coches. No tardarían en perseguirnos, en dar la alerta al ejército del rey para que buscasen a quienes habían matado a sus hombres y robado su coche.

El soldado pisó el acelerador sin cesar de temblar. Caleb intentaba vendarse la pierna en el asiento de atrás. Durante una hora presionó la herida. Pero cuando se despegó los empapados pantalones de la piel, brotó otro horrible chorro de sangre.

—Hay que detener la hemorragia —exclamé, mientras el vehículo daba tumbos sobre la irregular calzada. El rostro de Caleb, muy pálido, comenzaba a adquirir un tono grisáceo—. Estás perdiendo demasiada sangre.

—Ya lo intento —respondió apretando una tira de tela alrededor del muslo. Sus movimientos eran lentos, le costaba hacer el nudo, como si necesitase pensarlo antes de atar la tela—. Solo tengo que. —Se le apagó la voz, cada vez más pausada.

Vi cómo se escurría en el asiento, y cómo le costaba mucho moverse. Puse el dedo en el gatillo y centré la atención en el soldado. En su rostro vi a los dos hombres del sótano y oí sus voces serenas mientras nos buscaban debajo de los muebles y en los armarios; los vi matar a Marjorie y a Otis, y oí el disparo que había matado a Lark y los violentos chasquidos de las ramas rotas cuando me perseguían por el bosque.

—Te he dicho que aceleres —advertí fríamente.

—Lo siento, ya lo hago —repuso. Pisó de nuevo el acelerador, y yo reboté en el asiento.

Caleb se quejó. Tenía las manos cubiertas de sangre. Tras un buen trecho, el soldado miró la pistola y a continuación la carretera.

—Si paramos, puedo ayudarlo.

No dejé de apuntarlo, temiendo que nos atacase si me movía. Detrás de mí Caleb hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estás mintiendo —afirmé—. Es una trampa. Sigue. —Seguro que estábamos a menos de cien kilómetros de Califia, donde nos ayudarían. Caleb resistiría.

—Hay un botiquín de urgencias en la guantera —informó el joven soldado, señalando el cajón de plástico delante de mí—. Puedo coser la herida.

—No me fío de ti —repliqué, pero, en el asiento de atrás, Caleb apretaba los puños, tratando de sobrellevar el dolor.

—Si lo hago, tendrás que dejarme libre. —El soldado, de espesas pestañas negras, me miró con una expresión implorante.

Volví la vista: Caleb se aferraba al asiento con la cabeza gacha. El improvisado

vendaje no servía de nada. Podía ocurrir cualquier cosa: los viejos neumáticos estarían a punto de reventar o tal vez se acabase el combustible. Y si nos encontrábamos con más soldados, él necesitaría todas las fuerzas posibles. Cerró los ojos mientras se hundía lentamente, sin remedio, en un profundo sueño.

—Frena —ordené—. Hazlo rápido.

El todoterreno se detuvo en el arcén de la carretera, ante un grupo de edificios. Una gigantesca y arqueada EME amarilla se erguía sobre nosotros. Salí del coche y di la vuelta al vehículo, sin apartar la pistola del soldado, mientras él manipulaba la bolsa roja de la guantera. Sacó una aguja, la enhebró y la preparó.

Con movimientos enérgicos (ya no le temblaban las manos), retiró el vendaje de la pierna de Caleb y le inyectó un líquido claro en la herida; después sacó un trozo de gasa del botiquín. No había visto nada tan blanco desde que me había escapado del colegio; estaba más limpia que los pulcros camisones que nos poníamos para dormir.

Aplicó la gasa sobre la piel de Caleb para secar la herida, que rezumaba sangre de un intenso color burdeos. Acto seguido, limpió el corte y lo cosió con hilo negro, sin inmutarse ante la sangre.

Cuando acabó, Caleb tenía los ojos entreabiertos.

—Gracias —dijo.

El joven soldado se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Me puedo ir ahora? —Las lágrimas pugnaban por escapársele.

Caleb negó con la cabeza y puntualizó:

—Necesitamos que conduzca.

—Se lo prometí —repliqué, y bajé la pistola. A lo lejos las colinas doradas se prolongaban a lo largo de kilómetros y kilómetros.

—No podemos —insistió Caleb.

El joven juntó las manos en un gesto implorante, y dijo:

—De todas formas voy a morir aquí. ¿Qué queréis de mí? He cumplido con lo que me he comprometido a hacer. —Parecía muy vulnerable, con su pecho hundido y unas piernas que eran puro hueso; no debía de tener más de quince años.

Indiqué con la cabeza el lateral del todoterreno, donde la carretera dejaba paso a la arena y a la maleza.

—Vete —dije—. ¡Ya!

Eché a correr sin mirar atrás.

—No deberías haber hecho eso —me advirtió Caleb, estudiándose los puntos de la pierna. A continuación se acomodó y se recostó, abandonándose a la comodidad del asiento.

—Era un crío —comenté.

—En el ejército del rey no hay críos. —Caleb tenía la piel enrojecida por el sol recibido durante la jornada—. ¿Y ahora quién va a conducir?

—Se lo prometí —repetí en voz tan baja que dudo que me oyese.

Ocupé el asiento delantero, intentando recordar cómo habíamos llegado hasta allí. Giré la llave en el contacto tal como había hecho el soldado, y aferré el volante como lo había cogido Caleb a través del desierto. A continuación accioné la palanca de las marchas hacia el centro y la situé en tercera.

Pisé el acelerador y el vehículo arrancó; fue adquiriendo velocidad y circuló cada vez más rápido hacia Califia.

treinta y cinco

Horas después cruzamos un enorme puente gris y llegamos a las ruinas de la ciudad de San Francisco. Nos rodeaban antiguas casas de compleja decoración, de fachadas de colores cubiertas de hiedra y musgo, y había coches abandonados en medio de las calles, lo que nos obligó a circular por las amplias aceras, aplastando huesos. Caleb consultaba el mapa y me guiaba por las empinadas colinas; me indicaba cuándo debía cambiar de marcha o acelerar hasta que la carretera ascendió y no vimos más que una franja azul ante nosotros.

—El mar —dije deteniéndome para contemplarlo.

Debajo de nosotros las olas entrechocaban y se deshacían produciendo un blanco estruendo; el mar era algo inmenso, un grandioso reflejo del cielo. En un muelle dormían los leones marinos, gordos y lustrosos. Una bandada de pájaros voló sobre nosotros, saludándonos con sonoros chirridos. «Estáis aquí —decían—. Lo habéis logrado.»

Caleb me acarició la mano. Entre los dedos tenía sangre seca.

—No había vuelto a esta ciudad desde niño. Mis padres nos trajeron una vez, y viajamos en tranvía. Era un enorme vehículo de madera, y yo me agarré bien a uno de sus lados. —Se quedó sin voz.

Permanecemos mirando el horizonte, cogidos de la mano.

—Allí está. —Señalé el puente rojo a un kilómetro de distancia, sobre la enorme extensión azul—: El puente de Califia.

—Sí, es ese —afirmó, comprobando el mapa, pero no sonrió, sino que, por el contrario, una extraña expresión le nubló el rostro. Parecía triste—. Ocurra lo que ocurra, Eve —advirtió apretándome la mano—, solo quiero que tú.

—¿A qué te refieres? —Le di un vistazo a la herida de la pierna—. Estamos aquí. Todo saldrá bien a partir de ahora. Todo nos saldrá bien a los dos. —Me acerqué un poco más a él, buscando su mirada.

Caleb levantó la vista; tenía lágrimas en los ojos.

—Sí, claro, ya lo sé.

—Te curarás —aseguré besándolo en la frente, en las mejillas y en el dorso de la mano—. No te preocupes. Hemos llegado; aquí te ayudarán. —Esbozó una tenue sonrisa y se recostó en el asiento.

Pisé el acelerador y no paramos hasta que se acabó la acera, puesto que hasta el último centímetro de la calzada estaba ocupado por los coches. Caleb se apeó; había recobrado el color, pero caminaba con mucha dificultad, sin apenas levantar la pierna izquierda del suelo.

Subimos por la colina, dejando atrás casas y tiendas tapiadas. Él iba muy

despacio, apoyando todo el peso en mi hombro. Me estremecí cuando me asaltó un oscuro pensamiento: ¿Y si no se curaba? Lo apreté contra mí, como si mi firmeza pudiese ligarlo a este mundo, a mí, para siempre.

Por fin llegamos al punto en que el puente salvaba el precipicio, donde había un amplio parque en la entrada: la hierba, la maleza y los árboles cubrían la verja de metal rojo. Aparté unas enredaderas que tapaban el muro y quedó al descubierto una placa, ennegrecida por los años:

PUENTE GOLDEN GATE, 1937.

Cuando llegamos al puente propiamente dicho, se me aceleró el corazón: las barandillas habían caído en varios lugares, el borde del suelo se había roto, sin que hubiera ninguna protección entre nosotros y el desnivel de noventa metros. Serpenteamos entre coches viejos, pisando con cuidado las raíces y el moho que cubrían el puente.

En algunos vehículos chamuscados aún había esqueletos atrapados en los asientos delanteros, y un camión, al volcar, había escupido los mohosos restos de una casa: marcos rotos, libros dispersos, un colchón. Seguí adelante, paso a paso, escuchando la trabajosa respiración de mi compañero.

Cuando el agotamiento amenazaba con vencernos, alcé la vista: al final del puente, en el saliente de una montaña, distinguí una luz en lo alto de una columna de piedra: la misma señal que había visto en el bosque cuando huía de Fletcher. Rememoré entonces las palabras de Marjorie: «Si está encendida, hay sitio para vosotras».

Era el final de la ruta.

—Falta muy poco —aseguré a Caleb, ayudándolo a sortear una moto caída en el suelo—. No te preocupes. —Lo abracé para animarlo—. Piensa en que no tardaremos nada en llegar ahí. Entonces podrás acostarte; habrá comida, y tomaremos patatas confitadas, conejo y frutos silvestres, y te sentirás mucho mejor después de descansar una noche.

Él se ajustó la raída camiseta para protegerse del viento. Asintió, pero seguía estando triste. Me pregunté si sus pensamientos serían tan lúgubres como los míos.

El puente desembocaba en un denso bosque. Subimos por el tortuoso camino excavado en la ladera de la montaña, hasta donde brillaba la luz a través de los árboles, y llegamos ante un portalón de madera. Cuando nos acercamos, salió una mujer joven que nos apuntaba con un rifle.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —gritó. No era mucho mayor que yo; se le veía perfectamente el rostro, pues se había recogido los rubios cabellos hacia atrás, y llevaba un holgado vestido verde, manchado de barro, y botas negras de caña alta.

—Queremos ir a Califia —respondí levantando las manos para demostrar que no

iba armada—. Somos huérfanos, fugitivos. Venimos de muy lejos y necesitamos ayuda.

La chica evaluó la pierna de Caleb, envuelta en el ensangrentado trozo de tela, le examinó las espesas rastas castañas, la desgarrada camiseta y los pantalones rotos a la altura de la herida.

—¿Estáis juntos? —preguntó mirándonos sucesivamente a uno y otro.

A todo esto, tras ella, apareció una mujer mayor, de piel más oscura que la nuestra y abundantes cabellos negros recogidos en lo alto formando una buena mata. Negando con la cabeza y sin apartar la mano de una pistola colgada del cinturón, dijo:

—Él no puede entrar.

—¿A qué se refiere? —pregunté, pero Caleb empezó a retroceder poco a poco, apartando la mano de mi hombro.

—Aquí no admitimos a los de su clase —afirmó la chica rubia señalándolo.

—¿Su clase? —inquirí atrayéndolo hacia mí—. Pero está herido; no puede ir a ningún lado. Por favor.

La chica no se inmutó.

—No está permitido. Lo siento. —Sostenía el rifle sobre el hombro y nos miraba desde el extremo del cañón.

Agarré la camiseta de Caleb, pero me cogió la mano y desprendió uno a uno mis dedos hasta soltarlos del todo.

—No pasa nada —dijo retrocediendo—. Entra. Debes entrar. Yo me pondré bien.

—¡No te pondrás bien! —grité, anegada en lágrimas—. Necesitas entrar. Por favor —imploré señalando la pierna ensangrentada y el sucio vendaje. La chica se limitó a negar con la cabeza.

—Sabía que era así —afirmó Caleb—. Califia siempre ha admitido solo a mujeres. Por favor, Eve, entra.

Me di cuenta de que nunca habíamos hablado de lo que ocurriría cuando llegásemos a aquel lugar. Cada vez que yo sacaba el tema, el asentía, sonriendo, con la mirada perdida. Me había llevado hasta allí, pero no podía quedarse. Se trataba de un lejano destino para nosotros dos, pero no suponía que pudiéramos compartir la vida.

—Ahí estarás a salvo. —Retrocedió con fuerzas renovadas, ayudándose de las ramas de los árboles para descender por la colina. El espacio entre ambos aumentó, y sus pasos cobraron mayor energía a medida que nos separábamos.

Corrí tras él y lo abracé, clavando los pies en el suelo y tirando de él.

—Viviremos en otro sitio. Me voy contigo.

Caleb se dio la vuelta, se me acercó y, frunciendo el entrecejo, me preguntó:

—¿Dónde? ¿Dónde está ese otro sitio?

Se me agarrotó la garganta, pero sugerí:

—Tal vez haya algún lugar en la ruta, o podemos vivir por ahí, o en el refugio; sí, volveremos al refugio. Tendré mucho cuidado.

Caleb negó con la cabeza y me acarició los enredados cabellos.

—No puedes volver al refugio: los soldados te buscan, Eve. Nos encontraron al pie de las montañas y volverían a encontrarnos.

Me obligó a mirarlo, hasta que asentí con un gesto casi imperceptible. Entonces me besó; rozó con los labios mis mejillas, mis cejas y mis labios.

Lo absorbí todo: el baile de la tenue luz sobre su piel, la hilera de pecas que le salpicaba las mejillas, el olor a sudor y a humo tan característico de él.

«No olvides su cara —me dije—. No permitas que se difumine.»

—¿Volverás? —acerté a preguntar, mientras las lágrimas barrían la suciedad de mi rostro, y pegaba los labios a su mejilla—. Por favor.

—Lo intentaré. —Fue todo lo que dijo—. Lo intentaré de verdad.

Traté de despedirme, pero no logré articular palabra. Él me cogió la mano y se la acercó a los labios. La besó y me soltó. Cerré los ojos con fuerza, pero las lágrimas brotaron incontenibles.

No fui capaz de despedirme, no pude decirle adiós. Cuando abrí los ojos de nuevo, Caleb había bajado ya la empinada cuesta. Su silueta era cada vez más pequeña a medida que se alejaba por el puente.

Mis ilusiones de una vida juntos se me antojaron apariciones, borradas de un soplo por fuerzas incontrolables. Él se había ido, y yo no sabía si volvería a verle.

Cuando estaba a punto de abandonar el puente, se volvió por última vez, levantó el brazo y saludó. «Te quiero», parecía decir mientras agitaba la mano de un lado para otro. Lo imité.

«Te quiero, te quiero, te quiero.»

fin

Agradecimientos

En primer lugar, se merecen todo mi agradecimiento mis amigos de Alloy Entertainment, cuya fe y apoyo nunca han flaqueado: doy las gracias al divertidísimo Josh Bank por una comida que no tenía que haber tomado; a Sara Shandler, hábil podadora de palabras, por amar este libro desde la primera página; a Lanie Davis, por guiarme en la dirección correcta, y a mi editora, Joelle Hobeika, por sus agudas observaciones, sus meticulosas correcciones, su humor y su entusiasmo. Me habéis soportado con el pilar de la cordura durante los primeros meses, cuando pasaba más tiempo hablando con seres imaginarios que con personas reales.

Estoy en deuda con Farrin Jacobs y Zareen Jaffery, de Harper Collins, primeros defensores de *Eve*, por su continuo apoyo y su orientación editorial. También quiero dar las gracias a Kate Lee, superagente y confidente, por su excepcional trabajo.

Tengo la suerte de contar con muchos amigos leales que celebran mi felicidad como si fuese propia; merecen mucho más que el convencional agradecimiento que pueda ofrecerles en estas líneas. Gracias de todo corazón a los que leyeron el manuscrito con cariño cuando aún no estaba preparada para enseñárselo a nadie más: CJ Hauser, Allison Yarrow y Aaron Kandell. Como siempre, mi más sincera gratitud a mi hermano Kevin y a mis padres, Tom y Elaine. Os quiero, os quiero, os quiero.



Anna Carey creció en Long Island, hija de una profesora de educación especial y un astrónomo. Cuando era muy joven quiso ser pintora, fiscal del distrito, flautista, fisioterapeuta y diseñadora gráfica, pero finalmente eligió escribir, la única cosa que le permitía ser todo lo demás. Estudió literatura y escritura creativa en la Universidad de Nueva York, tomando parte en las batallas de bolas de nieve en el Washington Square Park. Después de la universidad trabajó como editora de una editorial infantil hasta que consiguió su Máster en Escritura en el Brooklyn College. Ahora vive en Los Ángeles, donde los apartamentos son mucho más grandes y hace más sol, pero sigue echando de menos Nueva York.